

Manuel de Pedrolo

SUCESO SIMULTÁNEO

Successimultani



En «Successimultani», Jordina ha aprendido de su padre a viajar en el tiempo. Esto sólo es posible hacerlo hacia un pasado anterior al nacimiento; por un lado, porque uno no puede coincidir con uno mismo –el presente– y, por otro, porque el porvenir aún no existe –el futuro. A partir de esta idea inicial, la novela narra y a su vez enmienda nuestra historia reciente. La vida diaria y la lucha constante de unos personajes cercanos queda reflejada con imaginación y con rigor, con rabia y con ternura, pero también con intriga y con sensualidad. Escrita en 1979 nos muestra un Pedrolo capaz de construir con éxito una historia dentro del género de la ciencia ficción.

Pedrolo, autor que perteneció a la CNT–FAI, es uno de los escritores catalanes más leídos y cuya obra, habiendo sido traducida a más de 20 idiomas, no es frecuente encontrar en castellano.

El autor se ha considerado a sí mismo «un fabricante de utopías»

Manuel de Pedrolo

Successimultani



se

Manuel de Pedrolo

SUCCESO SIMULTÁNEO

Título original: *Successimultani*

Manuel de Pedrolo, 1979

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. ¿RETORNO?

II. RECONSTRUCCIÓN DEL VIAJE

III. INVESTIGACIÓN EN EL PRESENTE

IV. DESCUBRIMIENTO EN EL PASADO

V. EL ORIGEN

VI. BLOC DE NOTAS DE JORDINA

APÉNDICE: UNA CARTA Y UN COMENTARIO

SOBRE EL AUTOR

I. ¿RETORNO?

1

Un pasajero desbalance interior, que interpreta como un leve mareo, y una incredulidad embarazosa le privan de hacerse preguntas, de reaccionar como es debido a una situación insólita. La chica, vestida de blanco y con una cofia que le recoge el pelo, está en el fondo de la habitación rectangular, sentada en el inodoro del común, donde orina. Ha parpadeado un momento, como sorprendida por una presencia que encuentra inexplicable y que al fin y al cabo no debe dejarla tan sorprendida si ahora, al acotarlo decidida desde la mancha de sol que derrama la ventana, a su izquierda, realiza un movimiento de cabeza entre admirativo y aprobador con una sonrisa casi irónica.

–Hola, Damián –dice sin moverse de la taza–. Confiaba en que volverías, pero ¿tenías que llegar aquí y ahora?

–¿Damián? –barbotea el chico, todavía no del todo recuperado, de pie junto al lavabo que completa la instalación de la cámara, pero sin apoyarse en él–. Me llamo Ricard Sureda. Y te aseguro que no quería...

–Damià Borràs, dicen los papeles –le interrumpe ella–. Los encontré todos. Es decir, hasta que iba a nacer tu hijo. No sé si escribiste más.

–¿Qué hijo? –se sobresalta–. Será una confusión... No entiendo nada.

–¡Ni yo! –y ahora la chica se ríe–. Por suerte, añadiste la fotografía... Pero no nos entretengamos, que podría venir alguien y, la verdad, a la dirección no le gustaría saber que me han encontrado encerrada en el común de los pacientes con un muchacho... y las compañeras no me perdonarían que sea tan apuesto –añade con desapego.

–¿La dirección?... ¿Dónde estamos?

–¿No lo sabes? En la clínica Barcino.

Se levanta y, con un gesto rápido y natural se sube las bragas caídas un poco más arriba de las rodillas, sobre las medias también blancas.

–Parece que eras mi amante –comenta al darse cuenta de que él le contempla los muslos, expuestos un instante a pesar de la discreción de la maniobra, y se deja caer las faldas–. ¿De verdad no te acuerdas de nada?

–¿Yo?

Pero ella ya le pide:

–Mira si hay alguien en el pasillo...

En el bar de la clínica, un local ancho y aireado de la planta baja, donde la chica se concede diez minutos de descanso después de haber hablado con otra enfermera que debe sustituirla durante su ausencia, expone:

–Si no fuera por la fotografía, tendría mis dudas, claro, aunque te hayas materializado de repente. Porque no has entrado por la puerta, desengáñate. No podías entrar; estaba cerrada.

Ricardo, sentado delante de ella, mira el vaso de café con leche con un ademán entre desvalido y suspicaz, pero nada en ella, aunque diga cosas incomprensibles, sin sentido aparente, hace pensar en una broma pesada, y ahora, desde que ha pronunciado la palabra «materializarse», se le vuelve a hacer presente que no sabe cómo ha entrado en el común, que no recuerda nada de un período inmediatamente anterior, cuando verosímilmente debió acudir a la clínica y subir hasta el segundo piso, donde de repente se ha

encontrado cerca de ella. Son las doce y media y tiene la impresión de que a esta hora debería estar en el Museo de Arte Moderno, como se había propuesto al levantarse.

–No es normal olvidarlo todo –prosigue la chica–. Y lo digo por ambos. O quizás más por mí –rectifica–, porque no me he movido de mi tiempo, ni me ha pasado nada particular, mientras tú puedes haber tenido otras experiencias traumáticas en el último momento... Ya es admirable que vivas, aunque sea con otro nombre.

–¿Y tú, cómo te llamas? –le pregunta entonces.

–Jordina.

Es un nombre hermoso. Lo es toda ella. Debe encontrarse al borde de la treintena y tiene una cara optimista, abierta, con unos grandes ojos que le alegran y una boca carnosa, sensual. El uniforme de enfermera, más bien severo, no esconde del todo el volumen de los senos ni la curva robusta de las ancas, y los muslos que le ha visto fugazmente tenían un huso seductor...

–Jordina –dice–, no sé de qué hablas. ¿Cuándo he cambiado de nombre, según tú?

–Durante el viaje –contesta la chica con simplicidad.

–¿Qué viaje?

–En el tiempo. Vienes del pasado, Damián.

–Ricard –la rectifica.

–Sí, Ricardo. Y si ahora no nos reconocemos es porque modificarías algo. Aparte de lo que pasó con tus padres, que no explica nada.

¿Un viaje en el tiempo? No sabe si reírse, pero no tiene ganas, y se limita a mover la cabeza. Salvo que debería estar en el Museo en lugar de encontrarse en una clínica donde no tiene ningún familiar ni ningún amigo enfermos, todo parece bastante corriente. El bar, la chica que sirve, las dos mujeres demasiado gordas y el hombre por contraste vagamente cadavérico que se sientan en otra mesa, el calendario con la fecha, diecinueve de septiembre de 1973, la misma que ha visto en casa antes de salir... Con una involuntaria ironía pregunta:

–¿Una máquina? ¿Cómo en la novela de Wells?

–No; ninguna máquina.

–¿Cómo, entonces?

Ella se piensa la respuesta, coge el vaso con café y leche, bebe un trago y, al dejarlo, dice:

–¿Puedes venir a casa esta tarde? Yo acabo el turno hoy a las siete. Ahora no tenemos tiempo de hablar de ello. Y podrás ver los papeles que me dejaste en la cajonera.

–¿Yo o ese Damià Borràs?

–Ya decidirás tú eso –contesta Jordina–. Son páginas manuscritas... Dejan lapsos, pero yo me he esforzado en reconstruir toda la historia.

–¿Por escrito?

–Sí, por escrito. Siempre me han intrigado mucho.

–Muy bien. ¿Dónde vives?

–En la calle Castellnou, en una torreta. Apunta...

También esto es normal: el bolígrafo que recoge del bolsillo, la agenda con direcciones de agencias y editores, notas, títulos de libros que quizá no comprará nunca y, si los compra, tardará años en leer... Saca el carné de identidad, al que echa un vistazo antes de pasarlo a la chica.

–Mira.

Ricard Sureda i Ribes, hijo de Ricard i Carme, diseñador, nacido en Barcelona el día veinte de septiembre de 1951, domiciliado en la calle de Buenos Aires...

–¡Mañana es tu cumpleaños! –exclama Jordina–. Haces veintidós años.

Él asiente, apuntando la dirección de la calle de Castellnou, y le hace remarcar:

–Esta tarjeta es del año setenta, y ya ves que me llamaba igual que ahora, que no me he inventado un nombre...

Ella lo acota, grave, meditabunda, cacheándole la expresión, que se ha ido serenando, le devuelve la tarjeta, que él recoge y pone de nuevo entre las cubiertas de la agenda.

–No me crees de nada, ¿no?

–Yo no lo diría así –matiza Ricardo–. Hay cosas que no tienen explicación, como eso de encontrarme en el común sin haber entrado, o sin recordar que he entrado... Lo siento, Jordina, si he sido inoportuno.

–No es tu culpa –dice la chica, y se levanta–. Cuando entraste, en otro tiempo, no habría nadie, y yo todavía no era enfermera; apenas tenía nueve años, porque ahora estoy a punto de cumplir los treinta y uno.

–No ata mucho –añade él, siguiéndola hacia la puerta, donde Jordina se detiene.

–Liga por completo, Ricardo. Esta noche lo verás. Si es que vienes.

–Vendré. ¿Hacia las ocho?

–Te esperaré.

Se despiden, y entonces, cuando iban a separarse, unas palabras de ella le vuelven a la memoria.

–¿Has dicho que ocurrió algo con mis padres?

–Sí, Ricardo. Los mataste.

Pero la madre está viva. El padre no; falleció hace tres años, de una afección gastrointestinal a la que, primero, nadie, empezando por él, había dado ninguna importancia. Todo fue muy desagradable, con aquellas plañideras incontenibles, con aquellos estremecimientos histéricos, con aquellos silencios adustos que se prolongaban, que cambiaban el carácter de la madre...

Ahora es distinto; desde hace un año está Víctor, aquel antiguo pretendiente recuperado que no vive con la mujer. Vuelve a ser la de antes, y mejor incluso que la de antes, pues la excitan el amor temprano, las citas clandestinas, esta vida más o menos secreta que, aun así, no ha podido disimular a todo el mundo. Él se lo respeta, quizá algo

admirado, en el fondo, que a sus cincuenta y tres años un hombre le sea tan necesario.

Hoy, como siempre que debe verse con el amante, se muestra anormalmente efusiva mientras comen y le cuenta entre risas la última de la vecina de al lado, la cual, por séptima u octava vez, se ha olvidado las llaves del piso y ha tenido que saltar por las terrazas, que casi se tocan, pero no por completo.

–Ha querido que le dejara unas bragas –añade– porque no llevaba y, abajo, estaban los chicos del sastre que, sólo oyen ruido, levantan la cabeza.

Él la deja decir, contribuye a su jugueteo con algún comentario y aun consigue distraerse un poco de su aventura al pensar en la señora Alcorrúbia y las sorpresas que siempre les da. Nunca debe vestirse del todo, pues la última vez, seis o siete semanas atrás, fue él quien, al asistirle, se benefició del espectáculo que le procuraba su dejadez. Pudo saltar a su sitio, pero la mujer se opuso:

–Imagina que resbalas y caes... Demasiada responsabilidad. Y yo ya empiezo a estar acostumbrada.

Y era cierto. Se manejó con una habilidad sorprendente, más ágil de lo que hacía prever su corpulencia, pero no pudo evitar que, al inclinarse por pasar la pierna al otro lado de la

barandilla, unas ubres impresionantes se le escaparan del escote; ese día no llevaba el sujetador.

–¡Es una desordenada en todos los sentidos! –dice la madre, como si le adivinara el pensamiento–. ¡Pero es tan buena mujer!...

Reprocha otros detalles que les dan tema de conversación hasta que ella, recordando que tenía que ir al Museo de Arte Moderno, le pregunta por una visita que tan inescrutablemente no ha podido hacer y que, aun así, el chico narra como si hubiera tenido lugar; es demasiado absurdo hablar a la madre, o a quien sea, de esos incidentes de la mañana con una chica llamada Jordina y que, al parecer, vive en un clima interior de ciencia ficción.

Y sin embargo, reflexiona cuando, habiendo ayudado a la madre a poner la mesa, se cierra un rato en su habitación–estudio, hay ese lapso que precedió su recuperación en el común, frente a ella... Recuperación, sí. Rememora, revive casi ese malestar, esa sensación de desequilibrio, como si en su interior se fuera ajustando rápidamente algo que se había desajustado, algo que, en el espacio de unos segundos, no encajaba. Ahora que, solo, tiene tiempo de entretenerse sin que lo estorben, se da cuenta de que era una especie de estado por el que nunca había pasado. No precisamente doloroso, pero de alguna manera incómodo. Por suerte, se ha pasado sin dejar rastro alguno. Fuera lo que fuera lo que le aconteció, ahora

vuelve a ser el mismo de siempre. Lo era ya en el bar de la clínica, y antes, cuando dejaron furtivamente el común donde se habían conocido.

Hacía reír la idea de que, como ella pretendía, fueron amantes, y eso sólo porque así lo decían unos misteriosos papeles que un desconocido Damián escribió quién sabe cuándo y ella encontró en unos cajones. En otra circunstancia habría creído que todo era una broma que Jordina se inventaba para curiosarlo, atraérselo, pero el encuentro fue inesperado para ambos y, en aquella breve fracción de tiempo del que dispuso entre el instante de su supuesta materialización en el común y las palabras con las que la chica reaccionó, no podía haberse inventado nada, por muy imaginativa que fuera, y menos aún una historia tan peregrina, tan sensacional y, a la vez, tan tremendamente ridícula. ¡Viajes en el tiempo!

No ha progresado mucho en sus elucubraciones cuando, a las cinco y media, la madre, que durante cuarenta minutos no ha parado de moverse por el piso, entra a decirle que se va a la peluquería. Es una visita obligada de cada jueves, con independencia de que después se vea con Víctor, con el que, le recuerda innecesariamente, hoy cenará e irá al teatro, por lo que puede que vuelva tarde.

–Encontrarás espárragos y croquetas en la nevera –le cuenta –. O, si prefieres, también hay una tortilla de patatas. De postre, si no quieres fruta, te he hecho un flan.

Los placeres nunca le hacen olvidar sus obligaciones de madre y de ama de casa, y el chico sonrío a la repetición de un ritual que, no sabe por qué, le es agradable en lugar de impacientarle. Por eso bromea:

–Quizá me lo comeré todo.

–Mientras no te duela, para eso es... ¿Tienes que salir tú?

–Un rato.

El breve intercambio lo distrae de sus preocupaciones y, al cabo de media hora, cuando, hundido en un sillón tan adaptable que se aviene a cualquier posición del cuerpo, pinchaba de nuevo en el incidente, lo arranca un golpe de timbre de la señora Alcorrúbia, que, de momento, al encontrarse con la ausencia de la madre, parece que no se atreva a revelarle el motivo de su visita: devolverle las bragas que le ha tomado prestadas. La buena mujer, con tantos saltos de terraza, ya ha exhibido repetidamente casi todas las partes íntimas de su anatomía, pero eso no hace que no tenga ciertos movimientos púdicos, y ahora enrojece un poco incluso cuando, decidiéndose a entregar la pieza, se excusa con una zalamería también muy característica:

–Quería lavarlas, pero he pensado que tardarían en secarse, con esta humedad, y que si ella las necesitaba...

–Creo que tiene otras –dice él, serio.

–Sí, la señora Carme es previsora. No hace como yo...

–¿Quiere decir que ahora no lleva?

–Bien, yo... No exactamente. –Debe darse cuenta de que le está facilitando una especie de diálogo que acabaría de desconcertarla, y retrocede hacia la puerta, hacia el rellano–. No olvides decirle que se las he devuelto... Y dale las gracias –añade ya cerca de su piso.

El chico cierra, riendo para sí mismo. Es con buen humor que vuelve a la habitación–estudio, donde en veinticinco minutos ultima, como inspirado, el diseño de una cubierta con el que se afanaba, en vano, desde hacía dos días.

2

–Has sido puntual –le sonrío la chica al abrirle la puerta–. Entra.

Allá, de un vestíbulo ancho e impersonal, donde un grupo de generaciones deben haber mezclado muebles, a no ser

que alguien los haya comprado de viejo, le precede por un corredor con retratos a ambos lados, hacia una habitación iluminada de la derecha donde le espera una imprevista llamarada de colores, rojos, blancos, amarillos, negros, que se matizan o contrastan desde la ropa del diván al papel de las paredes y desde el tejido de la cortina que cierra una gran ventana al dibujo de la alfombra. Los colorines de los pósters, repartidos como al azar, pero bastante calculadamente a lo largo de las paredes, acaban de crear una atmósfera en la que en el acto se siente confortable. Hay libros, en muebles bajos, y estantes con pequeñas estructuras de metal y de madera, un tocadiscos, una radio, un pequeño aparato de televisión, una mesita de patas cortas, dos taburetes, almohadas... Todo junto da intimidad a una cámara extensa y casi triangular gracias al muro exterior que se curva hacia dentro para evitar un ángulo innecesario.

–¿Es tu habitación? –le pregunta.

–Es donde hago vida, y por eso la he puesto en marcha a mi gusto. Las demás piezas de la torre son muy distintas. Tal y como las dejaron mis padres.

Se le da la vuelta, apartando los ojos de un cartel de la Exposición Universal que, alguna vez, ha visto reproducido y que él también tiene en un grabado en blanco y negro procedente de un viejo número de «La Veu de Catalunya» recuperado del mercado de libros de Sant Antoni.

–¿Vives sola, tal vez?

–Sí; era hija única y no estoy casada. Tampoco tengo ningún amante, en ese momento.

–Confío en que no sea por mi culpa... –ironiza él.

Jordina le mira, más espléndida que nunca con su melena ahora caída sobre los hombros, vestida con vaqueros de un color blanco sucio y un jersey oscuro, grueso y con mangueras, sobre el torso y que parece libre de ropa interior, pero al contestar, dice simplemente:

–No te muevas de dónde estás.

Si la orden es extraña, más lo resulta que, bordeando la mesita, donde hay muchos papeles sujetos por una grapa y otro pliegue dentro de un plástico, se vaya hacia el diván como si tuviera la intención de sentarse mientras le deja de pie, o de recoger algo, sin que en definitiva haga nada, pues ¿qué puede hacer alguien que, al fin y al cabo, habrá sido una aparición que ahora se disuelve en el aire?

Es el primer pensamiento, fugitivo y pasmado, que le atraviesa el cerebro, cuando de repente la chica que estaba allí, a dos o tres pasos de distancia de donde él, se ha esfumado, ¡ya no está, ni aquí ni en ninguna parte! No es la orden que de ella ha recibido, es el susto que no sólo le priva de avanzar, sino que le mantiene en una inmovilidad absoluta, casi impropia de un organismo vivo. Porque ni

parpadea, ni mueve los labios, ni se le contrae ningún músculo, ni le vibra ningún nervio. Unos segundos es como si se hubiera petrificado. Pero la mente trabaja, rechaza aquella idea que ha improvisado e improvisa otras que no llegan a ordenarse, a adquirir una consistencia suficiente.

Ella vuelve, con la misma brusquedad con que había desaparecido, cuando, rota aquella inercia que lo tenía como clavado en el suelo, da un paso, y debe detenerse de nuevo, vencido, ahora, por los trompicones del corazón, por el aniquilamiento, diría, de las sinapsis nerviosas y neuromusculares. Es un instante feroz, dolorosísimo, y Jordina parece que lo respete, inmovilizada también cerca del mueble, silenciosa, en una actitud como reservada, esperando pacientemente a que él se recobre, que en su interior se restituya una conexión neuronal imprescindible, que el corazón busque de nuevo la normalidad de su latido y se regule en ella.

No es hasta entonces, cuando el chico retoma el paso interrumpido para acercarse al diván, que ella se gira hacia un mueble y saca una copa donde derrama tres dedos de coñac y antes de alargársela, dice:

–He ido hasta el año cuarenta y uno.

Ricardo se bebe el licor con una mano a la que le cuesta dar firmeza y después, dejando la copa, se abate más que se sienta sobre la superficie flexible, que cede ligeramente y

aumenta la zona de depresión cuando la chica le imita, y es tal vez esa proximidad del cuerpo que lo frota, sólido del todo, que le obliga a negarse lo que veía hace un momento, por una evidencia de los ojos. Ilusionismo, sugestión, un fenómeno posible, si no corriente, que alguien bien dotado y con entrenamiento puede producir, simular que produce... Acude, pues, de nuevo a la ironía cuando, en lugar de contradecirla o de poner en duda aquella afirmación, pregunta:

–¿Y por qué tan lejos?

Pero ella, que no se permite ningún comentario sobre la reacción que ha podido observar, tiene la respuesta preparada, si no miente:

–No puedo ir más acá del día que nací; supongo que es porque me duplicaría.

–¿Supones? –dice automáticamente.

–Sí. Nadie puede decirme nada, nadie puede enseñarme nada. Debo hacer suposiciones razonables.

¿Razonables? Mueve la cabeza, pero no contesta. Lo dice con tanta naturalidad, como si fuese una certeza demostrada, que mata la ironía. Bajo su mirada, que espía el juego de las facciones, acaba de beberse el resto del coñac que queda en la copa, saca el paquete de cigarrillos del

bolsillo de la cazadora, coge uno y, poniéndolo entre los labios, confiesa:

–Reconozco que me ha impresionado... –Y, como si volvieran a empezar, inquiere–: ¿Qué has hecho exactamente Jordina?

–Te lo he dicho. Creía que ahora creerías.

Enciende con un gesto lento, sin hacerle reparos, mirándola a su vez para ver si no sorprende, en sus ojos, una chispa de malicia, el indicio de un ánimo aficionado a la superchería. Pero el rostro parece preocupado o decepcionado por sus reacciones, demasiado grave la expresión para que pueda esconder segundas intenciones.

–Tenía entendido –le dice– que era yo quien realizaba viajes en el tiempo...

–Eso no priva que pueda hacerlo yo. Lo más probable, si es cierto que fuiste mi amante –y con un gesto señala los papeles de encima de la mesa–, es que lo aprendieras de mí. No sé de nadie más que lo haga –prosigue ahora en un tono locuaz–. Es decir, tampoco lo dirían; lo callarían, como yo. Pero a ti te lo confiaría, y te enseñaría la manera. Si no, ¿cómo se explica que me escribieras y que, como dices, dejaras estos papeles en un lugar donde sabías que debería encontrarlos a los veintidós años?

Inmediatamente, con la lucidez que retorna, se formula objeciones, algunas irrefutables, a su juicio, pero en el momento de hablar teme que, si las expresa, la chica podría encerrarse a la defensiva antes de comunicarle unos antecedentes que le producen curiosidad. Pregunta, pues:

–¿Y a ti quien te lo enseñó? ¿O lo descubriste?

–No. Lo descubrió mi padre, quien se asustó de las consecuencias que podía tener este descubrimiento si lo hacía público. ¿Te imaginas, por ejemplo, una guerra entre enemigos que pueden trasladarse a épocas anteriores y modificar, cada uno por su lado, la historia? ¿Qué caos, verdad? Decidió, pues, que nunca le diría nada a nadie y que el secreto moriría con él. Pero al final hizo una excepción conmigo. Tuve que prometerle y jurarle que nunca jamás se me escaparía una palabra, salvo que fuera para transmitir ese conocimiento, en las mismas condiciones, a un hijo, si lo tenía y me parecía que fuera digno... No entiendo todavía –pondera– cómo le fallé. Te debía querer mucho para faltar a mi palabra contigo. Pero ¿cómo, cuándo? Si te amaba tanto, ¿cómo he podido olvidarte?

Él fuma, vagamente emocionado por el sentimiento que la chica pone en la interrogación que se hace y que prosigue:

–¿Dónde y en qué momento te conocí? No puede hacer tanto tiempo si apenas tienes veintidós años. Y no digo nada de los ocho que nos separaban, porque también nos separan

ahora, naturalmente, y eso no priva a que me sienta atraída...

Se interrumpe cuando la mano de Ricardo reposa en su muslo, al borde de las rodillas, donde los pantalones tiran, y mira los labios que hablan:

–También tú me atraes, Jordina, pero que nos hayamos querido es otra historia. Puedo aceptar que ha pasado algo raro, pero ¿por qué quieres convencerme de que he hecho un viaje en el tiempo, que tú puedes hacer y que hacía tu padre?

–Ya has visto que me he ido...

–Admitámoslo. ¿Pero dónde, Jordina? ¿No entiendes que el pasado debería existir siempre, para siempre, si se pudiera viajar desde cualquier época?

–No, Ricardo. Cuando yo viajo, quiero decir que voy a un momento que existe. No a ningún otro, ni a una persistencia de aquél, sino al único que ha habido, cuando fue.

–Y en el futuro...

–No –le corta ella–; al futuro no se puede ir. No existe, nunca ha existido. Todavía está por hacer.

–¿Lo has probado?

–Que no se pueda ir es la prueba.

Una respuesta tan categórica le enmudece, y sigue fumando, ahora incómodo por ese empeño que nada explica y que, de una forma u otra, introduce elementos perturbadores en la realidad. Aleja la mano que entonces retira del muslo, y levanta de nuevo los ojos hacia la cara en el instante que la chica precisa:

–No se puede ir al futuro, y por eso sabes que vives en el extremo del tiempo, o sea en la época que te corresponde y no en un momento del pasado, desde donde siempre puedes volver a un momento que entonces no es. Quiero decir para ellos, para la gente de aquella época, no para ti que has retrocedido, pero que eres de este otro mundo, de este hoy, el último ahora que hay ... No sé si lo digo de una forma muy comprensible.

–Sí, muy comprensible. Es como una línea que en cada instante se acaba en un sitio, desde el que puedes ir atrás y volver. Pero esta línea no es igualmente larga para todos. Para cada uno, el extremo se sitúa en el momento en que vive.

–Algo así.

–Pero primero me has dicho que nadie podía entrar en un instante anterior de su propio tiempo vivido. Y, sin embargo,

bien entrarás si sigues viviendo varios años en el pasado que precedió a tu nacimiento.

Pero Jordina lo niega:

–Si te vas hasta entonces, en el momento en que estás a punto de entrar en tu tiempo y, puedes duplicarte, vuelves automáticamente a la actualidad. Lo he comprobado.

–O sea que es como si ese tiempo no hubiera transcurrido...

–No –le contradice la chica–. La actualidad a la que vuelves ya no es aquella que dejaste, porque el tiempo no se detiene por el hecho de que tú viajes. Si te vas al año sesenta y estás dos años en el pasado, al volver te encuentras en los sesenta y dos. Ahora mismo lo has visto. Al volver, tú no estabas ya donde te había dejado; te habías movido.

Se levanta, cada vez más inconfortable, golpeado por aquellas explicaciones ciertamente inverosímiles, pero lúcidas. Sabe que lo son porque si viajar en el tiempo fuera posible, todo lo que ha dicho hasta ahora es lógico, de una impresionante evidencia. Si el futuro debe hacerse, está claro que no se puede ir; nadie puede trasladarse a un sitio que no existe. También es razonable que uno no pueda encontrarse consigo mismo y existir a la vez en dos edades, como ocurriría si, de adulto, entrases en el mundo de tu infancia...

–Tienes respuesta para todo –le dice, volviéndose desde el otro lado de la mesita, hacia donde se movió–. No se puede negar que has reflexionado sobre ello.

–Es natural, ¿no? Hace cerca de siete años que reflexiono sobre ello, desde que hice el primer viaje, hay que decir que muy asustada aunque mi padre había seleccionado cuidadosamente el sitio.

–La época, ¿quieres decir?

–No, el sitio. El sitio físico. Como yo, después, he escogido este rincón del diván... No me mires así –le sonríe–. Piensa en lo que pasaría si, allí donde vas, coincidieras con otro cuerpo. Se desintegrarían mutuamente. Dentro de lo posible, pues, es necesario asegurarse de que el lugar estará vacío.

–¿Cómo puedes hacerlo? ¿Cómo puedes saber que en un sitio no habrá nadie?

–Del todo, no puedes saberlo. Siempre te expones un poco... Mi padre encontró un lugar en el jardín donde, antes de construir esta torre, que es de 1887, había un campo. Y yo, partiendo de allí, pude ver que, en un lugar de esta habitación, precisamente aquí donde estoy, nunca habían puesto ningún mueble, nada que fuera un obstáculo. Durante años y años, antes de nacer yo, fue un salón...

–Donde la gente entraba, hacían visitas –se le ocurre a él.

–Es cierto; pero no por la noche, que es cuando normalmente lo utilizo.

–No hoy.

–También hoy –lo rectifica Jordina–. Ya puedes pensar que he aprovechado algunos viajes para elegir unos momentos precisos, cuando sé que, en un determinado tiempo, no hay nadie. Una vez –y ahora ríe–, en 1902, viví tres meses en la torre, de criada de mis bisabuelos.

Pero él no le acompaña y, cejijunto, aplasta contra un cenicero el cigarrillo que ya está a punto de quemarle los dedos. Luego, enderezándose, se queja:

–Haces demasiado grano. Empezabas a hacerme dudar... ¿Qué quieres, Jordina?

–¿Qué quiero? –y la cara se le oscurece, como indignada–. Alguien, desde los años 50 y 51, me envía unos papeles, me cuenta una historia que sólo yo podía entender... a medias, y después, ahora, se me presenta en pleno común de la clínica... ¿Qué quieres que quiera? ¡Eres tú, quien quiere! –le acusa, y entonces, impulsiva, se inclina hacia la mesita, donde, de debajo de los papeles recogidos en el interior del plástico, retira un sobre y, de dentro, una foto–. ¡Mira! ¡Y dime que no eres tú!

No, no puede decirlo. La foto, que parecería contemporánea si no fuera por la cartulina que revela el

paso del tiempo, lo muestra tal y como es ahora, si bien con el pelo más corto y vestido con una americana de rayas que nunca ha tenido. No es la fotografía de un aficionado, sino de un profesional, y al fondo, una especie de trapo que cuelga de una pared hace pensar en un estudio. En el dorso, que consulta, está efectivamente el nombre del fotógrafo.

–Un establecimiento que había en la calle Diputació una veintena de años atrás y que cerró –le informa la chica–. Me tomé la molestia de comprobarlo, y también tú puedes hacerlo, si quieres. No es una fotografía actual que me haya procurado...

–No –asiente Ricardo, y la estudia de nuevo, con ganas, se diría, de descubrir un detalle, un rasgo, que no corresponda a su fisonomía. Pero corresponden todos.

–Damián o Ricardo –dice Jordina–, eres tú. Acompañaba los papeles... ¡Echa un vistazo, hombre!

–Ya lo haré –le contesta, pero una rara indolencia, si no es reluctancia, le priva de entregarse en el acto a ese examen y, al dejar caer la foto, que se queda boca abajo en un extremo de la mesa, se pasa la mano por la frente, se la aprieta con los dedos, que bajan hacia el ojo izquierdo y lo cierran–. Me has dicho que los encontraste a los veintidós años, o sea en el sesenta y cinco. Si los escribí y añadí la foto en el cincuenta, ¿cómo se explica que en los primeros quince años no los encontrara nadie?

–Se entiende muy bien, y tú entonces lo sabías. –En lugar de proseguir, deja el diván y le pide–: Ven...

Fuera de la habitación, atraviesan parte de la casa hasta unas escaleras que suben al piso de arriba, y allí, en el fondo de otro corredor más estrecho y que queda interrumpido, la chica abre una puerta detrás de la que hay más escalones. Aprieta un botón que los ilumina desde arriba y lo precede hacia un abuhardillado donde se agolpan todo tipo de trastos, baúles y muebles atropellados, entre ellos una cajonera de patas y cajones afilegranados que se levanta contra la pared. Tira de dos varas de madera, laterales, que hacen de soporte en el tablero que cierra la parte superior del mueble, y explica:

–Hacía años y años, no sé cuántos, que nadie tocaba nada de este desván donde yo no había subido desde pequeña cuando, un día, me decidí a curiosear un poco. No había nada particularmente curioso o interesante, los baúles estaban vacíos y aquí, en la cajonera, se apilaban recibos viejos y amarillentos de la contribución y escrituras de fincas que en casa habían tenido y que se vendieron, porque la familia había venido a menos... Pero sin darme cuenta toqué un dispositivo que sacó un pequeño cajón, éste –y ahora repite el gesto de antaño, presionando detrás de un ángulo, y el cajón, quizá de un palmo de profundidad y de unos quince centímetros de ancho, se desliza ligeramente hacia afuera–. Ahora, como ves, no hay nada, pero entonces existían esos papeles que tengo abajo. Ni el padre ni la

madre debían de tener idea de ese compartimiento secreto. Nadie sabía nada.

–¿Lo hablaste?

–No. Mi madre ya estaba muerta, pero mi padre todavía vivía... No sé por qué le oculté el hallazgo, ya que los papeles eran suficientemente intrigantes. No los entendí, no podía entenderlos, y no los moví del sitio. No los saqué y los guardé hasta que mi padre ya me había enseñado lo de los viajes en el tiempo. De repente tenían sentido, era un mensaje que me enviaba alguien que sabía que yo descubriría el cajón y que los puso, antes de que lo descubriera, para que los encontrara. Alguien, pues, que había hecho el viaje y al que, con el tiempo, comunicaría la existencia del escondite. ¿Te das cuenta, Ricardo? Nos hemos amado...

La voz, que no se rompe exactamente, se le pone como húmeda, blanda, y él mismo siente como por su ánimo crece y se esparce una emoción asombrosa que le hace estremecer cuando, sin premeditación alguna, llevado por una espontaneidad a riesgo de hacerlo impertinente, la enlaza con un brazo que la acerca más estrechamente de lo que aconseja un simple gesto amistoso, destinado a confortar a alguien. Y Jordina, que no lo rechaza, frota su cara con el pelo y murmura:

–También yo me digo que es imposible, porque no puede que vuelvas como si fueras otro, no puede ser ni que vivas...

–Levanta la cabeza–. He hecho muchos viajes, algunos muy lejos, y nunca he perdido ni la memoria ni la identidad...

Él la pulsa más, brevemente, y se separa.

–Vamos, Jordina.

Cuando cenan, porque ella ha querido que se quedara, ya sabe todo de su vida. Los papeles, en cambio, sólo los ha hojeado para reconocer, ya sin mucha admiración, que aquella caligrafía, si no es idéntica, se parece bastante a la suya. Las hojas son numerosas, y también es relativamente larga la reconstrucción de los hechos con los que se entretuvo Jordina, y que quiere leer con calma, dice, para esconder una reluctancia que no lo deja, una vez al corriente de todo lo que puede contarle ella; bien ambientado, pues, con ese misterio de los viajes.

Su padre, fallecido de cáncer cuando la chica tenía veintitrés años –la madre llevaba ya más de dos sucumbida por el mismo azote–, fue un médico que, nada más acabar los estudios, tuvo que luchar, quizá por el mero hecho de que se encontraba en ese bando, contra los ejércitos de Franco. No fue hasta después, durante los primeros años de la posguerra, que la represión del fascismo contra el pueblo catalán le despertó la conciencia política. Relacionado con un modesto grupo de resistencia, fue detenido dos veces y, la última, tuvo que cumplir dos años de prisión de los tres a los que fue condenado por el Tribunal. La madre, que

simpatizaba con estas actividades sin intervenir, trabajaba en una farmacia propiedad de un tío, y gracias a ello la familia nunca conoció la miseria, únicamente las privaciones compartidas por toda la población. A los Artola, antaño ricos, ya sólo les quedaba la torre donde vivían.

Ella, Jordina, que quería estudiar farmacia, empujada por la madre, esperanzada de heredar el establecimiento del tío, hombre soltero y sin hijos, se sintió enseguida repelida por las fórmulas químicas, renunció a ello y, después de un período de indecisión, cursó los estudios de enfermera. Ahora llevaba cerca de dos años trabajando en la clínica Barcino, su segunda colocación.

En cuanto a la habilidad de pasar de una época a otra, únicamente se había avenido a decirle, por ahora, que el padre lo adquirió en plena madurez, de una forma accidental, y que aprovechó poco por un motivo que, convencional y todo como es, plantea un problema; le daba miedo la posibilidad de morir durante uno de sus viajes. Ignoraba, cómo no, cuál sería la situación del cadáver.

Ricardo, que no ha dejado de pensar poco o mucho durante todo el rato, resucita el asunto en el postre, cuando dice:

–Si el viaje es real, podríamos morir fuera de nuestro tiempo, cierto.

Y al mismo tiempo, es una absurdidad que alguien nacido en el año setenta, por ejemplo, muera a principios de siglo, si ha retrocedido hasta entonces.

–Lo es –confirma la chica–. Todo esto le inquietaba bastante y lo cohibía. A mí quizás no me preocupa tanto, aunque me intrigue, porque soy joven y tengo buena salud...

–Puedes tener un accidente –le objeta él–. Sea como fuere, si alguien muere fuera de su tiempo, resulta que lo entierran antes de haber nacido. Por otra parte, si no podemos morir en el pasado, nos aseguramos la inmortalidad. Basta con ir retrocediendo.

–Eso no –dice Jordina–. Se opone a que en el pasado no eres más joven, y vas envejeciendo. El tiempo no te ahorra. Si te ahorrase, sí que no se podría viajar.

–Entiendo. No tendrías ningún sitio al que ir. Dentro del tiempo de tu vida sería imposible por lo que hemos dicho, que te duplicarías, y más allá porque no habría coincidencia de edades... Ahora, tanto si te mueres como si no te mueres –pondera–, siempre nos encontramos con lo mismo, que en el pasado anterior a tu nacimiento no has nacido... Esta es la paradoja, Jordina: ¿cómo puedes existir en un momento anterior a tu nacimiento?

–Es un problema, sí. Hay muchos.

–Por ejemplo, este otro: ¿qué pasaría con una mujer que, habiendo concebido ahora, fuera a parir en el siglo pasado? Su hijo sería más anciano que ella. Imagínate este caso: una madre de nuestro tiempo que da a luz cien años atrás, vuelve aquí y, en otro viaje, retrocede hasta el año treinta, cuando el hijo tendrá cincuenta y tantos. Puede verle morir de senectud cuando ella todavía es joven. Y no puede traerlo aquí, una vez parida, porque este tiempo nuestro es un futuro que todavía no existe para la criatura. Tiene que llegar por sus pasos contados, como todo el mundo... No, Jordina –declara–, no puede ser. ¡No puede ser! No hay viaje.

–Lo hay –le contradice ella reposadamente.

–Quisiera creerte, te he creído un momento, porque sé que lo dices de buena fe... Pero es imposible. Objetivamente imposible, Jordina –subraya.

–¿Por qué objetivamente? Es tu lógica, tu forma de razonar que decide qué es objetivo y qué no lo es. Pero los razonamientos pueden ser defectuosos si nos faltan elementos, tales como que cada vez que se ha hecho un descubrimiento la realidad cambia, cambiando, pues, lo que teníamos por objetivo. Que cueste adaptarse es otra cuestión. Existe una rutina mental que pone obstáculos. Y te diré más: el hecho de que no encontremos explicación a algunos fenómenos no priva ni ha privado nunca de que existieran. ¿Es que el hombre sabía qué ocasionaba la lluvia, el rayo, el relámpago?... No. Pero no los negaba.

–No es lo mismo, Jordina. No confundas, por favor... Todo el mundo podía observar estos fenómenos que no contradecían nada de lo que se sabía, que formaban parte de un orden natural. En cambio... esto, estos viajes son una experiencia únicamente tuya, o tuya y de tu padre, si quieres, que contradice una experiencia común, universal, y unas condiciones objetivas, insisto, del tiempo. Llamamos tiempo, precisamente, aquello, aquel movimiento que sólo avanza en una dirección...

–¿Y quién lo niega? Si sigues creciendo en años en lugar de quitarte.

–Pero el tiempo pasado no existe, Jordina...

–Tampoco digo eso. Al viajar no voy a ningún tiempo que exista ahora, simultáneamente con éste, el nuestro, sino a lo que existió. El tiempo no se modifica en absoluto. Soy yo quien me sitúo en otro momento suyo, desde donde continúo, siguiendo su curso.

–Pero allí no estabas en su momento, cuando era actual...

–Claro que sí. He estado siempre, porque sólo hay, ha habido, aquél momento.

Hablan ambos a la vez, quitándose la palabra de la boca, pero ahora Ricard hace una pausa, levanta un dedo advertidor, casi solemne, como si repentinamente se le

hubiera ocurrido una objeción definitiva que la silenciará, y ella, que iba a proseguir, espera.

–Si has estado siempre, debes tener un pasado. Todo tu pasado, desde niña hasta el momento en que haces el viaje. Una familia con la que vives, un colegio al que fuiste de niña, unas amigas... Y como puedes viajar a cualquier lugar, es por todas partes que tienes una historia. Hay miles de Jordinas, cada una con su propia peripecia, y sin embargo, todas ellas son una sola... ¿No se parece un poco, pero a lo grande, al misterio de la Santísima Trinidad?

–No –dice ella, sincera–, no tengo ningún antecedente, ninguna historia.

–Te incrustas, pues, como un cuerpo extraño. Como alguien que es diferente, que no puede confiarse... ¿Quién sabe –sonríe– si los profetas de los que nos habla la Biblia no eran hombres venidos de un tiempo posterior a aquél en el que predicaban... ¿Y las adivinatoras?

La chica se muerde los labios, mortificada no por su incredulidad, sino por la burla implícita en las últimas palabras, pero no estalla con ninguna palabra de ira, con ninguna expresión indignada, como había hecho primero; ahora se domina y se sitúa en un tono simplemente dolido que, al fin, dice:

–Me está bien por haber querido embarcarme en una discusión cuando, como he reconocido antes, tampoco sé todo o, mejor, no sé nada. No me creas, pues. Y ni tienes que leer todos estos papeles. Cuentan muchas cosas, pero explicaciones no dan ninguna. No te convencerán. Si no lo han hecho la fotografía y mi desaparición...

–Una sola cosa puede convencerme, Jordina.

–¿Cuál?

–Que repitas el viaje y que me lleves contigo.

–No puedo llevarme a nadie. Cosas sí, como los vestidos, o... pero ninguna criatura.

–Dime, pues, qué hacer. Y nos iremos juntos.

Unos segundos, la expresión, contraída, se relaja y parece como si, tentada, se disponga a intervenir, pero luego mueve la cabeza.

–No puedo, Ricardo. Prometí...

–Y faltaste a la promesa, como reconociste, y precisamente conmigo, según tú.

–Ya te he dicho que debimos querernos mucho.

Y él, desenvuelto:

–¿No podemos volver?

–Quizás sí –y una sonrisa melancólica le ronda por la boca–. Yo quizá ya te quiero... No me importa ser te franca, Ricardo. Si hablaras con la gente que me conoce, sabrías que no soy exactamente una chica convencional, y menos puedo serlo ahora. Cuando encontré la foto tenía tu misma edad, y desde entonces me he entretenido muchos ratos mirándote, mirándola, con un sentimiento al que también contribuía lo que escribías. No es extraño, creo, que me fuera enamorando un poco de ti, sin darme cuenta de que el tiempo pasaba y que yo me hacía vieja.

–No lo eres ni me lo pareces –protesta el chico–. Y si esa historia fuera cierta, cuando nos amamos, y ahora repito unas palabras tuyas, también nos separaban ocho años. La edad, por tanto, no te preocupó mucho.

–No. Y ahora tampoco. Pero las circunstancias no son las mismas. Ahora tú no me quieres, y es natural, si soy una perfecta desconocida. Tú mismo eres otro por el mero hecho de que no recuerdas nada.

–Si miramos así, tampoco recuerdas tú.

–Pero yo he vivido con esa historia presente, me la creía porque sé que el viaje se puede hacer, y ahora se ha confirmado: estás aquí. Escéptico –renueva la sonrisa–, pero aquí.

–Leeré los papeles, Jordina. Esta misma noche, si me los confías. O si quieres que me quede contigo...

–No; llévatelos. ¿Por qué, sin embargo?

–Te podría decir, sin que sea toda la verdad: porque no sería del todo humano si no me intrigaran, como me intrigas tú.

–¿Y la verdad completa? –interroga ella.

–Bien... Porque esta habitación es acogedora y me gustaría volver.

–Hay que creer que en otro tiempo te habría dicho: siempre que quieras. –Hace una pausa, decanta la cabeza–. Y ahora también... Sí, también ahora.

II. RECONSTRUCCIÓN DEL VIAJE

Unos golpes en la puerta del piso, insistentes, le obligan a enderezar la cabeza y a interrumpir bruscamente la conversación que ella, al otro lado del hilo, dice:

–Damián...

–Sí.

–¡Ah! Creía que nos habían cortado.

–Es que llaman –explica mientras los golpes se repiten con la misma insistencia chapucera–. No cuelgues, que voy a ver quién es...

Corre pasillo allá, pero al llegar al vestíbulo le inmoviliza el impacto de un cuerpo que se abate con fuerza contra la puerta, demasiado sólida para que ceda, y, entonces, la voz

de alguien que protesta de lo que debe haber sido una iniciativa personal, quizá provocada por la impaciencia.

–¡No! Luego nos acusan de brutalidades innecesarias...

Hay un intercambio de palabras en un tono más bajo, y a continuación, con la oreja clavada en la madera, siente el rumor de unos pasos que se alejan escaleras abajo. Sin embargo, los demás continúan en el rellano y el chasquido de un mechero le da a entender que se entretendrán fumando.

Sin hacer ruido, vuelve hacia el teléfono y murmura:

–¿Jordina?

–Sí.

–Es la policía.

–¿La policía? –repite ella, extrañada–. ¿Y qué querían?

–Quieren, Jordina, quieren. Uno de ellos se ha ido, supongo que a buscar un cerrajero, pero los demás se han quedado en la puerta.

–¿Y por qué? –se alarma ahora la chica–. ¿Qué has hecho, Damián?

–Unas pintadas con unos chicos... –dice vagamente–. Alguien nos debió de ver e identificar.

–¿Han venido a detenerte entonces?

–Supongo. Y si quieren entrar por la fuerza, señal de que tienen una orden judicial. Será necesario que me vaya.

–¿Cómo? –se asusta ella–. No puedes saltar de un tercer piso...

–No. Me trasladaré.

En el otro extremo del hilo hay un silencio mientras fuera se vuelven a escuchar voces, y después la chica pregunta:

–¿Quieres que vaya contigo?

–No, Jordina. ¿No puedes dejar el trabajo, verdad? Y tampoco pienso quedarme. Volveré enseguida. Sólo es para escapar de la trampa... ¿Qué te parece en tu casa?

–Sí –contesta ella, y Damián escucha, de repente atento. Alguien está introduciendo algo en la cerradura, por lo que no habrán ido a buscar ningún cerrajero, sino probablemente unas herramientas que tenían en el coche con las que habrán acudido a detenerle.

–Ya están aquí, Jordina... Hasta esta noche.

–Hasta esta noche, asiente cuando ya aleja el teléfono de la oreja, y una fracción de segundo después de haberlo dejado, de prisa, pero sin perder la calma, hace sin embargo,

lo que han convenido en llamar su encaje, algo distraído, por la irrupción de los policías que en el acto pierde de vista, instantáneamente sustituidos por esta mujer que surge delante, tan cerca que la roza.

Es sólo un instante. Siendo el grito casi inhumano, ve los ojos increíblemente abrumados, la llama roja que le quema las mejillas y, mientras él mismo se recobra de la momentánea angustia habitual, asiste al derrumbe del cuerpo que, como fulminado, cae a sus pies. Hasta entonces no conoce a su madre.

Ni tiempo tiene de inclinársele encima, de balbucear una palabra desconcertada; es necesario que se encare con este hombre que, atraído por el grito, sale de la cocina con un martillo en la mano y la boca llena de clavos. El tintineo del metal contra el suelo, porque se le escapan al abrir los labios, perturba un silencio absoluto, el último que habrá durante cinco minutos, que pasan luchando desde que el hombre se le abalanza, levantando el martillo, sin hacer caso, sin quizá ni oír su voz que llora:

–Padre... Padre. ¡Soy yo!

No se le ocurrirá hasta después de que no le pueda reconocer, que es, como ha sido para la madre, un extraño que penetraba en el piso. Ahora sólo puede concentrarse lo suficiente para evitar el golpe de la herramienta que se dirigía a su cráneo, y esforzarse en restablecer un equilibrio

comprometido al enredarse con los pies de la mujer que sigue acostada en el suelo, totalmente inmóvil.

El furor del hombre, que crece, le obliga a defender su vida, a aprovechar que es más alto y quizás más robusto que él para tratar de desarmarle parando el segundo impulso de la maza con las manos que se cierran entorno a la muñeca. Pero su padre, que es hábil, le agrede con el otro puño y levanta una rodilla para hacerle soltar presa. Retrocede, aturdido, pisando el rostro de la madre antes de caer al otro lado, contra el tabique que resuena con el golpe. Los pies, que levanta al sufrir la tercera embestida, le salvan de nuevo al proyectar al hombre contra el mueble de la radio, que se abate con estruendo y precipita el aparato encima, con el diario que había en un ángulo de la balda.

Se le tira encima para arrebatarse la herramienta, que se disputan con ferocidad, y ruedan por el suelo, arrastrando el periódico que se despliega, tropezando con el cuerpo de la madre, que no reacciona; el martillo, ahora sin mucha fuerza, le abre la oreja y él golpea la mandíbula indefensa delante de ella, hace un esfuerzo para enderezarse cuando el hombre flaquea y, de pie, le pega una patada a la nuez del cuello ...

Necesita recobrar el aliento, rasgar ese velo que le ofusca para comprender que acaba de matarlo. Los ha matado a ambos; indirectamente, de una impresión horrible y demasiado intolerable la madre, y con la violencia de su

agresión al padre. No importa que se haya visto forzado, y ahora, de rodillas entre los dos cadáveres, las lágrimas se le deslizan boca abajo, mezclándose, cerca de los labios, con el reguerillo de sangre que baja de la oreja partida. Ambos tienen los ojos abiertos y lo acotan con una mirada vacía desde su juventud, porque ni uno ni otro tienen más de treinta años.

No se ha rehecho aún, cuando los ojos se le secan repentinamente y un escalofrío intenso le pinza los nervios mientras se le pone la piel de gallina y el pelo se le endereza, como electrizado. No puede que esté aquí, en este piso tercero de la calle de Regàs, donde los padres han vivido siempre, desde que se casaron. Los ha matado cuando aún no había nacido, ¡cuando la madre ni siquiera estaba grávida de él!... La cabeza le rueda con una aglomeración de pensamientos que se yuxtaponen y cierran mutuamente el paso, de preguntas que acuden de todos lados.

No sabe de dónde saca fuerzas para hacer un gesto y palparse, para separar una rodilla del suelo, levantarse y apoyar el hombro contra un umbral cuando tiente, agobiado por las respuestas que, pese a su desconcierto, acuden, coincidentes, en decirle que no puede que viva si nunca ha nacido. Y, sin embargo, ¡es!

¿Qué ha pasado? ¿Cómo puede que haya tropezado con sus padres si cada vez que vuelve el piso está vacío y ellos en el trabajo? Siempre elige el mismo momento para evitar

encontrarse, y hoy... Quizás con las prisas, más atolondrado de lo que creía por la presencia de la policía, se ha confundido de fecha... Sus ojos buscan un calendario y terminan fijándose en las hojas resobadas del almanaque, hacia lo más cercano de las cuales baja todo el cuerpo.

DOMINGO, le salta a la vista. El domingo, cuando ellos se quedan en casa porque es el único día de la semana que pueden pasar juntos de cabo a rabo. ¿Cuántas veces no se lo ha contado la madre, en su tiempo? Y él mismo habrá podido observarlo en el curso de algún viaje si un pudor bastante natural no le hubiera impedido hacerse un testimonio de su vida de jóvenes. Sólo una vez cedió a la tentación de esperarles cerca de casa y de seguir a su madre hasta los almacenes donde hacía de cajera.

Vuelve a enderezarse, ahora con una sensación de náusea ocasionada por el miedo, porque ni mientras buscaba la causa del error que le ha hecho retroceder hasta un día indebido, ha podido olvidar que en estos momentos debería haber tenido que integrarse en la nada anterior a su nacimiento. Claro que no puede vivir si la madre ha muerto antes de concebirlo. Esta muerte hace que nunca haya existido, que nunca haya habido un Damià Borràs que estudia en la universidad y conspira contra la dictadura franquista... Pero Damià, él, el de siempre, plenamente consciente de su vida, está aquí, en ese pasado al que puede venir desde que sabe cómo se viaja en el tiempo...

Jordina... –murmura–, y le abrumba la necesidad de volver cerca de ella, a su mundo, a su época, arriesgándose, si es necesario, a la detención por parte de los policías que quizás todavía están en casa, en ese mismo piso, rebuscando por si encuentran hojas de propaganda, explosivos o publicaciones clandestinas. No se atreve, sin embargo. Debería estar muerto, peor y todo que esto, nonato, y no entiende qué tipo de aberración temporal lo conserva en vida, ni sabe cuánto tiempo seguirá allí. No puede, no puede de ninguna manera precipitar el momento del olvido, de la desaparición, de la inexistencia. Si viajaba para volver al año 1972, quizás ya no llegaría. Si vive, y no se atreve a confiar en ello, será para quedarse en el año cincuenta.

Se mueve, empapado por un sudor frío que este día de finales de agosto no justifica, atemorizado por la sensación de que de un momento a otro el tiempo reparará su error. No tiene sentido, es cierto, trata de tranquilizarse, porque el tiempo no es una conciencia con voluntad de actuar, con capacidad de iniciativa, y, por tanto, no puede equivocarse. Si no lo ha eliminado instantáneamente, al morir la madre y hacer, pues, imposible su existencia, no hay ninguna razón para que le suprima ahora, o más adelante, si él no altera unas condiciones que lo preservan contra toda verosimilitud.

Se va hacia el cuarto de baño, donde mientras se lava la sangre que ya se cuaja, piensa que en algún lugar habrá habido un fallo del que ahora se aprovecha; una falla

inconcebible que le deja en una situación absurda, contraria a todas las ideas que él y Jordina se han hecho, contraria a toda lógica. Por más vueltas que dé, sabe que nadie puede existir si no ha nacido. Y ahora se mira, secándose cuidadosamente ante el espejo que le devuelve la imagen conocida del chico de veinte años, cerca de los veintiuno, ahora una especie de huérfano eterno, de una especie nueva; nunca ha tenido padres, si es que está vivo. Y la angustia vuelve con tanta virulencia, ahora, que debe apoyarse en el baño para no caer. ¡No puede ser!, se dice en voz alta, apagada. Todo debe haber sido un sueño, una pesadilla, y cuando vuelva al comedor verá que no hay ningún cadáver, que el calendario lleva la fecha de hoy.

No la lleva, y el padre y la madre, perfectamente corpóreos, siguen tendidos en el suelo y con los ojos abiertos, como comprueba a los diez minutos, cuando consigue dominarse y sale del cuarto de baño. Y ahora ve también que los muebles son viejos, de otro estilo, los muebles de su infancia que después fueron sustituidos por unos más claros y de diseño más moderno. Entra entonces en su habitación, que no existe todavía tal y como la recuerda; hay una máquina de coser, papá tiene libros... Hay todo lo que debían de sacar para hacer un dormitorio.

El teléfono que llama le sobresalta, y corre antes de darse cuenta de que no puede contestar. De paso, se le ocurre que no puede quedarse en el piso, que ya debería haberlo dejado, y reflexiona que a partir de ahora será alguien sin

casa, sin familia, sin amigos o conocidos, sin documentos, pues los que tiene, con el documento de identidad que renovó en 1970, no le sirven. Alguien totalmente al margen, que no podrá encontrar trabajo ni pedir nada a nadie. Legalmente no existe; en ningún sitio, en ningún registro oficial, existe su nombre.

Por primera vez se da cuenta de que va en camisa y que encima lleva apenas la cartera con el carnet inutilizable, unas llaves y un billete de cien. Aunque le repugne, se ve, pues, obligado a buscar por los cajones donde le parece que podría haber dinero, pero los padres siempre han guardado pocos en el piso, y al cabo de media hora su fortuna sólo ha aumentado hasta cuatrocientas cincuenta pesetas. Se apodera asimismo de una americana del padre que le va un poco corta y estrecha y, en el último momento, decide llenar una maleta con camisas, ropa interior, una maquinilla de afeitar... Y entonces, de repente, lo deja. ¿Por qué cargar con ese estorbo si en ningún hotel, en ningún sitio le acogerán, sin papeles?

Se le hace un nudo en la boca del estómago a medida que se precisa cuán total es su desamparo, pero ahora, cuando se trata de algo que es previsible, claro, dentro de un orden natural, se sobrepone sin mucha dificultad, y es, pues, con el ánimo más sereno, si bien terriblemente dolido, que se despide de sus padres, a los que ahora cierra los ojos en obediencia a un gesto piadoso que de una forma u otra

forma parte de su herencia. Y, al salir, deja la puerta abierta para facilitar que los encuentren.

Durante cinco días duerme al raso, bajo el Tibidabo, y una noche de lluvia en las cuevas de encima del Parque Güell, entre dos hombres vagamente ebrios y de aspecto turbio, no sabe si mendicantes o malhechores, y una mujer sucia de aspecto agitanado, que le propone sus servicios sexuales antes de contarle, nada ofendida por su rechazo, una historia de brutalidades familiares, de fugas y de gamberros que no entiende del todo; tiene el discurso incoherente y le faltan dos dientes de los que silba el aire entre los huecos.

De día se mueve con prudencia, algo amedrentado por la abundancia de grises¹ que, de dos en dos o de tres en tres, patrullan por la ciudad. Hace más de once años que se acabó la guerra, pero el régimen todavía quiere hacer sentir la presencia armada entre el pueblo. En ningún momento ha visto que pidieran la documentación a nadie, pero eso no le tranquiliza en absoluto y procura evitar algunas zonas céntricas por las que parece que la policía tenga preferencia.

Come en tabernas de mala muerte y entre las dos comidas toma agua de las fuentes para hacer durar el magro peculio; busca sombras por los jardines, sentado cerca de los viejos famélicos que se cuentan miserias interminables y alucinadas con las manos afianzadas en los cayados y, una

1 El uniforme de la policía nacional durante el franquismo era de color gris, nombre popular con el que se los designaba. [N. d. t.]

vez, a media mañana, se acerca a la torre de los Artola, donde puede ver, en el jardín, una Jordina de ocho años que, junto a su madre, limpia un pequeño bancal de flores. El alma le sube a la garganta y una nostalgia inmensa le obliga a huir cuando ella, como si sintiera el peso de su mirada, se gira e, infantilmente, le sonrío. Es entonces, al irse, que se le ocurre la idea de contar su aventura y dejar los papeles en la cajonera que, como sabe, ella cacheará hacia los veintidós años. Entre las llaves que lleva en el bolsillo está la de la torre, llave que ella le confió poco después de que empezaran a quererse.

La quimera todavía, nunca dejará de enquimerarlo poco o mucho, aquella incongruencia que le permite vivir cuando debería estar muerto, pero aún encuentra quizás más desgarradora esa extraña condición suya que lo margina de los hombres. Se pasa horas y horas buscando caminos y soluciones que se le escapan, y entiende que nada le ha preparado a encararse con esta existencia solitaria y amarga, prácticamente de forastero, en una sociedad triste y todavía racionada. La conciencia de que no pertenece a ese tiempo le agobia.

Se le ocurre pensar en los grupos clandestinos que, lo sabe, trabajan en este período; pero, ¿cómo entrar en contacto, cómo hacerse aceptar si no podrá facilitarles unos antecedentes? También en ese campo es un indocumentado. Incluso algunos «viejos» de su época con los que se ha relacionado incidentalmente, encontrarían

sospechoso que se les dirigiera; aún no le conocían y tardarán años en saber de él... ¿Y si decía que volvía del exilio, donde de niño se lo llevaron los padres? Las relaciones con los grupos de fuera debían de ser escasas... Razón de más, se ha dicho, para que investiguen un poco para asegurarse de que no acogen a un infiltrado a sueldo de la brigada político-social.

Y, sin embargo, es esa simulación la que le solucionará las cosas cuando, el sábado siguiente, conoce a Mercè Alcorrúbia en la plaza de Maragall, donde ella ha sacado a tomar el aire y el sol a su abuela baldada. Es la chica misma, sorprendentemente espléndida en estos años de cuerpos flacos, cuando las mujeres parece que pierdan los senos y la grupa, que le dirige la palabra a los cinco minutos de sentarse en el banco mal protegido por la sombra en retirada de un árbol cercano.

–¿Usted no se va de aquí, todavía? –le pregunta, y cuando él, repentino por una interrogación tan poco convencional, le contesta que no, la desconocida pide–: ¿Le importaría vigilarla un momento, mientras me llevo a la carnicería? –y señala primero la vieja y, después, el establecimiento que hay en la esquina.

–No –dice él–. Vaya.

Y la chica se inclina hacia la inválida:

–Abuela, se quedará un momento con este joven... Voy a buscar la carne que me guardan.

La mujer, que aparentemente tiene la oreja buena, pero no habla, mueve la cabeza, asintiendo, y la chica vuelve a darse la vuelta:

–Es que no quiere estar sola, ¿sabe? No le gusta... Vuelvo enseguida.

Enseguida son diez o doce minutos, durante los cuales él y la vieja se sonríen dos o tres veces, siempre que los ojos se encuentran. Son unos ojos suficientemente inteligentes para que se entienda que, si el cuerpo se ha vuelto impotente, el cerebro no ha perdido todas sus facultades, como por otra parte confirma la chica al sentarse de nuevo en el banco.

Alejando un poco a la mujer y girando la silla de ruedas con la excusa de que así el sol no le molestará en la cara, le explica que la invalidez se debe a un problema de la columna vertebral agravado por los años, y el hecho de que no pueda hablar a un ataque de apoplejía que, por suerte, no le ha afectado el entendimiento. Vive sola con ella desde que sus padres y un hermano mayor tuvieron que exiliarse. El chico murió luchando contra los alemanes, en la Resistencia, y ellos viven en Argentina, de donde todavía no pueden regresar. El hombre se había comprometido bastante durante la guerra.

Y él, oportuno, lo aprovecha para sorprenderse de la coincidencia, pues, como también le dice, sus padres se fueron al exilio, donde él ha vivido hasta ahora.

–Hasta hace una semana, cuando volví a escondidas, atravesando la frontera a pie, con unos contrabandistas.

–¡Ah! –se admira ella–. ¿Y si lo cogen?

Damià se encoge de hombros, con un gesto fatalista que matiza al añadir:

–De una forma u otra saldré adelante. No sé cómo, todavía... Había unos amigos de mis padres que podían ayudarme –elabora–, pero me he encontrado que ya no viven en Barcelona, y nadie sabe dónde están.

–¿Cómo lo hace ahora? –se interesa la chica.

–Cómo puedo. Menos mal que en verano puedes dormir al raso... Saldré adelante –reafirma.

–No si lo cuenta a todo el mundo, porque pueden denunciarlo.

–¿A todos? Ah, lo dice porque me confío a usted... –y le sonrío–. Es distinto. Antes me ha confiado su abuela.

Ella ríe, francamente divertida:

–No es lo mismo. ¡A nadie se le ocurriría llevarse a una baldada!

–Pueden raptarla para devolvérsela a cambio de dinero...

–¡Pues a fe que se habrían hecho ricos!

Se entera de que ambas mujeres viven de una cantidad que ocasionalmente les envían sus padres, que ahora tienen un negocio en las afueras de Buenos Aires, y de los jerséis que hace ella. Están en unos bajos de la calle de Sant Jordi, donde pagan poco alquiler y, como son grandes, si les conviniera podrían poner realquilados. Pero no necesitan; no tienen demasiadas necesidades y, por tanto, se defienden.

Luego, mientras él a su vez le cuenta que su padre trabajaba en una inmobiliaria, en Francia, en la que tenía un cargo bastante bien pagado para darle estudios, la chica permanece meditabunda, sin hacer comentarios, ahora casi como desinteresada. Y quizás sí que no le escucha con mucha atención, ya que, cuando el muchacho se calla, comenta en el tono de alguien que sigue en voz alta una reflexión silenciosa:

–A nadie extrañaría si pusiéramos una hospedería...

Y Damián, que lo ha entendido de inmediato, dice:

–¿Qué dice?

–Pensaba –replica ella– que de momento podría venir a casa, si no tiene dónde ir.

–¿Ve cómo también es confiada? De nada me conoce. Pero no puedo aceptarlo, porque no tengo dinero. No podría pagarle.

–No ha hablado nadie por ahora de eso.

–Y el racionamiento...

–Poco cuento –le corta ella–. Quien más quien menos, todo el mundo que puede se provee de estraperlo.

–Bien... Pero podría comprometerla.

–No mucho... Al fin y al cabo, usted no ha hecho nada. Y alguien u otro debe ayudarle, ¿verdad?

Es un argumento bien encontrado para convencerle.

Los bajos en los que se instala son, como le ha dicho, recreosos, con cuatro dormitorios y, detrás, una pequeña salida donde, en lugar de haber macetas con plantas o flores, se acumulan los trastos. En ciertos aspectos, es toda la casa, un trastero. Mercè es dejada por naturaleza y no le importa, por ejemplo, que una escoba se pase todo el santo día apoyada en la pared del comedor, donde la ha abandonado,

para no reanudar ya el trabajo, si ha tenido que acudir al teléfono, en la puerta, o correr a la cocina, donde se derramaba la olla. Por todas partes, sobre muebles y sillas, hay objetos desplazados y en su habitación, la más desordenada de todas, siempre se ve un esparcimiento de zapatos, de faldas, de prendas interiores, limpias o sucias, un salto de cama que cuelga de cualquier respaldo, una camisa de dormir mal doblada sobre la mesita...

Este descuido se extiende a su persona. Si bien es corporalmente limpia y cuando tiene que salir se agencia normalmente, por casa le gusta vestir, según declara, de una manera cómoda, y se mueve a menudo con unas zapatillas a retalón, unas faldas de las que se le escapan las blusas que aficiona, por lo general mal abrochadas, o una bata de color cachumbo que cuando no lleva se arrastra por los lugares más inesperados, como la faja que sólo lleva por fuera. Deja siempre las puertas abiertas o mal cerradas, y es fácil sorprenderla cuando se viste o desnuda, cuando se cambia o, en el lavabo, se lava, se pinta o se peina.

En contraste, afecta a actitudes pudorosas si él, ya entrado en confianza, se permite alguna observación intencionada o algún comentario malicioso, pero es una especie de pudor incitante, tras el que se nota la complacencia. De hecho, es su forma de mostrarse coqueta, y por eso, en este aspecto, su comportamiento no cambia, o cambia muy poco, cuando, a partir del sexto día, se convierten en amantes con gran

simplicidad y en el momento en que él menos lo esperaba: a las ocho de la mañana, cuando ella se pesa.

Lo hace todos los días, en la pequeña báscula que tiene en el lavabo. En este tiempo, cuando fuera de los espabilados que se enriquecen con complicidades oficiales nadie satisface su hambre, la ilusión de Mercè es de enflaquecer y, para conseguirlo, incluso es capaz de realizar proyectos de dieta rigurosa que, por desgracia, olvida cuando se encuentra en la mesa, o antes incluso, ya que siempre pica una cosa u otra de la nevera; es raro que la abra sin ponerse nada en la boca.

Él, que acaba de levantarse y le ha sorprendido desde el pasillo, se interesa:

–¿Qué? ¿Sube o baja?

–No se mueve. Todavía no he de casarme...

Damián dice:

–No sabía que hubiera ninguna relación entre el matrimonio y el peso.

–¡Ah, pues está ahí! ¿Tú me ves con alguien capaz de entrarme en casa en brazos, tal y como se estila?

–Claro. ¿Qué son, setenta kilos?

–Setenta y uno –precisa la chica–. ¿Tú te verías con corazón?

–Sin dificultad alguna.

–No cuesta decirlo.

–Ni de hacerlo. ¿A qué te llevo hasta tu dormitorio?

–No me lo creo.

El muchacho se inclina, le pasa el brazo por la espalda, el otro por debajo de las rodillas y, afianzando bien los pies, la levanta. Ciertamente, es pesada, pero el peso parece disminuir enseguida, cuando Mercè se le abraza al cuello para facilitarle la tarea. Quizás no se da cuenta de que los extremos de la bata sin botones, atada únicamente por una cinturilla de la misma ropa, se le abren a lo largo de los muslos y más arriba del bajo vientre, pero no puede ignorarlo cuando Damià, en el cuarto, donde ha llegado victorioso, la deja sobre la cama y desliza la mano hacia las nalgas. El chico acaba de comprender que es ella quien ha aprovechado la ocasión para provocarle. Como habrá provocado otros, ya que virgen no es.

Más adelante, sabrá que Mercè se ha hecho una composición de lugar muy realista; es del todo consciente de que si su exuberancia carnal no es un obstáculo al matrimonio, nadie se le acercará con proposiciones honestas mientras viva la abuela, y la mujer, aunque todavía,

puede durar un puñado de años. Demasiado para que ella espere, reconoce en la intimidad de la cama, donde los gestos púdicos no la privan de mostrarse experta y ardiente.

También le es útil en otros aspectos y, de hecho, es ella quien le sugiere, sin darse cuenta, la forma de obtener una documentación, por pobre e insuficiente que sea. Es cuando comenta que, habiendo ido a buscar un certificado o un extracto de nacimiento de la abuela, que necesitaba para unas gestiones encaminadas a conseguirle una pensión, se lo entregaron sin problema alguno. Ve inmediatamente una posibilidad, pues si las cosas van como ella dice, puede dar cualquier nombre, mientras sepa hacerlo coincidir con la fecha de nacimiento del individuo. Y esto puede hacerlo. Recuerda a un colega de su padre, un tal Martí Riella, pasando a la misma notaría donde el hombre trabajaba y nacido también un veinticinco de febrero, coincidencia que en casa fue comentada más de una vez. Si la memoria no le falla, los separaban cinco años, lo que, si el padre era del año 1917, situaba el nacimiento de Riella en 1922. Ahora tenía, pues, veintiocho, pero no era un inconveniente demasiado grande; a él, que apenas tiene veinte, todo el mundo le hace veinticuatro o veinticinco.

Sin embargo, vacila y da alargas al asunto, receloso a despecho de la experiencia de la chica, que bien podía haber tropezado con un funcionario discreto o negligente, y cuando se decide, al cabo de una semana, sus relaciones ya se han modificado. Mercè, que en ningún momento le pide

dinero y, al revés, le ha provisto de ropa, poco a poco le va pasando la responsabilidad de cuidar de la vieja. No puede negarse a ayudarla cuando la viste o la desnuda, al levantarla o llevarla al servicio si ella está demasiado atareada o está fuera, a entregar unos jerséis al establecimiento para el que trabaja, lo suficientemente lejano para que la ausencia dure toda la tarde. Se da cuenta de que va descargándose más y más en él, pero lo acepta sin atreverse a protestar, aunque no le guste, y algunas cosas, como secar el culo de la baldada, aun le repugnen, porque se siente protegido, tiene siempre un plato en la mesa y una mujer en el lecho. No en exclusiva, sospecha, ya que los tranvías no son tan lentos como ella dice y, por otra parte, le extraña que siempre se retrase. No puede ser que ese trabajo esté tan bien pagado, y dinero de América recibe poco. Pero tampoco le importa demasiado que haya otro hombre. Sus voluptuosidades, en la cama, hacen probable que sea un viejo incapaz de satisfacerla.

Sin embargo, sabe que no es una solución definitiva vivir a sus espaldas, normalmente encerrado en casa, sin muchas más salidas que las que hace al sacar a la abuela a pasear o cuando algunas noches, después de cenar, se arregla, van ambos al cine, cada uno por su parte, pues la chica pretende que si se les veía salir juntos habría habladurías y todo el mundo creería que es su amante, y no quiere que sea dicho. Le parece, curiosamente, que el acompañar a la vieja no es suficiente para dar pie a estas suposiciones por parte del

vecindario. Es necesario, pues, que salgan separados para encontrarse en la puerta del local donde han decidido ir y donde suelen escapárseles muchas escenas de las películas; a ella, una singularidad más, le gusta que la bese y que la toque a oscuras, entre la gente. Es una especie de exhibicionismo que quiere disimular y que se aviene con su comportamiento en el piso, donde debe parecerle que su dejadez explica que se deje ver medio desnuda por un bostezo de puerta; que no se preocupe si, al agacharse, los senos se le abalanzan hacia la blusa desabrochada o si, al sentarse, separa demasiado las piernas sin bajarse suficientemente las faldas.

El trato, sin embargo, podría durar aún quien sabe aún cuánto tiempo, si no fuera que entonces, al acudir a retirar el certificado de nacimiento, conoce a otra chica: Natalia.

Entablan conversación en la cola, donde ella le precede, mientras el funcionario, que pone cara preocupada, se entretiene con una consulta algo larga y que impacienta a la gente. Es una chica alta y delgadita, muy rubia, de su misma edad, y le complace la sonrisa discreta pero naturalmente cordial que palía la expresión ligeramente sombría, como amarga, de los ojos. Lo entenderá mejor cuando sepa su historia, o lo que de momento quiere confiarle, cuando le invita a sentarse en un bar. Porque al salir, frente a él, la ha visto vacilar y apoyarse en la barandilla, como para no caer.

–No es nada –le dice al acercársele–. Un pequeño rodamiento de cabeza. A veces tengo... Ya ha pasado, ahora.

Deja que baje las escaleras con ella y que en la calle continúe a su lado hasta la esquina, donde, al detenerse para que pasen dos camiones, se da cuenta de su palidez y, al preguntarle si de verdad se encuentra bien, le replica que todo es cansancio.

–Si no tiene prisa, la invito a tomar un café con leche. Repondrá un rato...

Lo acepta cuando él, al verla indecisa, insiste con prudencia y, una vez en el bar, la invita, junto con la bebida, a una especie de pastel extraño, de color muy amarillo, de un pequeño montón que ve sobre un plato y que después resulta que está hecho de maíz. Se le ocurrió que en este tiempo, y en una persona tan joven, el cansancio puede estar bien relacionado con deficiencias de alimentación. Y, de hambre, que debe pasar por fuerza si es cierto, como le explica, que es una obrera en una fábrica del ramo textil donde, entre restricciones de energía y falta de materias primas, apenas trabajan cuatro días cada semana. Son jornadas de diez horas, a destajo, y hay sábados que cobra menos de setenta y cinco pesetas.

–¿Y qué hace usted? –le pregunta.

–Ahora, nada. Estaba en una casa de maquinaria, pero ha habido un lío en la cuestión de exportaciones y me he quedado en la calle.

–¡Ah! –protesta la chica–. No debía haberme invitado, pues. No es fácil encontrar trabajo.

–Vivo con una tía y una prima que se hacen cargo de la situación –improvisa Damián.

–Aun así. –E, ingenuamente, añade–: También podíamos sentarnos en un banco.

–No es lo mismo. Y también tenía ganas de tomar un café con leche.

–Pero el pastel...

–No se preocupe. ¡Tengo unos ahorros: trescientas pesetas! –ríe, pero ella le regaña por ser tan imprevisor.

–No lo soy –se defiende–. La tía y la prima trabajan.

–Pero no hay que confiar demasiado en los demás.

–¿No confía usted en los de casa?

–Bien... –titubea–. Es como si a nadie tuviera.

Damián no insiste en no forzarla a una confesión que después podría dolerle, pero al cabo de un rato, cuando

incidentalmente sabe que se está con una compañera de fábrica, casada, y los ojos se le empañan, termina para confiarle en que no se hace con la familia. Su madre murió en un bombardeo en el que también ella fue herida, en el talón del pie derecho, como puede ver Damián cuando la chica, que no lleva medias, le muestra la pequeña cicatriz que el tiempo no ha borrado, y su padre volvió a casarse hace dos años con una mujer bastante más joven que ha acabado por expulsarla del hogar.

–¿Y lo consintió? –se indigna el chico.

–¿El padre? Sólo ve lo que ella quiere hacerle ver. Y a ella le molestaba. Le molesta todo el mundo, si no puede dominarlos, y yo me resistía. Bien triste era ver cómo le dominaba a él. De modo que me fui a vivir con esta compañera que le digo.

Por el tono, Damián adivina que todavía hay más cosas, pero no las sabrá hasta la tercera vez que salen juntos, una tarde de lluvia y viento que les obliga a refugiarse en el patio de Santa Lucía, en la catedral, porque ella no quiere volver a ningún bar, ni encauzar en un cine; todo cuesta dinero y no le gusta ocasionarle gastos que pueden evitarse. Es ese día, mientras acurrucados uno contra el otro contemplan el agua que cae a trompicones, cuando le dice que no estará mucho, con la amiga, y que si todavía está es porque no sabe adónde ir. El marido de la chica la persigue y ahora debe evitar quedarse sola, en el piso.

Llora mansamente y Damián, que tiene ganas de abrazarla, conmovido por aquellas penas y por su belleza patética, no se atreve por miedo a molestarla, a ofenderla, con un gesto que podría ser mal interpretado. Se limita a murmurar:

–Natalia, Natalia... Si yo pudiera hacer algo...

No sabe si ama a esta chica que apenas ha visto tres veces y, en lugar de pensar en Mercè que comparte su cama, se acuerda de Jordina que vive en otro tiempo y a la que no verá nunca más. ¿Puede amarlas a ambas, tan distintas como son? ¿O quizás todo ello es simple compasión por una criatura desdichada? Irreflexivo a despecho de sus buenos propósitos, le coge una mano y ella, que no parece sorprendida por aquella iniciativa, se le abandona con una confianza que aún le admira más cuando la chica, que se va sacando retazos de su historia, arrastrada por la propia emoción, que la hace imprudente, le dice que desde los doce años es una desgraciada; es entonces cuando cedió al encargado de la fábrica donde acababa de entrar.

El padre no trabajaba seguido, en aquel momento, y cuando el hombre, que la hizo quedar al irse las demás, intentó abusar de ella y, al resistirse, insinuó que de él dependía que continuara o no en la fábrica, el temor de quedarse sin trabajo la obligó a consentir. Aquel día y otros días, durante cerca de dos meses, hasta que se cansó o la sustituyó.

–Y está claro que como no menstruaba no podía hacerme un hijo...

Damià cierra los puños, sin acordarse de que le tiene una mano cogida y que le hace daño, pero ella no se queja, parece incluso que encuentre un consuelo en aquella violencia, pues el llanto se sosiega.

–Tenías que haberle denunciado –dice después con rabia.

–Ah, Martí, ¿no sabes cómo iba todo? ¿Cómo todavía va? Y era una criatura, estaba asustada y tan avergonzada...

Él asiente, se mira las manos unidas sobre la falda de la chica y, quizá sorprendiéndose a sí mismo, dice:

–Natalia... Yo no sé si te quiero, quiero decir cómo un hombre debe amar a una mujer... Pero te quiero y... –se interrumpe, enredado por las palabras que aparentemente se contradicen, pero ella parece que lo haya entendido.

–Me gusta mucho salir contigo, Martí, pero no quiero que me quieras. O sólo como una amiga. Quizá sea por eso que te lo he contado todo.

–¿Para privarme de quererte?

–Sí. No soy el tipo de chica que pensarías, ya ves.

–Si me has hecho ese poco de confianza, Natalia, ¿por qué no me haces más? Si trabajara, si tuviera dinero, te pediría que te casaras conmigo. Pero no puedo... Te he mentado, Natalia. No me llamo Martí, sino Damián, y vivo escondido.

Le miente todavía al repetirle la historia del exilio que contó a Mercè, pero es franco al decirle que convive con ella, que esa convivencia le pesa y que si continúa en la casa es porque, como ella misma, tampoco sabe a dónde ir y, peor aún, no sabe qué hacer; con aquellos papeles que se ha procurado, no es suficiente para conseguir trabajo.

Y, al terminar, avergonzado de no poder ser más sincero, la chica, que ha pasado el brazo por debajo del suyo y apoya la cabeza sobre su hombro, con peligro de que alguien les llame la atención, susurra:

–Me gustaría vivir contigo...

Dos días después Mercè, que, en lugar de subir al tranvía, coge un taxi hasta una tienda de la calle de Balmes, donde no se entretiene mucho en dejar el trabajo, y después se hace conducir a una casa nueva en la calle de Sant Gervasi de Cassoles. Es una casa discreta, sin portero, y quizá por eso ha sido elegida por el inquilino del entresuelo, que no vive. Le cuesta una mañana enterarse de que todo el mundo ignora su nombre, en el vecindario, pero consigue una descripción y, en el último momento, tropieza con una

persona que tiene vista en unas dependencias oficiales, donde cree que debe ser alguien importante.

En dos ocasiones, los días siguientes, se expone vigilando estas dependencias hacia la hora del almuerzo y al anochecer, y la segunda vez es sobradamente recompensado. Un individuo, más o menos como le han dicho, las abandona para irse a pie hasta dónde vivirá, en la calle de encima y quizá a un centenar de metros. Es un hombre que raya en los setenta, alto y bien conservado, de aspecto severo y orgulloso, quien, otra tarde de «entrega de trabajo» vuelve a ver cuando sale, poco después de que lo haya hecho la chica, del piso de la calle de Sant Gervasi. Ya sólo necesita averiguar el nombre, y resulta más fácil de lo que se creía aunque no se atreva a preguntar en la portería donde vive. Una consulta en la lista telefónica le hace detener el dedo sobre un nombre que, sin ser familiar, tampoco le resulta extraño; lo habrá visto alguna vez en el periódico. Para asegurarse de que no hay error, busca el número de las oficinas en las que tiene un cargo y pregunta:

–¿El señor Garriga Barón, por favor?

–¿Quién le llama? –se interesa una voz oscura y autoritaria.

–El señor Castell Novell –contesta.

– ¿Castel Nobel?

–Castillo Nuevo. Un amigo personal suyo.

–Lo siento, señor Castel –responde la voz, más amable–. En ese momento el señor Garriga Barón tiene una reunión...

–Ah, bueno, ya volveré a llamar. Gracias –y cuelga.

Ha hecho diana. El señor Garriga Barón, funcionario de primera importancia, se permite tener una amiguita y, como es natural, lo esconde bien. La austeridad sexual que pasa por una de las virtudes del dictador no transige con pecados de este tipo en el personal a sus órdenes. Quizá sea para compensarles de forzadas abstinencias que hace la vista gorda cuando los pecados pertenecen a otro mandamiento... El señor Garriga Barón, pues, tiene la cola de paja.

Es, sin embargo, un pez demasiado gordo para que lo pesque un ciudadano que ni siquiera tiene los papeles en regla; si lo intentase, probablemente se quemaría él. Necesita atacar indirectamente, por el lado más débil, y por eso, ahora que ha reunido la información que necesitaba, aprovecha otra ausencia de Mercè para cachear a fondo los muebles de su habitación. No hace falta ni que se preocupe de no dejar rastro; con el talante de la chica, nada ocupa dos días seguidos el mismo lugar.

Las cuentas corrientes del banco, porque tiene dos, están en el cajón de debajo del tocador, donde guarda otros

papeles y cartas de la familia, y el dinero depositado asciende, respectivamente, a diecisiete y a treinta y dos mil pesetas. Que sea tanto le da confianza. Quiere decir que el funcionario no es mezquino, y no es probable que Mercè quiera exponerse a perder la gallina de los huevos de oro si, en último extremo, se ve obligado a amenazarla.

Le plantea el asunto al día siguiente por la tarde cuando, al regresar de una corta salida, la encuentra haciendo jersey. Ahora que sabe ya sin dudas que tiene un amante generoso, le extraña un poco ese afán de tricotear, pero ve en obra un espíritu prudente que no podría parecer a primera vista; la chica se habrá dicho que los amantes vienen y van y que no está de más tener un trabajo en el que apoyarse si te quedas sin nadie.

–Quisiera pedirte un favor –empieza–. Uno más. Porque me has hecho y me haces muchos...

–¿Muchos? –medio coquetea ella con una pudorosa caída de ojos y recordando quizás un despertar placentero.

–Sí, muchos. Eres una chica espléndida, Mercè... El hecho es que ahora necesitaría que me dejaras seis mil pesetas.

Y cuando se sobresalta un poco, sorprendida por la cifra, le cuenta que ha conocido a alguien dispuesto a hacerle una documentación falsa. Es un individuo que se dedica a ello y que las hace impecables. Lo puede decir porque le ha

mostrado algunas y ha visto que en nada se diferencian de las auténticas. Es natural, pues, que se haga pagar bien el trabajo y que quiera cobrarlo por adelantado.

–De modo que era por eso que últimamente salías tanto...
–dice ella.

–Sí. Le he visto varias veces. Necesito ganarme su confianza, ¿sabes?

–¿Y de dónde quieres que las saque, yo, tantas pesetas?

–El señor Garriga Barón te tratará bien... –dice con una voz que procura conservar natural, pero Mercè se altera y, por primera vez desde que se conocen, observa en su cara una expresión casi asustada.

–El señor... –Pero no pronuncia el nombre, no niega nada, pues pregunta–: ¿Quién te lo ha dicho?

–Nadie, Mercedes. Tranquilízate. Nadie lo sabe, ni lo sabrá por mí. Es que te seguí. Sospechaba que te entendías con otro hombre y... sí, estaba celoso.

No se indigna, ni le reprocha el chismorreo, quizá porque las últimas palabras le halagan y, al mismo tiempo, le inquietan, ya que subraya:

–¿Estabas?

–Estaba –confirma él–. Creía que era por gusto, como conmigo, pero después, cuando he visto que era un viejo, lo he entendido todo. Me hago cargo de que te conviene tener un protector. Claro que más preferiría tenerte para mí solo.

–Ya me tienes, Damián, porque lo que es él... –y la frase se queda así, sin terminar–. Haré lo que pueda –añade a continuación.

–Sé que puedes hacerlo. Y yo necesito estos papeles, Mercè. Quiero trabajar, hacer una vida normal, buscarme un hospedaje...

–¿Me dejarías entonces? –le corta la chica.

–¿Dejarte? No es esto, sino que no quiero comprometerte más. Nos podríamos ver siempre que quisieras, cuando tuvieras ganas.

–No es lo mismo –y cierra los ojos, como si le diera vergüenza de decirlo–. Ya sabes que tengo ganas muy a menudo. –Vuelve a mirarle–: No me gusta, Damián.

Él se lo piensa un poco, quizá porque no sabe muy bien cómo decirlo, y al fin insinúa:

–Peor sería si me perdieras del todo.

–¿Del todo?

–Sí, Mercedes.

–Ya te entiendo.

Se cierra, de repente hostil como nunca la ha visto, como le parecía que era incapaz de mostrarse, y le deja con la excusa de que ya es la hora de preparar a la abuela, que, sentada a poca distancia, lo ha oído todo sin poder intervenir. También él se ha acostumbrado a prescindir un poco, como si fuera un mueble más, porque Mercè, que aquella mañana tuvo la delicadeza de alejarla un poco para hablarle de ella, nunca ha repetido más el gesto. La mujer, pues, es testigo de palabras tiernas que normalmente sólo se dicen en la intimidad, de caricias osadas, y no ignora que son amantes.

La actitud ceñuda se prolonga mientras cenan, cuando, si canjean algunas palabras, ni uno ni otro hace ninguna alusión a la conversación que les ha separado, y dura aún al día siguiente, si bien ya más matizada. Ahora la chica parece, sobre todo, preocupada como alguien que ya sopesa cuál, entre varias soluciones, puede resolver mejor un problema. Él, por su parte, se comporta como siempre, saca un rato a la vieja hasta la plaza de Maragall, donde no se están mucho rato, puesto que refresca más de lo que parecía desde casa.

Y es entonces, al volver, cuando Damián se ha metido en su habitación, que ella entra y ajusta la puerta detrás de ella.

–¿Qué vas a hacer, si digo que no? –le pregunta sin preámbulos.

El chico, que quisiera evitar de todos modos tener que verse obligado al chantaje que puede hacerle, se le da la vuelta y, mansamente, dice:

–¿Qué harías tú en mi sitio? ¿Querrías ser toda la vida una prisionera?

–¡Un prisionero! –se sorprende ella.

–Salgo, entro, sí... Pero dependo de ti; dependo totalmente. ¿Crees que un hombre puede resignarse?

–Muchos no pedirían más.

–Ya lo sé, Mercè, pero yo no soy de éstos. Me has ayudado mucho, no lo olvido, no lo olvidaré nunca, pero debes ayudarme un poco más si de verdad sientes algún cariño por mí. Ya ves que no soy orgulloso. No se trata de orgullo –repite–, sino de una... de una necesidad natural. Cuando alguien depende del todo de otro, sus relaciones acaban por degradarse. ¿No sería lástima que nos ocurriera eso?

Ella abre la boca, renuncia a contestar, da media vuelta y se vuelve por donde ha venido. Querrá pensar más, como si los planteamientos de Damián le vinieran demasiado de nuevo, y no es hasta después de comer que le habla otra vez.

–No pensaba que me lo pagarías así...

El chico se calla.

–No tenías derecho a espiarme, porque de mi vida no tienes que saber nada.

–No me pongo, Mercè.

–Te pones y te aprovechas. Porque no puedo consentir que hables con él... Sí, sí, no me lo has dicho, pero ya empiezo a ver de qué eres capaz.

Damià calla de nuevo, sin desmentirla.

–Si él supiera que otro está al corriente de nuestras relaciones, las cortaría. Y sabes que no me conviene.

–Por eso es mejor no decirle nada.

–¡Eres un cínico, Damián! –le apostrofa.

–Te he pedido que me dejaras, no que me diceses, seis mil pesetas. Te las devolveré en cuanto pueda.

–Aún no las tienes. Y no te imagines que me lo trago, eso de la documentación... Habrá otra mujer. No te creas que soy tonta. Un hombre no se deja perder así como así a alguien que nunca le dice que no, si no tiene otra... –y la voz se le nubla–. ¿Por qué, Damián, por qué? ¿Verdad que nunca te he negado nada?

–No, Mercedes. Ambos lo hemos pasado bien.

–Lo hemos pasado bien... ¿Quién es? –pregunta abruptamente.

Y él casi ni vacila. En ese momento, cuando la chica le ha recordado tantos ratos felices, tantas noches alocadas, siente que su conducta es infame y, al no tener ninguna voluntad de rectificarla, le parece que la paliará con un poco de sinceridad.

–Alguien que necesita que la ayuden, como lo necesitaba yo ese día que me conociste en la plaza de Maragall –le dice–. Pasa hambre, no tiene nadie... vive con una compañera cuyo marido quiere abusar de ella... la madrastra hizo que el padre la expulsara de casa porque no se avenían... de niña un encargado de la fábrica la violó... –explica desordenadamente.

–¿Os entendéis? –dice la chica en voz baja, más blanda.

–No. Ella me quiere, pero nunca le he puesto las manos encima. Me necesita, Mercè –repite–. No es como tú que sabes defenderte. Es necesario que la saquen de dónde vive, y por eso necesito el dinero, si...

Mercè, que ha apoyado los brazos en la mesa, lo mira como si fuera alguien que no ha visto nunca, quizás porque no le conocía esa voz que se ha ido emocionando a medida que hablaba, y, aún más bajo que al principio, pondera:

–Y tú, que no tienes nada, que vives como un fugitivo y ni puedes conseguir trabajo, quieres ayudarla... ¿Con qué, Damián? Seis mil pesetas no durarán mucho tiempo.

–Ya lo sé. Quizás un año, añadiendo el poco que gana ella. Y yo encontraré algo, quizá en el campo, cuando en verano necesitan jornaleros.

–Irás a hacer de jornalero... –seguía maravillándose ella–. Tú, un estudiante que ni habrá visto nunca una guadaña ni movido un saco de trigo...

–Todo ha de empezar un día u otro, ¿no?

–Sí. También yo tuve que empezar a hacer de... sí, de puta. Por ella, que se lo merecía todo –precisa, señalando a la mujer con un movimiento de la cabeza–. Poco después de terminarse la guerra estuve muy enferma, necesitaba medicinas que costaba encontrar, caras, y una alimentación que no podíamos permitirnos, y ella, que entonces tenía cincuenta y nueve o sesenta años, ¿sabes qué hacía? Por la mañana acudía a un par de casas a lavar, a fregar el suelo, lo que fuera, y por la tarde se iba al Emporium a masturbar a hombres... ¿Verdad, abuela, que hacías eso? –y se le da la vuelta–. Tú que sólo habías conocido a uno, el abuelo. Si hubieras sido más joven, para mí que te habrías acostado con cualquiera que te lo hubiera pedido. Y quizás también lo hiciste. Porque lo del Emporium –vuelve a dirigirse a Damián–, no me lo contó ella.

La mujer, en su silla, tiene los ojos mojados, pero no parece avergonzada de nada, como no lo está Mercè, que lo ha contado con naturalidad; en cambio, el muchacho experimenta una especie de turbación, una inquietud que la novia corta al añadir, como si fuera la consecuencia inmediata de todo lo que acaba de contarle:

–Tráela aquí.

–¿A Natalia? –se medio alborota.

–Natalia, ¿dice? Sí. También cabe.

Pero él mueve la testa, rechazando.

–No, Mercedes. No lo entendería ella.

–¿No entendería qué?

–Que durmiera con ambas. Porque tú lo querías...

–Podría esforzarme en no quererlo –y ahora los párpados vuelven a favorecer la expresión púdica de los ojos, de la cara–, pero supongo que sería difícil evitarlo... Sí, quizás tienes razón. Te daré las seis mil pesetas.

A finales de noviembre, Damià y Natalia ya se han podido instalar en un piso casi inhabitable de la Bordeta, donde a cambio de ciento veinticinco pesetas mensuales disfrutaban de

dos pequeñas habitaciones, cocina, comedor, común sin agua y de pozo muerto en la pequeña salida, un suelo de baldosas rojas notablemente fragmentadas y con trozos que faltan, pero ambos creen que han tenido suerte con lo que hace la ventaja del propietario, el cual se ha pasado por alto el contrato con la intención de evitar visitas de funcionarios de Sanidad o de Vivienda. Son, pues, en cierta medida, unos inquilinos clandestinos.

Damià ha tenido todavía que mentir para justificar el dinero que les permite tener casa y comprar, de segunda o tercera mano, los muebles más indispensables. Sin embargo, Natalia se ha creído sinceramente la historia de un encuentro con unos viejos conocidos de la familia que se han avenido a ayudarle en atención a que su padre, en tiempos de guerra, también les había hecho algunos servicios. Y es feliz. Aquel fondo amargo o desencantado que le enturbia los ojos cede el paso a una expresión más conforme a sus años, a su temperamento tierno, tras el que se esconden unas tendencias pasionales que afloran poco a poco, cuando él, que tiene en cuenta sus desdichadas experiencias, le va despertando la sexualidad.

Sigue trabajando en la fábrica, a cuya salida él va a esperarla cada día, como si fuera un pretendiente o el cortejador, tal y como la chica deja que piensen las compañeras, incluida la que la tenía en casa y que cree que ahora se ha reconciliado con su familia. Son estas esperas las que le hacen ligar conversación con el novio de otra chica y

conseguir, a través de él, un trabajo inesperado. El chico trabaja en una agencia de ordinarios y, al saber que está desempleado, le propone hacer de repartidor de uno de los «recaderos», como dicen, que no tiene tiempo de servir o recoger personalmente los encargos. Entre tren y tren, dispone únicamente de cinco horas y necesita a alguien que le ayude. Además de repartir, debería ir a esperarle a la estación con un carretón y acompañarle de nuevo por la tarde, cuando se va.

–¿Los papeles? No hay ninguna pega, creo –le contesta cuando Damián, sincerándose un poco, le explica que no tiene toda la documentación en regla; es hijo de exiliados que apenas llevan dos años aquí y no han podido normalizar del todo su situación.

–Solo tengo el certificado de nacimiento –dice.

–Basta. No debes preocuparte. Es como si lo hicieras por tu cuenta, como un empresario.

–Un empresario de transportes –ironiza el chico.

–Quiero decir por cómo van las cosas. No tendrás sueldo, pero te dará comisiones, y hay propinas. Otros lo hacen así. Claro que querrá saber quién eres, pero si le hablo yo... ¿Por qué no vienes el lunes?

Es una agencia cerca del Born y el ordinario un hombre robusto y carirrojo, de unos cuarenta y cinco a cincuenta

años, aficionado a la carcajada y, como sabrá enseguida, más interesado en pasar el rato con una amiguita que no a correr arriba y abajo de ciudad con el fardo en la espalda. Hace el viaje tres veces por semana y, como le dice, a veces lleva encargos delicados. De hecho, como le entera su protector cuando están solos, son pequeños estraperlos con los que redondea el negocio. Tanto él como otros colegas que se entregan a las mismas maniobras, conocen a los agentes de la Comisaría de Abastecimientos encargados de la represión del mercado negro, los untan regularmente y los hombres hacen la vista gorda.

–Si no lo hiciera así –comenta el chico de la agencia–, no podría mantener a la amiguita. Porque le tiene piso puesto, ¿sabes?

A partir del miércoles, cuando empieza el trabajo, se ven por la mañana, en la agencia, pero ya no coinciden en la salida de la fábrica, puesto que el reparto, de primero a pie o en tranvía y después con una bicicleta que se compra, se le lleva muchas horas y llega al anochecer cansado. No es un trabajo que le guste, y le repugna, sobre todo, tener que vivir de propinas, pero está contento por Natalia, que también hace una tarea ingrata, aunque ella la encuentre natural, y a la que ahora puede procurar una vida no tan atribulada por la necesidad. A menudo le trae aceite, huevos, pan blanco y otros artículos de comida que le proporciona el mismo ordinario. Irónicamente, se ha convertido en cliente, y no privilegiado, pues el hombre, con la excusa de que tiene

muchos gastos, no le hace ninguna rebaja. Sin embargo, se entienden bien quizá porque él cumple y no hay quejas de los clientes.

Alguna vez va a ver a Mercè, y cada vez se reprocha que se haya dejado convencer a acostarse. El agradecimiento que le tiene le priva de cortar aquellas visitas y, cuando ella lo solicita, de negarse a satisfacerla. Por otra parte, la chica, que observó sus reticencias el primer día que volvió a casa, le dijo:

–La quieres y, claro, te preocupa lo de la fidelidad. Pero ¿verdad que no la quieres menos por haber yacido conmigo? Pues esto es lo que importa, Damián. Y no es como si te buscaras a otra chica, que eso sí podría ser peligroso. A mí me conoces, me has tenido muchas veces, y sabes que no puedo hacerte daño ni soy ninguna amenaza para tu Natalia.

–Pero todo esto no lo hace menos inmoral, Mercè.

–¿Inmoral? ¿Desde cuándo es inmoral, favorecer necesidades?

–Hay otros hombres...

–¡Pero me gustas tú, ve!

Nunca habrá confiado en que le devolvería el dinero y cuando, pasada Navidad, abre casi solemnemente la cartera

para extraer un billete de quinientas pesetas, que le alarga, la chica se queda unos segundos muda antes de admirarse:

–¿En serio?

–Claro –dice él, complacido–. Quedamos que te las iría volviendo.

Ella ríe y le abraza:

–Quedaste tú; yo nunca pedí nada. Venga, guárdalas, que has tenido que llevar demasiados paquetes para ahorrarlas. Yo ya no me acuerdo que las tenía, esas seis mil.

–Quizás no. Pero tampoco tú las ganas... agradablemente.

–No hablemos de cosas tristes –ríe Mercè, que no le suelta–. Ven, que nos olvidaremos...

Y observa que, de cara a la abuela, guiña el ojo.

Ya están en enero, pasado Reyes, cuando una noche Natalia le dice:

–Hace quince días que debía haberme venido la regla...

Se lo innova con tranquilidad, lo más preocupada, con una expresión que hace pensar que poco le costaría sonreír, pero él se queda abrumado. No había previsto eso. Cierto es que

nunca se han mostrado muy prudentes, que las precauciones de la chica siempre han sido elementales, una buena jabonada, una ducha vaginal, porque así lo hacía, lo hace, Mercè. Se da cuenta, demasiado tarde, de que su inexperiencia es tremenda. O tal vez su imprevisión. ¿Qué le costaba procurar a su compañera un pesario², como el que, en su tiempo, lleva Jordina? También en esta época los hay, los ha habido desde la antigüedad, y no será tan difícil encontrar una matrona o un ginecólogo complaciente, aunque estos pequeños objetos se venden a escondidas.

–¿Y qué vamos a hacer? –se lamenta más de lo que pregunta.

Pero la chica sigue serena:

–¿Qué quieres hacer? Lo tendré, si de verdad estoy embarazada. Meses atrás quizás sí me hubiera asustado un poco, pero ahora trabajamos ambos.

–¡Eres tan joven, Natalia! Y no estamos casados...

2 El diafragma vaginal (también llamado pesario), es un método anticonceptivo femenino de barrera que ya existía en la antigüedad; está documentado que las mujeres egipcias cubrían su útero para evitar el embarazo y usaban sustancias que actuaban como espermicida, o que en el siglo XVIII se usaba medio limón parcialmente vaciado, por ejemplo. Pero el diafragma moderno, con la apariencia que lo conocemos hoy en día, data de 1882, y tuvo mucho auge en Europa a finales del siglo XIX. [N. d. t.]

–¡Tengo diecinueve años, Damián! Y no me tomarán en cuenta que sea soltera.

Hasta después no empieza a preocuparle, pero eso no puede decirse, en qué condiciones puede nacer el hijo de un hombre que, como él, no tiene una existencia explicable, que se encuentra al margen de cualquier normalidad. ¿En qué le afectará esta circunstancia? ¿Será un monstruo, alguien no viable? No importa que personalmente, por algún motivo que no puede entender, le sea tolerado vivir cuando ni siquiera ha sido concebido; la criatura puede pagar las consecuencias de una situación tan antinatural... Piensa en un aborto, pero Natalia nunca se avendrá. A medida que los días pasan y la ausencia de menstruación confirma su estado, parece más y más ilusionada y una noche, en la cama, le dice:

–Tú no puedes saberlo, no puede saberlo ningún hombre, pero para una mujer no hay nada que la haga tan feliz como estar embarazada del hombre que ama –y con los labios al borde de su oreja, le susurra–: Incluso me das más bueno que nunca...

De algo no cabe duda, y es que la chica va cambiando; el embarazo parece que la haga más libre, más explícita, incluso más audaz. Mientras hasta ahora únicamente ha manifestado su ternura y Damián sólo en la cama ha podido saber que también le ama carnalmente, ya no es extraño, a

partir de esta confesión, que tome la iniciativa de hablar de su deseo, como cuando le dice:

–A veces, en la fábrica, pensando en ti, tengo tantas ganas de que me hagas el amor que dejaría el trabajo y arrancaría a correr...

Y, en casa, le abraza y le besa por nada y murmura:

–No sé lo que me pasa. Siento algo hondo, hondo...

Desaparece a la vez el rencor oculto que guardaba a su familia, sobre todo a la madrastra, y se pregunta si no debería darles noticias suyas, comunicarles que espera un hijo. Pero él no es partidario, y la hace reflexionar:

–Recuerda que eres menor. No estoy muy al corriente de las leyes, pero supongo que podrían reclamarte o quizás incluso hacerte internar en algún sitio... No, Natalia, no sería prudente. Una mujer que te ha expulsado de casa a los dieciocho años y un hombre que no ha sabido protestar... Si estuviéramos casados sería distinto; eso te emanciparía. Ahora pueden acusarte incluso de haberte escapado. Y acabaría de perjudicarte que vivas amancebada. Sobre todo en este momento.

Alude al clima de fervor que parece haberse apoderado de la ciudad a raíz de una «Santa Misión» agresiva, con conferencias, sermones, actos religiosos de todo tipo a los que los periódicos dan un gran relieve. Más de medio millar

de curas extra se han abatido sobre Barcelona desde que el obispo Modrego ha dado la señal de salida, y desde púlpitos y locales públicos, ordinariamente destinados a espectáculos más profanos y no faltos de violencia, atacan con vigor el pecado, exorcizan el diablo, llaman a la gente a arrepentirse y a respetar el orden del rebaño de quien ellos son los pastores. Hay oradores sagrados con énfasis mesiánicos, otros que pretenden reforzar cruzadas políticas desacreditadas, y no faltan quienes, benignamente, hablan de humildad a los humildes y hambrientos... Todo lo mejor y gordo de la ciudad, jefes que reverencian el principio de autoridad, funcionarios encaramados, industriales que agolpan «cupos» y alguna estrella del Paralelo, escuchan y asienten, conscientes de la proximidad del Dios que ama a los poderosos.

Pero el fervor se evapora cuando parece más empapado; circulan octavillas, se ve alguna pintada y desde el último día de febrero hay destellos de cristales y detenciones. Al día siguiente, y durante otros cinco o seis días, los tranvías irán vacíos, recibirán pedradas, habrá incidentes con la policía, que patrulla reforzada y, cuando le parece, obliga a la gente a identificarse³. Damià circula con la bicicleta, confiando en que el vehículo propio y los paquetes que acarrea lo salvarán de tropiezos y, una vez terminado el trabajo, se encierra en

3 El autor se refiere a la huelga de los tranvías barcelonesa iniciada el 1 de marzo de 1951. La prensa barcelonesa acusará a la CNT de instigar dicha huelga tras la detención de diez cenetistas en los altercados durante los hechos. [N. d. t.]

casa. Que sepa de antemano cuáles serán los resultados de la huelga que ha estallado por un aumento de precio de los billetes, pero que tiene causas más hondas, le ahorra hacer de esa marginación autoimpuesta un problema de conciencia.

Natalia está más excitada que él y, una noche, al salir de la fábrica, hasta forma parte de un grupo de mujeres que, estratégicamente emboscadas en una esquina y provistas con ladrillos arrebatados de una obra cercana, acometen un tranvía en el que viajan tres caballeros, claramente miembros de la bofia⁴, que no se atreven a saltar. Probablemente porque el conductor ha acelerado y no quiere jugarse la piel. Se dice, por otra parte, que las autoridades están desconcertadas y algunos grupos de falangistas apoyan el movimiento popular.

Sea como fuere, se retiraron más adelante, cuando otra huelga que apenas durará dos días y nunca será total, hace cerrar industrias y comercios. También Natalia pliega y Damià, que por la mañana ha ido a la estación con el carrito, vuelve al piso sin haber repartido. La misma agencia baja sus puertas cuando un grupo de obreros que van de establecimiento en establecimiento les aconseja cerrar. Hay calles tan llenas de gente armada como si se preparara un golpe de estado y después se sabrá que no sólo han sido llamados miles de policías de fuera, sino que en el

4 Policía en el argot popular [N. d. t.]

puerto han entrado naves de guerra dispuestas a intervenir y que los soldados están acuartelados.

Una tarde, la chica le pregunta:

–¿Tú crees que durará mucho todavía Franco?

Damià, que sabe como en el año setenta y dos, del que viene, un dictador envejecido y parcheado sigue haciendo la ley y no pierde ocasión de asegurar a los ciudadanos que mientras Dios le dé vida le tendrán a su lado, mueve imperceptiblemente los hombros.

–No sé, Natalia. Han creado muchos intereses y el régimen es todavía fuerte...

Sin embargo, la acción de los ciudadanos tiene repercusiones que afectan a la vida oficial. Se entera cuando, en la agencia, recibe un mensaje de Mercè y, al acudir a verla, la encuentra como quien dice a punto de hacer las maletas. Como el gobernador civil, el jefe de policía y tantos otros que con sus errores y vacilaciones no han dado satisfacción, Garriga Barón ha sido destituido de su cargo y se vuelve a Madrid, donde confía en que le den otro aunque pasa de sobra de la edad de la jubilación.

–Y quiere que le acompañe –acaba la chica–. Es decir, que también vaya a vivirme allí.

–¿Y tú?

–Le he contestado que sí. Me ha hecho unos tratos muy buenos y me va a comprar un piso.

–¿Y por qué ese interés? –pregunta Damián, que no lo entiende del todo–. Aunque raye los setenta años, encontrará tantas chicas como quiera, mientras pague –añade un poco cruelmente, pero ella no se formaliza.

–Me conoce, se ha acostumbrado a mí, quizás me ha puesto un poco de voluntad...

–Serás muy complaciente con él.

Y la chica también lo encaja bien, pues dice:

–No me hago extraña, Damián... Me conviene aceptarlo –insiste–. También yo sé de qué pie calza, y esto es importante. Ahora, no pienses que me gusta dejar Barcelona...

–Pues no te vayas. Podrías poner un pequeño negocio, una tienda, ¡yo qué sé!

Por primera vez le confiesa que curioseó sus cuentas corrientes y que sabe, por tanto, que tiene dinero de sobra para emprender algo, modestamente; con la ventaja de que así sería libre de su cuerpo como no lo es ahora.

–Lo sé, Damián; Y, además, ¿qué negocio, qué tienda quieres que ponga, yo que soy tan desordenada? Al cabo de cuatro días lo habría perdido todo.

–Pero esto no puede durar siempre, Mercedes...

–Razón de más para aprovecharlo. Si no tuviera la abuela, aún como aquél que dice; podría exponerme. Pero ahora no puedo. No quiero que le falte nada mientras viva. Yo soy de las que no olvidan, Damián... –A punto de enternecerse consigo misma, sonrío–: Un día volveré, y ella no estará... ¡Quién sabe si entonces no haremos los dos, el negocio! Porque no debemos perder el contacto, ¿verdad? Te escribiré...

Lo hace dos veces, a la agencia, la segunda coincidiendo más o menos con la supresión del racionamiento, en el mes de mayo, cuando Natalia, a la que justo se empezaba a notar la barriga, no puede negar su estado a una compañera particularmente observadora que un día, mientras se cambian, incluso la palpa para asegurarse antes de exclamar:

–¡Tú! ¿Verdad que estás preñada?

Al cabo de veinticuatro horas, toda la fábrica sabe ya que vive amistanzada con aquel que pasaba por su cortejador y, dos días después, el perro del dueño que hace y deshace en su ausencia, pues el hombre se deja ver raramente, la

llamada al despacho, donde podría haberse repetido exactamente lo que aconteció cuando la chica tenía doce años si no fuera que al señor Cabús no le gusta ir con prisas ni proceder con chapuzas. No es hasta que la ha aterrado con muchas reflexiones sobre que sólo de él depende que no la despidan, puesto que la empresa, si bien no se pone en la vida privada de los obreros, no puede tolerar que las indiscreciones de conducta se hagan públicas, con riesgo de escándalo, y le insinúa la posibilidad de hacer la vista gorda si ella, a su vez, se muestra complaciente. No quiere retenerla mucho rato en el despacho, por miedo a dar que hablar, pero ¿qué le parece de hablarlo más discretamente pasado mañana, al cerrar? Él sabe de un bar donde no es fácil que les estorben y la esperará...

Sin embargo, comparece Damián. Se ha contenido ante Natalia cuando ella, llorando, le ha explicado su aprieto. Que proceda como de costumbre, le aconseja; no cree que, de las amenazas, se atreva a pasar a los hechos.

–Ellos lo prueban, porque son unos sinvergüenzas, pero tampoco les interesa provocar conflictos. Si ve que no le haces caso, lo olvidará. –Y como quien no dice nada, pregunta–: ¿Está casado?

–Sí. Es un hombre mayor, ya lo conoces, porque a veces le has visto salir. Con una cabeza larguirucha y calva. Ya tiene dos hijos mayorcitos.

–No insistiré, pues, ya verás.

La decisión de intervenir la ha tomado enseguida que ha sabido el bar donde la chica está citada, un establecimiento, como ve al entrar, donde las mesas están separadas por unos pequeños tabiques de madera que les dan una relativa intimidad, acentuada todavía por una especie de iluminación que, con el pensamiento, le traslada a locales de su tiempo; no sabía que alguien se hubiera adelantado, el año cincuenta y uno, a estas penumbras tan favorables a las parejas...

El hombre, solo, se sienta en la última mesa de todas, ante un vaso con tres dedos de un licor que verdea, y levanta la cabeza cuando Damián le interpela, todavía de pie:

–¿El señor Cabús?

Mueve la cabeza, asintiendo, un poco extrañado, y el chico se instala delante con un:

–Permita...

Es cuando el hombre dice:

–No recuerdo...

–No, no me conoce –le interrumpe Damián–. Soy el compañero de Natalia.

No sabe si palidece o se pone rojo; las luces no permiten precisarlo. Pero la expresión se le altera ligeramente y de repente parece que un lado del labio le cuelgue más que el otro, si bien también puede ser una cuestión de perspectiva, pues ha movido la cabeza al notar la presencia del camarero, al que Damià encarga un café.

–Natalia –repite–. Esta chica que trabaja en su fábrica y con la que hoy debía verse...

El hombre, que se ha rehecho, se hace el desconcertado:

–¿Ver? ¿Que significa? ¿Dónde?

–Aquí.

–¿Aquí? Me parece que existe una confusión.

Damià calla, le mira. El señor Cabús tiene una cara de caballo, pero no tan agradable como la de un caballo, porque la calva le perjudica y nunca ha habido ninguno de estos animales con unos ojitos como los suyos, de una especie de humedad equívoca.

–Es posible –dice al fin, cuando el otro no prosigue–. Y mejor así. Porque si no hubiera confusión y alguien la citaba, a ese individuo le diría: usted, señor, es un perfecto canalla, si quiere aprovecharse de una chica que trabaja bajo sus órdenes con la excusa de que puede despacharla porque está embarazada. Pero usted, señor –recalca–, tiene una

familia, mujer e hijos, a cuyas orejas puede llegar la noticia que persigue a las mujeres de los demás, sin...

La proximidad del camarero, que vuelve con el café, le deja en la boca muchas palabras que ya no dirá, pues, al quedarse otra vez solos, el señor Cabús dice:

–Muy interesante. Pero ¿por qué le parece que debo escucharlo, yo?

Damià sigue acotándolo y observa una pausa, como impresionado por aquella actitud serena que revela a un hombre que se sabe dominar, y entonces sonrío:

–No debe escucharme si ha habido, como dice, una confusión. Da la impresión de que hablo solo, en voz alta. Y que sigo hablando cuando digo que confusión no habrá más, ni aquí ni en la fábrica.

–¿Es esto una amenaza?

–¿Cómo quiere que sea una amenaza si usted no tiene nada que ver con una cita con una chica llamada Natalia? Si lo fuera, sería una advertencia. Más de lo que merece un hombre que busca a una mujer embarazada.

El señor Cabús, que ahora ya quizá no sabe cómo tomárselo, pues el chico ha endurecido la voz, responde:

–Un día va a tener problemas, joven.

–Quizás sí. No mucho, porque no tengo gran cosa que perder. Algunos tienen más.

Desplaza los ojos hacia la taza, la coge, bebe un trago de café, mirándolo de nuevo, sin romper ahora el silencio que se ha hecho y que después interrumpe el señor Cabús con una pregunta imprevista:

–¿De qué trabaja usted?

–De nada –le miente–. Ya sabe que no hay trabajo. Es otro motivo para que me interese que Natalia no pierda el suyo. Ambos tenemos la mala costumbre de comer, aunque sea poco.

Vuelve a beber, ahora hasta que vacía la taza, y entonces, con un pequeño saludo mudo, abandona la mesa y se va al mostrador a pagar. Todo el rato se ha comportado con calma, aparentemente muy seguro de sí mismo, pero por dentro le mordisquea una intranquilidad que no le deja del todo hasta al cabo de una semana, diez días, cuando ya han pasado suficientes para que hubiera habido represalias. Natalia sigue informándole que todo va bien, que el señor Cabús no le ha vuelto a llamar al despacho, que nadie le busca pegas con el trabajo...

–Ya te lo decía –le recuerda él–. Cuando ven que no caes, lo dejan correr.

–De todas formas, es raro. El señor Cabús es de esos que cuando ponen el cuerno en un agujero...

–Bien debe hacer alguna excepción, ¿no? Habrá entendido que era un agujero demasiado peligroso.

Y de repente Natalia, que hacía un rato de ganchillo, levanta los ojos con una expresión cambiada, deja reposar las manos con las agujas sobre la falda y, un momento, se muerde los labios. Acaba de caer. La serenidad con la que se lo tomó una vez pasados un gesto y una palabra de indignación, el tipo de consejos que le dio, como si todo aquello no tuviera importancia, su falta de curiosidad en los días siguientes, cuando ella se dirigía a la fábrica temblando, la pizca de broma que hace ahora con aquellas palabras de doble sentido... Se inclina adelante, casi con ansia:

–Damián... ¿Qué has hecho?

Él, que se disponía a abrir el diario, porque lo compra desde que trabaja en la agencia, se hace el desentendido.

–¿Qué he hecho? ¿De qué?

–Ya sabes. El señor Cabús no hace excepciones, como dices tú... ¿Le fuiste a ver? –pregunta, y él observa las manos que se mueven, nerviosas.

–¡Qué chiste!

–Le has llamado entonces.

–¿Y no puede ser que, a pesar de sus flaquezas, sea mejor persona de lo que pensábamos?

Pero la chica está de verdad alarmada:

–¡Damián! Si le has amenazado...

Ha vivido siempre bajo el yugo de un amo, de un encargado, de un contramaestre, de alguien que tenía una autoridad directa sobre ella, de alguien que podía dejarla sin trabajo, sin casa, y, ahora, si no la tranquiliza, vivirá desasosegada, temerosa de las represalias...

–No, amenazar no.

Y le cuenta la entrevista, convertida en un intercambio de palabras entre personas al fin y al cabo razonables que pueden hablar sin enfadarse. Se puede apelar al sentido común de la gente, mostrarse simplemente un poco enérgico si es necesario... Y ella le escucha, algo incrédula, porque conoce al hombre, sabe que bajo sus apariencias suaves es intratable, y con la incredulidad nace una especie de admiración que, de repente, quiere que sea verdad lo que ha dicho. Repite, pues:

–Lo amenazaste...

Damián levanta la cabeza, le sonrío.

–Hice lo que tenía que hacer, Natalia.

–Pero...

–Eres mi esposa. Y lo entendió. ¿Es sencillo, verdad?

Ella tarda un momento en contestar, y entonces lo hace con la cabeza. Luego dice:

–¡Cómo te quiero, Damián! Nunca tendré miedo.

A la llegada del verano tiene ocasión, y el chico también, de poner a prueba su fortaleza. Una mañana el tren llega sin el ordinario y al día siguiente un teléfono les entera desde el pueblo que el hombre ha tenido un ataque al corazón cuando se disponía a salir hacia la estación; si bien parece que se rehaga, el médico le ordena un largo reposo, después del cual se decidirá si continúa con la profesión... Como ningún otro ordinario necesita, en ese momento, alguien que le reparta, Damián se queda, de repente, sin trabajo.

Le inquieta que la enfermedad del hombre haya sido tan inoportuna, cuando se les avecinan gastos largos, pues Natalia, si todo se presenta normalmente, librará antes de cuatro meses. Es cierto que disponen de un rinconcito, nunca han llegado a gastar la totalidad de aquellas seis mil pesetas que consiguió de la Mercè, con la que todavía está en deuda, y han ahorrado también una pequeña parte de las ganancias obtenidas entre ambos. De hecho, su trabajo de repartidor ha resultado más lucrativo de lo que creía al

principio; con pocas excepciones, los clientes le han dado buenas propinas.

Por otra parte, Natalia soporta bien el embarazo y tiene el propósito de trabajar casi hasta el último momento. Es verdad que algunos días parece deprimida, que pasa por cortos períodos de melancolía, pero no es nada que tenga que ver con la situación económica; el tocólogo le asegura, a Damián, que muchas mujeres embarazadas se caen. Durante la gestación, pretende, entran en juego factores hormonales que tienen su influencia sobre el psiquismo de la persona. Que no se preocupe, pues.

Él, sin embargo, se preocupa y, ya que puede, le ahorra todo el trabajo de casa. Reconoce que la chica siempre está algo pálida, pero ahora se la ve más que nunca, quizás porque sus gafas, anchas y profundas, muy oscuras, le acentúan la blancura de la piel. También la hacen más bella, encuentra; de una belleza mórbida que le atrae misteriosamente y la hace más deseable que nunca. Le gusta verla desnuda, con los senos que parecen más grandes y con ese vientre tenso que toca delicadamente, como con miedo a herir o perturbar a la criatura que se va formando en las entrañas.

Vuelve a buscarla al salir del trabajo, y muchos días también la acompaña, pero ahora ya no se encuentra con el escribiente de la agencia que, mientras, ha reñido con la novia. Lo ve en el lugar de trabajo, donde durante cerca de

un mes se presenta una vez por semana, aunque sin esperanzas de conseguir nada. La última vez que va le dicen que ya es definitiva la jubilación del ordinario. Ha quedado demasiado delicado para reanudar un trabajo tan duro. Damià, un poco vagamente, se pregunta cómo se lo habrá tomado la amiguita...

Emplea cada día unas horas leyendo meticulosamente los anuncios del diario, donde de vez en cuando encuentra ofertas de colocación que le parece que le convendrían, pero sigue habiendo el asunto de los papeles, que le frena de presentarse, dado que se trata de trabajos regulares y se los pedirán. A menudo hace cálculos y en la plaza, donde ahora también va él a comprar, regatea y busca las ofertas que vienen a precios más razonables. Prudente, ha querido informarse bien de cuánto les costará el parto en una clínica, y dobla la cantidad para evitar sorpresas de última hora que le pondrían en un aprieto. Recordando a Jordina, que en su época tiene un empleo de enfermera, elige la clínica Barcino, que no es de las más caras y cuenta con buenos especialistas. Se da cuenta de que, si no hay nada nuevo, se quedarán prácticamente a cero una vez que lo hayan pagado todo. Es necesario que encuentre una solución, la que sea.

Y entonces, una tarde, mientras está solo en el piso, el corazón se le pinza con una especie de angustia que nunca ha experimentado, salvo, tal vez, aquella que, habiendo matado a sus padres, le sorprendió la idea de que no podía existir. Ésta que ahora le agobia es del mismo orden, y se le

hace extraño que no se le haya ocurrido antes. Nadie que viaje en el tiempo puede entrar en un momento pasado de su época, y él nació, no puede imaginar cómo, pero nació el veinte de septiembre de ese mismo año, o sea que, dentro de tres meses, normalmente, desaparecerá de este mundo donde ni siquiera ha sido parido. Probablemente con el tiempo justo de conocer a su hijo.

Este pensamiento ya no lo abandona, y lo va pensando durante los paseos que realiza mientras la chica trabaja. Natalia se quedará sola, con una criatura en brazos y sin dinero... ¿Y qué pensará de él? ¿Qué podrá hacer, sino creer que la ha abandonado como un miserable incapaz de encararse con sus responsabilidades? Siente, alguna vez, la tentación de confiárselo, de contárselo todo, pero le disuade el temor de que, si por azar la convence, ella le mire quizá con horror, como una especie de fenómeno; le resulta intolerable pensar que la chica pueda mirarle con unos ojos que no serán ya ni dulces ni amistosos. Además, la impresión podría ser demasiado fuerte y quién sabe si provocarle incluso el aborto.

A veces juguetea con otra idea, por contraste tranquilizadora. Si sigue viviendo ahora, al cabo de tantos meses de morir la mujer que ni tuvo ocasión de concebirlo, si vive, pues, de forma contranatural, ¿por qué no hay que repetir una anomalía que le sitúa al margen de las leyes válidas para todos? ¿No podría ser que alguien que vive sin haber nacido pueda penetrar en su tiempo y existir

simultáneamente a dos edades? No es más admirable una cosa que otra...

El inconveniente es que, en el fondo, no cree. No importa que se diga que nadie piensa que sea posible viajar en el tiempo, cuando es una realidad, o que él mismo no acaba de creer que pueda vivir si no ha sido concebido, y sin embargo vive. El escepticismo persiste. En algún lugar, en algún momento, debe tener un término esa anomalía.

O quizás no, se dice otras veces. Porque también sería anormal que, devuelto a su tiempo, retomara la vida allí donde la dejó al burlar a la policía que penetraba en el piso. Es decir, reanudar... El padre y la madre, si no existen ahora, tampoco pueden existir en el futuro de este hoy, en una época en la que vivió con ellos. ¡Porque viví, viví!, se repite... Hay ratos que la cabeza le rueda, y al acudir a esperar a Natalia debe tener una expresión desacostumbrada, pues la chica se enquimera:

–¿Qué te ocurre, Damián? ¿Te encuentras bien?

En estos momentos es una suerte que pueda atribuirlo todo a la inquietud que le hace encontrarse sin trabajo. Pero interiormente llora al pensar que la dejará tan pronto.

Provisionalmente, sin que ella sepa nada, la deja antes de lo que se imaginaba, hacia finales de agosto, una mañana

que va por la Gran Vía, más allá de la plaza de Espanya, unos policías que salen de una esquina le piden la documentación. Debe haber algún incidente, quizás han encontrado una bandera catalana colgada en un palo de electricidad, u hojas subversivas esparcidas por el suelo, porque enseguida ve más agentes y otras personas interpeladas.

Con el corazón que le repica como un badajo de campana, piensa oscuramente que no puede consentirlo, no a tan poco tiempo del día del alumbramiento, pues lo retendrán, se pasarán meses y meses investigando quién es, de dónde sale, terminarán por descubrir la existencia de Natalia y la complicarán en el asunto... ¿Qué pasará cuando en ningún sitio encuentren rastro de su existencia?

Parpadea, desconcertado, y entonces, cuando uno de los dos policías le deja para dirigirse a alguien que también ha caído en la ratonera, tiene un impulso de fuga que no puede dominar y, empujando bruscamente al gris que le mira, con una mano en el arma no desenfundada, arranca a correr avenida arriba sin reflexionar que le separan cincuenta metros de la esquina más cercana.

–¡Alto! –oye detrás.

Y otra voz, más autoritaria:

–¡Alto o disparo!

Y casi a la vez, antes de que suene ningún disparo, el grito de un chico que protesta:

–Y yo te digo que sí está fuera... ¡Si no toca la raya!

Ligeramente desenfocados por la sensación de mareo que parece que quiera hacerle perder el equilibrio y que no le preocupa, porque es normal, ve tres chiquillos con batas rayadas, de espaldas a él y agachados sobre el óvalo irregular de un auto en el que hay dos embalajes. El instinto de conservación le ha obligado a hacer el encaje tan apresuradamente, o más, que cuando dejó su casa, y como entonces se ha preocupado poco de dónde iría a caer.

Pasado el malestar, que le hace apoyarse en un árbol, se da cuenta de que ha retrocedido a una fecha sensiblemente anterior; la avenida es diferente de cómo la recuerda, y hay hombres con gorra, dos albañiles con faja blanca que trabajan al otro lado, mujeres con faldas largas y moño y, sobre todo, vehículos de tracción animal; entre ellos circulan varios coches de un modelo muy envejecido. Pero no le importa y exulta. Ha llegado a otro tiempo sano y salvo. ¡Qué infundados eran sus temores!

Da igual, ahora, que se encuentre en el último año de la dictadura de Primo de Rivera, se dice a los diez minutos, cuando, habiendo subido hacia la Creu Coberta con la intención de buscar un quiosco, puede consultar la primera página de un diario que compraría si dispusiera de dinero.

Lo poco que tiene, sin embargo, todavía no es de curso legal... Y entonces, de repente, se detiene y se planta a reír casi en las narices de una mujer que le mira aterrada y da un saltito de lado, para alejarse de alguien que le parecerá tonto. Pero no lo es: acaba de acudirle que ya ha resuelto el problema económico que le preocupaba. ¡Desde ahora, todos los bancos estarán a su disposición!

Dispone de seis horas muy buenas hasta la salida de Natalia, pero en este mundo no tiene nada que hacer y ahora le inspira poca curiosidad, por lo que se vuelve poco a poco hacia la Bordeta, donde le hace gracia ver al ama de la panadería donde compran el pan, que, en la puerta de la tienda, habla con un chico bigotudo que lleva chaleco. La reconoce aunque siempre la haya visto granada y relativamente voluminosa; ahora es una chica delgada y de aspecto frágil, pero ya con esa mirada lánguida que se fija en los hombres y que alguna vez ha sentido pesar sobre él; por alguna charla de vecindario sabe que, si bien es soltera, no suele dormir sola y que tiene debilidad para con los chicos jóvenes. Bienhumorada, tiene un gesto travieso: le saluda y le guiña un ojo, contenta al observar lo parado que se queda.

Es con el mismo ánimo optimista que a las seis y media, al oírla subir, abre la puerta a Natalia. El encaje lo ha hecho en la entrada, debajo mismo de las escaleras, donde era verosímil creer que no se tropezaría con nadie. Y ahora ya tiene pensada la justificación del dinero que irá trayendo a casa semanalmente, aunque lo obtenga todo de repente.

–Es que he encontrado trabajo –dice al comentar la chica que se le ve muy animado.

Y ella se alegra:

–¿Ah, sí? ¿Dónde?

Inspirándose un poco en el encuentro tiempo atrás con Mercè, le cuenta que en un banco público, en la Rambla de Catalunya, ha dado conocimiento a un hombre ya viejo que hojeaba papeles de una carpeta. El viento le ha llevado uno y él lo ha rescatado. Es cuando ha empezado a hablar.

–Desde poco después de la entrada de los nacionales recoge todo lo que hace referencia a nuestra cultura y que se publica en los periódicos y revistas que salen en Cataluña. Por todas partes tiene amigos que le guardan y envían publicaciones que suelen comprar, y él recorta y clasifica todo lo que le interesa. Pero dice que no da abasto y, al saber que yo no tenía trabajo, me ha propuesto ayudarme. No es que pueda pagarme mucho, cien pesetas semanales, porque no es rico, pero tampoco exige unas horas fijas.

–Aún es suficiente que se haya atrevido a contártelo, todo esto...

–No es ningún delito, ya que sólo ha hablado de publicaciones legales, y cuando ya hacía bastante rato que charlábamos. Le he dicho que era hijo de exiliados...

Problema solucionado, pues –sonríe y la abraza–. Empiezo mañana.

Selecciona un banco de la Diagonal con cuya estructura está relativamente familiarizado porque es donde su padre, en los años sesenta y setenta, tiene la cuenta corriente. Ahora, al entrar hacia el mediodía, cuando hay suficiente gente para pasar desapercibido, ve que entre una fecha y otra nada esencial ha cambiado; el local, simplemente, parece más novedoso. A la izquierda hay un pupitre empotrado en la pared, donde los clientes pueden llenar los impresos de transferencias, ingresos, etc., y, al lado, una columna y la barandilla dorada, probablemente de latón, de la escalera que baja al sótano, donde queda un espacio vacío y, de hecho, inutilizable; las cuatro butacas que bordean la barandilla, hacia este lado, incluso dificultan un poco el acceso. Observa, meticoloso, que la columna, por el lado del pupitre, está bastante cerca del tabique para que el mismo tablero con los impresos, sobresaliendo un palmo y medio aproximado, prive de meterse en el rincón. Es un lugar donde únicamente debe penetrar la mujer que hace la limpieza, cuando frota el suelo.

Se imagina muy bien la maniobra, pero todavía no está preparado; le falta un arma que no sabe dónde encontrar, hasta que recuerda un relato de su padre: un teniente del Ejército Popular en 1938, a los veintiún años, al año siguiente, cuando decidió quedarse en lugar de huir al exilio porque su madre estaba muy grave de una afección de los

riñones y pensaban que no saldría adelante, no abandonó su pistola ni la entregó, como los vencedores mandaban hacer, sino que va a meterla en una caja de lata y la enterró en el huerto de la casita donde vivían, en lo alto de Gràcia.

El viejo Damián, cuyo nombre llevaba, murió en 1944, cuando el chico hacía poco que se había casado, y su esposa, que había sobrevivido a una operación delicada y no se moriría hasta el cuarenta y nueve, pasó a vivir con su hijo. La casita no era de ellos, sino alquilada, y, al dejarla, llevándose todo lo que les pareció aprovechable y vendiendo el resto a un chatarrero, nadie había pensado en la pistola. El padre a veces decía:

–Quizás aún esté...

Quizás sí, pero ahora le parece más seguro retroceder hasta ese año, cuando se fueron, y se esfuerza en hacer memoria para ir a verlo al día siguiente del día en que la vieja Ramona abandonó definitivamente aquel domicilio, cuando aún no debía estar el inquilino nuevo, si es que volvieron a alquilarla, puesto que era una casita vieja, de un barrio venido a menos. Si no lo recuerda mal, el abuelo murió el día ocho de noviembre, lo enterraron al día siguiente y dos días después la casa debió quedar vacía. Decide, pues, visitar el huerto el día doce de ese mes. Sabe, porque su padre se refería en detalle, el lugar exacto donde puede encontrar el arma.

Va una noche después de haber dicho a Natalia que hoy llegará tarde; hace el encaje, esta vez exacto, en un terreno sin edificar de la antigua villa y a las ocho, cuando ya está oscuro, sube hasta el barrio. En dos de las casas hay luz, pero la segunda, donde vivían los abuelos, está a oscuras cuando se detiene a examinarla desde atrás, algo de lejos. Es una noche fría y por estos verales no se ve a nadie. Avanza, encogido bajo su ropa de verano y, a ras del alambre se para. Detrás hay cañas, maderas, plantas que la protegen y le dan consistencia, pero el palo robusto que, en el extremo, señala la línea de separación de los dos huertos contiguos, facilita el trepado si llevas zapatos y, apoyando las manos a la madera, sube por los alambres como si fueran escalones. Mi padre decía que, de pequeño, lo había hecho más de cuatro veces.

El banco, dos piedras verticales clavadas en el suelo, otra horizontal, bien plana, que se empotra, está a la derecha de la casa, y apenas unos dos palmos lo separan del tronco del manzano, el único que hay en el terreno. Es el lugar y, nuevamente agachado, empieza a excavar con la hoja sólida y curvada del cuchillo que lleva y que, tanto como agujerear, corta la tierra un poco endurecida. Ahora y antes relampaguea hacia las casas vecinas, en una de las cuales, la tercera, de la que escapa una ancha faja de luz por una ventana mal cerrada, tienen la radio encendida, muy fuerte. Es un rumor que más bien le sirve, aunque trabaja silenciosamente, el cuerpo disimulado por el tronco del

árbol. Los dedos se le hielan y, de vez en cuando, se interrumpe para frotárselos y restablecer la circulación.

Tropezaba con algo duro, pero es una roca que deja en un lado, como la tierra que extrae, y necesita cavar todavía cerca de un palmo más antes de que el cuchillo quede inmovilizado por la tapa de la caja, que entonces va despegando por los lados, hasta que la puede hacer saltar sin quitar, porque es innecesario, el trasero del recipiente. La lata se ha oxidado, pero la pistola, como ve al desenredar el trapo que la cubre, parece en buenas condiciones. Quizás un poco sorprendido, constata que balas no hay, y ahora que piensa en ello recuerda que el padre nunca se refirió a las municiones. Ciertamente que él tampoco las necesita; no tiene la intención de matar a nadie.

Vuelve a llenar el agujero, salta de nuevo a ras de palo y, al cabo de media hora, en el mismo lugar donde ha hecho el encaje, regresa al año cincuenta y uno con el arma en el bolsillo. En casa, sube silenciosamente hasta el desván, donde están los depósitos del agua, y la entabla detrás, bajo unos ladrillos desgarrados que la protegerán hasta el día siguiente, cuando Natalia esté en el trabajo y él vaya a recuperarla.

Lo hace a las ocho y media, realiza el encaje en la entrada y, en pleno 1948, a las nueve y media entra en el banco de la Diagonal, donde a esa hora apenas hay dos clientes, una mujer vieja que cobra un talón en caja y un hombre que, en

el pupitre, rasga un impreso; se habrá equivocado. Él se espera detrás de la mujer, mirando hacia los billetes del cajón abierto que el cajero tiene a su izquierda, y cuando ella se aparta y guarda el dinero en el monedero, da un paso y con el arma protegida por la balda, para que no la vean los escribientes que trabajan más atrás, dice:

–Es un atraco. ¡Los billetes!

El hombre, de aspecto paternal aunque no sea muy viejo y parapetado detrás de unas gafas gruesas que le hacen crecer los ojos, inmoviliza la expresión, pero una mano se mueve, separándose de unos papeles sobre los que debe haber dejado el talón de la vieja, y él añade, amenazador:

–No toque ninguna alarma o muere. ¡El dinero, rápido!

Y mueve el arma, mientras la cabeza señala el cajón, de donde el hombre retira los billetes con unos dedos que le tiemblan, pero con el pie o como sea, si no lo ha hecho otro empleado que recién se ha dado cuenta de la maniobra, habrá pulsado un timbre, pues en el momento en que deja un fajo sobre la balda, se eleva una especie de estremecimiento oscuro de resonancias metálicas mientras la cabeza y los hombros desaparecen, hundidos tras la partición del mostrador.

Con el rabillo del ojo, observa movimientos, un muchacho que corre cerca de un armario lleno de papeles, otros que se

agachan, protegidos por las mesas o las sillas, pero él, que ha levantado más el arma, alarga la mano taquilla adentro donde, haciendo puntillas, llega al cajón, del que retira unos cuantos fajos antes de recoger lo que el cajero ha dejado en la balda.

Y entonces corre, evitando al hombre que se había equivocado de impreso y que ahora se disponía a sujetarlo por la espalda, salta el brazo del sillón que le dificulta el paso y corre hacia detrás de la columna, siempre perseguido por la estridencia sonora de la alarma. Justo se concede los segundos indispensables para guardarse el arma y los billetes y ya se recobra del leve vértigo en un local casi silencioso, pues sólo se oye el rumor de una conversación.

Se desliza hacia fuera, ahora sin saltar la butaca que separa de la columna un palmo, espacio suficiente para que pueda pasar sin llamar la atención de los escribientes atareados o de los dos hombres que hablan, precisamente ante la ventanilla del cajero, si bien la chica que se sienta en el otro extremo de la fila de butacas le mira como curiosa antes de desviar la mirada. Él se entretiene un instante encendiendo un cigarrillo en este local donde, en 1951, ya todo el mundo habrá olvidado que tres años atrás les robaron unos miles de pesetas.

Hasta casa, en la Bordeta, no sabrá que son exactamente treinta y dos mil quinientas. Antes de que vuelva Natalia ya las tiene, enganchadas con esparadrapo, a la pared del

fondo del armario, donde las protege un cajón. Y el arma, de nuevo envuelta, ya vuelve a estar en el desván, ahora entre una viga y el tejado.

Natalia, que ahora pesa en serio, pero se muestra muy valiente, no pliega hasta el último día de agosto, cuando calculan que se encuentra a quince días o tres semanas del alumbramiento. El tocólogo, que ahora la ve cada ocho días a instancias del novio, está contento y anuncia un parto sin complicaciones. Se han asegurado definitivamente una cama en la clínica, reservada a nombre de ella, que va a alumbrar como madre soltera, y casi cada noche salen un rato a pasear, tal y como el médico aconseja. Raramente asisten a ningún espectáculo o se sientan en un bar; caminan mientras ella tiene ganas, o hasta que le parece que se cansa, y vuelven al hogar que ya proyectan abandonar, una vez que haya nacido el hijo, por otro piso con más condiciones. El coleccionista de recortes, pretende Damià, le ha aumentado el sueldo hasta ciento cincuenta pesetas semanales, no sólo porque está contento de sus servicios, sino porque ahora cobra una subvención de una entidad privada que, al corriente del archivo que el hombre va construyendo, se interesa y quiere proteger su actividad.

Esta falsa ocupación le obliga a dejarla sola muchas horas, que emplea como puede, haciendo pequeñas excursiones hacia los suburbios, por donde la ciudad crece desmesuradamente, visitando museos o sentado en un rincón de Montjuïc, donde lee. Porque ahora, de vez en

cuando, compra libros de segunda mano, y quiere que también ella los lea para tener a alguien con quien comentarlos. Y la chica, que ahora dispone de mucho tiempo, empieza a hacerlo para matar el tiempo y pronto declara sus preferencias: le atrae la historia. Acostumbrada a leer a lo sumo alguna novela más o menos popular, la afición le viene de nuevo, y ella misma se ríe de su extrañeza, que haya libros donde se cuenta, punto por punto, todo lo que sucedió hace diez, cien, mil o diez mil años.

El día quince de septiembre comienza «La iniquidad de Caspe y el fin del condado de Urgell», de Domènech y Muntaner, que, en vísperas, Damià ha encontrado en un rincón de estante de una librería de la calle Boters; quizás le había salvado de distinciones mortales que no tuviera ya cubiertas ni lomo... Pero aún no está en la página cuarenta cuando, la noche del dieciocho, se renuevan con fuerza unos dolores que ya había tenido y la matrona, avisada, cree que ha llegado el momento de hacer hacia la clínica, donde se instalan pasadas las doce, el chico más emocionado que Natalia.

Sin embargo, no corría tanta prisa, los dolores se detienen, no hay rotura de aguas, y él se adormece en un sillón, cerca de la cama donde reposa la chica hasta la mañana, cuando el médico tiene unas palabras con la matrona, que ha partido y ha vuelto, y entera a Damià de que el parto no tendrá lugar antes de doce o quince horas; hacia allá por la noche. Natalia, que ahora se encuentra bien y está tranquila,

sonriendo incluso, quiere que desayune y se vaya un rato a dormir. Tampoco le puede hacer nada, dice, y ya ve cómo cuidan de ella. Que no vuelva hasta la tarde...

Y el chico, que se deja persuadir, se va a casa, donde enseguida comprende que ha hecho mal; aunque haya dormido tan mal, no tiene sueño, está nervioso, vuelven a atormentarle los malos agüeros que le preocupaban días atrás y al fin, para entretenerse, se pone a escribir la continuación hasta el momento actual de la crónica destinada a Jordina, y a las once y media, al completarla y ya a punto de guardar las hojas, se le ocurre que, si aquellos temores suyos se realizasen, el manuscrito probablemente se perdería. ¿Por qué no va a dejarlo ahora, entonces?

Un taxi le lleva hasta la calle de Castellnou, donde, detrás de la torre de los Artola, encaja hasta una noche pasada antes de introducirse en la casa y, con pies de plomo, subir hasta el desván sin despertar ni a Jordina ni a sus padres. Deja los papeles en el cajón secreto de la cajonera, sobre los demás que depositó anteriormente, todavía intocados, y, en el último momento, añade una foto.

Ahora, con otro taxi, volverá a la clínica, junto a Natalia...

III. INVESTIGACIÓN EN EL PRESENTE

1

Por la mañana, después de una noche inquieta y con largos ratos de insomnio, vuelve a releer la narración de Jordina, los papeles en los que se basa y, repetidamente, las tres últimas líneas de la última hoja del manuscrito que, según la chica, procede del pasado:

«Ahora iré a tu casa a dejarte estas páginas, aprovechando que todavía faltan unas horas para el nacimiento de mi hijo. No sé si volveré a escribirte, si podré volver a escribirte...».

No sabe qué creer, impresionado como está por la presencia, en estas páginas, de Mercè Alcorrúbia, ahora vecina de casa y entonces amante suya o de quien fuera que escribiera el documento. La edad corresponde, y corresponden algunas circunstancias que le ha comunicado

la madre: la mujer, nueve o diez años atrás, heredó un negocio en Buenos Aires, donde murieron sus padres y donde ella se trasladó para liquidarlo; es de la renta de ese dinero que vive desde entonces, antes de pasar al piso de al lado, en el que apenas lleva cerca de siete años. Y no puede descuidar que la chica de 1950 y la mujer de 1973 comparten una característica: una y otra son dejadas. Tampoco son indiferentes las expresiones y gestos púdicos que él ha observado y que encuentra en los papeles. Sin embargo...

Sí, sin embargo, ¿por qué no recuerda, si la ha conocido en el pasado? No importa que él haya perdido la memoria, pues si fuera cierto lo que asegura Jordina, vivió esta aventura fuera de su tiempo, mientras la mujer la vivía en su época, desde la que ha llegado a la actual sin traumatismos, de forma normal, empujando los años uno por uno. Y nunca ha dado ninguna indicación... Es cierto, se confiesa, que alguna vez le mira con una pose que no parece natural del todo, como extrañada de algo, cuando no debería estarlo de nada; le conoce desde los dieciséis años, de adolescente.

¿Y si le preguntara?... se dice. ¿Preguntarle qué? ¿Si más de veinte años atrás vivieron juntos? Le parece ridículo, pero de repente se le ocurre que en el manuscrito hay datos concretos, como la dirección de aquel Damià, la calle de Regàs, o la de Mercè, y otras; todas, o al menos algunas de ellas, bien comprobables...

Toma nota antes de salir a desayunar con la madre, que se ha levantado antes que él y parece fresca como una rosa, bueno y que no volvió a casa hasta las tres de la madrugada. Aprovecha que anoche, en su ausencia, Alcorrúbia le llevó las bragas prestadas para seguir refiriéndose a la mujer con la intención de hacerle contar más cosas, si las sabe. Aparentemente, la vecina se muestra bastante discreta sobre su pasado, habla poco de ella y la madre apenas tiene la impresión de que podría estar casada con alguien del que se separó, pero no sabría decirle, ahora, de donde lo ha sacado.

Aunque él procura preguntar cómo quien no toca, la mujer es lo suficientemente fina para notar su interés y, con el cuenco de leche en las manos, con peligro de colmarlo, ríe:

–¡No me digas que también te gusta!

–Me hace gracia con sus eternas distracciones, y es simpática... ¿Pero por qué dices también?

–¿Lo he dicho?

–Sí, sí.

–Se me ha escapado, pues.

Él espera, con una expresión extrañada que hace reír de nuevo a la madre.

–Un día me dijo que eras muy bonito. Ya sé que no tiene nada de particular, pero es que después me pidió que no te lo repitiera, como si hubiera dicho algo muy comprometedor. Ya sabes cómo es... Estoy segura de que le gustas.

–A lo mejor es por eso que siempre hace estas maniobras –procura bromear a Ricardo–. Se deja las llaves para tener una excusa de entrar en el piso a realizar una pequeña exhibición...

–¡No exageres ahora! Aunque, pensando en ello –reflexiona–, tampoco es normal que tantas veces se deje el sujetador, las bragas, o que lleve unas estrechas faldas.

–¡Y al mismo tiempo es tan púdica! –dice el chico con una sonrisa.

–¡Hazme caso! –exclama la madre, pero enseguida se arrepiente–. No merece que tengas malos pensamientos. Es...

–Es tan buena mujer... –se le adelanta, y ella mueve la cabeza:

–Sí, sí, lo es.

Ya son las once y media cuando sube la calle de Regàs desde el lado de la Travessera de Gràcia y la recorre lentamente hasta la calle de Laforja, donde se acaba. En una

de estas casas, según dicen los papeles y repite Jordina en su escrito, vivía Damià, y no le preocupa demasiado ignorar el número: está dispuesto a preguntar casa por casa y, afortunadamente, es una vía corta, con pocos edificios de vivienda, puesto que algunos los ocupan despachos o empresas comerciales.

Interroga porteras y, si no están, mira los buzones y habla con algún vecino, haciendo remarcar, siempre, si le contestan con una negativa, que la familia Borràs podría haberse ido más de veinte años atrás; no olvida que, siempre de acuerdo con el manuscrito, Damián mataba a sus padres y, de hecho, confía en que, si hubo tragedia, por ella les recuerden los vecinos. A veces, la portera o la gente a la que pregunta no llevan tanto tiempo en la casa, pero siempre le indican algún inquilino más viejo que podría informarle mejor. Hay también quien se interesa, a su vez, por los motivos de su investigación y alega entonces que, ausente de Barcelona durante muchos años, esta dirección algo imprecisa es la única que tiene de Jeroni Borràs, un amigo de su padre.

No acierta, incidentalmente, hasta que ya ha recorrido media calle, y entonces, al comprobar su sorpresa, se da cuenta de que nunca ha creído, y que lo único que buscaba era desmentir los datos del escrito.

Es un edificio sin portero, donde llama a la primera puerta que encuentra al paso, al principal, donde le abre una criada

detrás de la que comparece el ama, una mujer todavía joven que sólo hace tres años, le dice, que vive en el vecindario. El nombre de Borràs no le suena de nada, y le parece que nadie sabrá informarle porque en la casa todos son inquilinos nuevos, desde hace diez o doce años.

–O sea –pondera después–, está la señora Filiberta, del tercero, que estrenó la casa. Pero nunca está, porque está con un hijo. Justo viene una vez cada quince días o tres semanas. –Y de repente se interrumpe, agudiza la oreja, pues la conversación que tiene lugar entre adentro y hacia fuera del piso, donde no le han invitado a entrar, y ahora se acaba de oír una puerta–. Ah, pues creo que es ella, precisamente. –Y lo confirma casi enseguida, ahora desde el rellano y con la cara erguida–. Sí, es ella. Espere, porque baja muy despacio; tiene reuma, ¿sabe?

Se espera, pues, mientras la mujer, relativamente charlatana, le explica que es un vecindario donde se conoce a todo el mundo, donde la gente tiene buenas relaciones, sin que nadie se ponga en casa de los demás, eso no, y que ahora se habla de que el propietario quiere vender los pisos y la señora Filiberta, por supuesto, tiene interés en conservar el suyo con lo poco que paga; si de verdad se venden, hará un buen negocio... Y después, cuando la vieja todavía no ha puesto el pie en el rellano, ya le dice:

–Señora Nolis, mire qué pregunta este joven...

Pero él no abre boca hasta que la vecina está más cerca y se detiene con una mano apoyada en la barandilla.

–Estaba diciendo a la señora que tiempo atrás aquí vivían los Borràs, el señor Jeroni Borràs y...

–¡Por supuesto! –le interrumpe ella–. Más de veinte años, hace... Veintitrés. –Se dirige a la mujer, que ahora vuelve a estar en el umbral de su piso–: Ya has oído hablar, tú... Son aquellos que encontraron muertos.

–¡Ah, sí, me lo había dicho! Ya no recordaba cómo se llamaban.

–¿Muertos? –repite Ricard, acotando los ojos miopes y lechosos de la vieja, que replica:

–Sí, fuimos nosotros que entramos cuando, al ver la puerta abierta, mi marido les llamó y ellos no contestaban... A ella, parece que se le detuvo el corazón, del susto, pero a Jerónimo le asesinaron.

–¡Ah! –dice él, encogido.

–La policía nunca supo quién lo había hecho. Estuvieron perdidos desde el primer momento, porque todo era muy raro... Pero usted es demasiado joven para conocerlos –dice entonces.

–No los conocía. Yo nací en Francia –explica–. Eran amigos de mis padres y ahora, al venir a Barcelona, me pidieron hacerles una visita. El señor Jeroni Borràs y su esposa, Eulalia –repite para asegurarse, y la vieja reafirma:

–Sí, sí, son ellos. La policía dijo que Jerónimo debió plantar cara a los agresores, porque parece que podían ser más de uno. Se notaba que se habían peleado. Fue una lástima que nosotros no estuviéramos en casa en ese momento, porque seguro que les habríamos oído.

–¿No tenían hijos?

–No, no habían tenido. Tanto que hubiera querido uno, Eulalia, pero Dios no les concedió esa gracia.

Ricard hace esfuerzos de flaqueza para poder adoptar el tono conveniente, dolido pero no emocionado, como corresponde a alguien para el que los Borràs eran unos desconocidos.

–Cómo lo sentirá, papá... –dice–. Ambos, él y el señor Jerónimo, habían trabajado en casa de un notario –aventura.

–Es verdad –confirma la señora Filiberta, y suspira con su boca pequeña–. Todos nos hicimos cruces. Quiero decir los vecinos de entonces. Eran gente muy como es debido. Y eso que nunca descubrieran quién lo hizo...

Hay un pequeño silencio, mientras la vieja mueve la cabeza, aún como incrédula al cabo de tantos años, y la mujer del piso la aprovecha para comentar:

–¿Ve? Ya le decía yo que la señora Nolis era la única que podía recordarles.

–Sí. Y se lo agradezco a ambas... Lo escribiré a casa.

A la una está en la plaza de Maragall, donde en la parte de abajo hay un parque infantil y, en la de encima, un monumento dedicado al poeta que no existía veintitrés años atrás, puesto que es del sesenta y tres. A ambos lados hay bancos, y se pregunta vagamente dónde debían sentarse Mercè y su abuela aquella mañana que dieron conocimiento con un Damián tan improbable como éste del que va siguiendo el rastro, confirmando, hasta ahora, unas circunstancias que expone el escrito, pero no que haya vivido.

Después, calle de Olesa allá, se encamina a la de Sant Jordi, donde su investigación debería ser más sencilla; el número de los bajos figura en las líneas encontradas en la cajonera, si bien Jordina las omitió al hacer su relato. Entre tiempo, sin embargo, la calle ha perdido la fisonomía que debió tener en los años cincuenta y, en lugar de la casita que esperaba, se encuentra frente a un inmueble de cuatro pisos que parece de reciente construcción. También lo son las casas a ambos

lados, y otras muchas donde, con más motivo que en la calle de Regàs, los inquilinos deben ser nuevos.

Sin embargo, casi delante hay una casa más vieja, únicamente con bajos y primer piso, donde puede hablar con un muchacho joven que no sabe decirle nada; es cierto, explica, que desde pequeño vive y que recuerda que al otro lado de la calle había una construcción baja, pero no tiene ni idea de quién vivía y sus padres, que se lo habrían podido decir, ya están muertos. Le orienta sin embargo hacia una de las tres o cuatro tiendas del barrio que no ha cambiado de dueños desde que él era un niño.

Detrás del mostrador hay un hombre de unos sesenta con unas cejas gruesas y despeinadas que le dan un aspecto casi feroz, desmentido por la dulzura de la mirada que corresponde más a su carácter.

–Sí –confirma enseguida–, hasta hace cuatro años, cuando el dueño vendió el terreno, había una casita baja.

–¿No vivía una chica con su abuela, una señora baldada?

–Exacto, Mercè, pero ¡uy, que hace tiempo! Usted habla de veinte años atrás.

–Quizás sí.

–Se fue a vivir a Madrid –explica el hombre–. Nunca he sabido por qué. Eran gente de aquí y no creo que tuvieran familia.

–Quizás eran cosas del trabajo... –insinúa.

–No creo. Hacía jerséis, ella, Mercè.

–Y tenía un chico al hogar.

El hombre cierra un labio contra el otro, haciéndolo subir un poco, como si con ese gesto se esforzara en hacer memoria, y al fin mueve la cabeza de un lado a otro.

–Creo que no. Un primo tuvo, una temporada, en casa. Ahora recuerdo que a veces le veíamos pasar con su abuela, empujando la silla de ruedas, y un día que mi mujer, en el cielo sea, se lo preguntó, dijo eso, que era un primo. Y nos lo creímos, porque nunca había dado ningún escándalo y era una chica cuerda. Muy buena pagadora, cosa que no se puede decir de todo el mundo... Después, cuando se fueron, vivió una viuda con dos hijos que era la cruz de la medalla; una buena joroba que nos dejó. Claro que eran tiempos muy malos.

–¿Y nunca se ha sabido nada? De Mercè, quiero decir.

–No; por ahí no ha vuelto. Quizá se fue a Argentina, donde tenía a sus padres. Siento no poder orientarlo mejor...

–Ha hecho lo que pudo –le agradece Ricardo.

Y lo ha hecho sin interesarse lo más mínimo por qué motivos busca a la chica.

Ya es demasiado tarde para proseguir y deja las otras visitas para la tarde, cuando ya habrá tenido ocasión, en la escalera de casa, de encontrarse con Mercè y de resistir el impulso de dirigirle alguna pregunta que quizás aclararía más las cosas. No lo hace, pero debe haberla mirado de una manera diferente, o poco acostumbrada, pues de repente la mujer se ruboriza como una adolescente a la que un chico dirige por primera vez una mirada amorosa.

Arriba, habla a su madre, risueña. La vecina acaba de hacerle una visita para preguntarle si él se acordó de darle las bragas.

–Y me dijo –añade– que le dio mucha vergüenza.

–¿De dárme las a mí? Bien se deja ver el culo cuando salta la barandilla.

–Quizá no exactamente –le contradice la madre, que ya pone la mesa, y entonces rompe el hilo de la conversación–. ¡Ah! He visto que no cenaste en casa, anoche...

–No. Cuando ya estabas fuera me llamó Bofill, el de la agencia, que quiere que le haga unos diseños, y como le corre un poco de prisa quedamos que cenaríamos juntos

para discutirlo... Pero el cliente también tiene su idea y no creo que nos avengamos. Lo que quiere no entra demasiado dentro de mi estilo. Esta noche debemos volver a vernos.

–¿Tampoco cenarás en casa, entonces?

–No.

Y entonces piensa que, bien mirado, hace mal de engañarla. Desde jovencito ha tenido libertad de hablar de todo y de tener conversaciones francas. A menudo le parece que la relación que existe entre ellos es más propia de amigos de la misma edad, que de madre e hijo. Y con el padre ocurría lo mismo. Por eso ahora rectifica:

–Pero no quiero decir que vaya a cenar con él, hoy; nos veremos antes. Es que he conocido a una chica, una enfermera...

–Eso siempre está bien –aprueba la madre con una sonrisa traviesa–. ¿Es guapa?

–Muy guapa. Es algo mayor que yo, unos treinta años...

–Así veo que vendrás tarde.

–No corras, madre.

–Eso ella. A los treinta años las mujeres temen perder el tren.

–Ya me casas, ¿verdad? –sonríe él.

–Confío en que no me darás ese disgusto, por ahora.

–¿Disgusto? ¡Mira qué madre! Todas quieren, precisamente, que los hijos se casen.

–Y yo también, Ricardo, yo también. No quisiera que te quedaras solo. Y una enfermera no me iría mal, como nuera –sigue bromeando–. Es necesario que empiece a pensar en los achaques de la vejez.

–Por ahora, no parece que se te note nada. Una mujer que vuelve a casa a las tres de la madrugada...

–Sí –conviene ella, risueña–, es francamente inmoral.

–Eres maravillosa, madre –dice él, tal como piensa–. Si me hubieran dejado escoger, no hubiera escogido ninguna otra.

–Bien... –dice la mujer, casi turbada–. Bueno es saberlo. ¿Y que me dices de esa otra maravilla, tu amiguita?

–No es mi amiguita. Se llama Jordina.

–Tu padre, antes de conocernos, había festejado, con una Jordina...

Ricardo aplasta:

–¡Confío en que no fuera la misma!

Pero quién sabe, piensa. Si hace viajes en el tiempo... Y lo vuelve a encontrar más absurdo que nunca. Aunque la chica, anoche, se fundiera de esa manera tan extraña o que él, a mediodía, se encontrara en el común del hospital sin saber ni cómo había entrado. Hay fenómenos de sugestión y gente suficientemente hábil para provocarlos. En cuanto a los datos que ha comprobado, nadie le certifica que no haya conocido a Mercè Alcorrúbia o incluso, aunque sea por referencia, a los padres de aquel Damián, los cuales, sin embargo, no tenían ningún hijo...

2

Por teléfono, desde la clínica, donde le llama una vez ha salido de casa, Jordina le dice que ya esperaba su llamada, pero más bien, por la mañana, antes de irse al trabajo.

–¿Acaso no tuviste tiempo de leerlo todo?

–Sí, sí, y más de una vez.

–¿Y no te ha convencido?

–Hablaemos esta noche. ¿Quieres que te venga a buscar a la hora de salir? Por eso te llamaba.

–Claro. Está a las siete.

–Sí.

–Ah, y felicidades, Ricardo.

–¿Por qué?

–¿No haces años?

–Ya me había olvidado –ríe él–. Y mi madre también, porque no me ha dicho nada. Nunca los hemos celebrado, nosotros, los cumpleaños.

–Quizá sea una buena costumbre, no pienses... Y ahora te dejo, Ricardo –se interrumpe–. Me llaman... Hasta la noche.

A esa hora ya habrá terminado las dos comprobaciones que aún le quedan, la primera en Gràcia, en el pequeño barrio que localiza sin demasiadas dificultades porque Damià escribió su nombre y en la zona le dan la razón, si bien advirtiéndole que en las casas, derruidas, ya no vive nadie.

Cerca de dónde están, sin embargo, hay huertos amenazados por las construcciones vecinas, que forman auténticos bloques de los que se queja el hortelano al que

interpela, de hecho un jubilado de la compañía de aguas que entretiene sus ocios plantando y haciendo crecer verduras.

–Pero ese coño de castillos me quitanan el sol. Y ahora sólo falta que construyan aquí, como dicen.

Hace cincuenta años que la familia tiene el huerto y él ya venía de adolescente, con su padre, pero eso no quiere decir que haya conocido a los inquilinos de las casitas, no tan arruinadas como habían hecho creer a Ricard y por irse de las cuales las tres familias que todavía vivían han cobrado una buena indemnización.

No puede decirle nada, pues, y el chico sube hacia la banda de atrás, donde las vallas de alambre han sido allanadas y, en algunos lugares, arrancadas. Alguien también se ha llevado las puertas de las viviendas y ahora se puede circular sin obstáculos. Él no entra, sin embargo; se limita a estudiar el huerto que corresponde a la segunda casa, donde ya no hay ningún manzano. Quedan, en cambio, las dos piedras verticales de lo que debía de ser el banco y, al acercarse a él y agacharse, ve que el árbol ha sido cortado a ras de suelo, donde se hundían las raíces.

A punto de dar la vuelta, vuelve a fijarse y recoge un fragmento de metal que parece un trozo de bisagra y se afana para hacer un agujero en el lugar exacto donde, si los papeles que ha leído no mientan, podría estar todavía el fondo de la caja de lata.

Está ahí. Lo arranca veinte minutos después de esforzarse o, más bien, extrae apenas un fragmento. Las humedades han acabado de oxidarla y un lado y la lámina de abajo están empotrados en el suelo. Le basta, porque es más, mucho más de lo que esperaba. Ahora sabe, con una certeza que le pone nervioso, que todo aquello no es una historia inventada con fines que ignora; nadie se habría tomado la molestia de ir a enterrar una caja vieja para que él la encontrara. De hecho, nadie podía prever que, de investigar, sería tan minucioso.

Lo confirma en sus sentimientos la última visita que tenía intención de realizar, en la Bordeta. Aquí localiza el lugar sin duda alguna. En aquel sector callejero donde Damià vivió con Natalia nada habrá cambiado durante los últimos sesenta u ochenta años; todo, almacenes, talleres, solares y casas, parecen estar ahí desde siempre, y las paredes están ennegrecidas y desconchadas si, originariamente, alguien las rebozó. Apenas alguna tienda parece rejuvenecida con una capa de pintura, con un rótulo nuevo, con unos escaparates más acordes al gusto del día. Entre ellos el del horno donde, como recuerda de su lectura, había una panadería que debió hacer hablar.

La puerta de hierro está bajada hasta algo más arriba de la mitad y deja practicable la de cristales, que empuja; se encuentra con un espacio ancho, con tres sillas alineadas cerca de la pared y, a lo largo de la otra, el mostrador con la balanza y, detrás, unas grandes baldas ahora vacías de pan.

Al fondo hay una puerta vidriera, de dos hojas mal ajustadas, pero allá todo parece oscuro y, sin avanzar más, grita:

–¡Ama!...

Es necesario que lo repita para que salga una mujer que debe rozar los setenta, muy blanca de cara y escasa de pelo, que se mueve con una agilidad todavía juvenil. Parece intrigada con las primeras palabras, cuando el muchacho le dice que busca a alguien que muchos años atrás vivió en el vecindario y le pregunta si lleva mucho tiempo, pero replica:

–Toda la vida.

–Así quizá se acuerde de un matrimonio joven que vivía aquí delante, un poco más abajo, junto a donde la zapatería.

Se gira para señalar a través del cristal y la mujer se le acerca, mira a su vez mientras él dice:

–Eran un matrimonio, Damián y Natalia...

–No estaban casados –dice la panadera casi sin tiempo de pensarlo, como si desde el primer momento hubiera esperado aquella pregunta, y añade–: Estuvieron poco tiempo.

Se queda enmudecido por esta precisión, maravillado por una memoria tan fiel, pero aún se admira más cuando, girándole, la mujer comenta:

–Usted se parece mucho a ese chico; me ha hecho pensar enseguida.

–Es mi tío –improvisa Ricardo–. O lo era, porque no sabemos si está muerto.

Le cuenta otra versión de su historia de exilios, explicándole que vive en Francia, de dónde ha vuelto hace poco, y que con el tío, hermano menor de su padre, que se había quedado, van a perder contacto hacia el año 51, ya que después les devolvieron las cartas que habían escrito a la dirección aquella de la Bordeta.

La mujer va asintiendo sin interrumpirle y, cuando termina, el gesto es más pronunciado.

–No me extraña –dice–. Ella, Natalia, murió de parto, y Damián desapareció.

–¿Qué significa desaparecer?

–Que se fue, dejándolo todo. Claro que por lo que tenían...

–¿Con el hijo?

–Creo que no. Por lo que tengo entendido, se hizo cargo alguien de la familia. Por lo que usted me dice ahora, sería de la familia de la chica, que no eran gente del barrio. Me parece que aquí nadie podrá decirle nada más.

–Es probable –asiente–. Bien extraño es que usted les recuerde tan bien.

–Eran clientes –dice la mujer–. Y él era muy apuesto. Como usted, ya se lo digo. Se parece mucho –insiste.

–Sí. En casa también lo dicen.

Debe satisfacer entonces su curiosidad, pues es una vieja entrometida y quiere saber si ha venido para quedarse definitivamente o si se vuelve, si sus padres todavía están en Francia, si está casado o soltero y a qué se dedica...

Cuando puede despedirse, sabe muy bien que, como ella le ha asegurado, de allí ya no sacará nada más y es, pues, inútil que pregunte en ninguna otra tienda, pero al pasar delante de la casa y ver la puerta de la calle mal ajustada, le sorprende la idea de entrar y, si primero da un paso tímido hacia la escalera, después, al darse cuenta del silencio, se encarama decididamente. La panadera no le ha dicho si el edificio está deshabitado o vive todavía alguien, pero que la puerta esté abierta inclina a creer esto último.

Ningún rumor se escapa de los dos pisos, en uno de los cuales, ignora cuál, vivía la pareja; no se lo ha preguntado a

la mujer y los papeles tampoco hablan de ello. Hay unos peldaños de baldosa roja tan hundidos que debe ser fácil de tropezar con los listones de madera también gastada que ahora quedan más altos, y uno de los barrotes de la barandilla, igualmente de madera, se ha desprendido y cuelga hacia afuera, sin caer. Las paredes están llenas de tachaduras que cubren otras tachaduras y, en algunos lugares, donde el yeso ha cedido, se ven los ladrillos. Encima de todo, la claraboya está resquebrajada en torno a un agujero, como si hubieran tirado una piedra...

Que mire hacia arriba le hace pensar en el desván y, después de escuchar un momento, parado en el segundo piso, donde una tarjeta clavada en el marco dice «García, pintor», sigue escaleras arriba, hacia la puerta más baja, carcomida de la banda de abajo y, a la altura de la cerradura, donde tiempo debió de haberlo habido, ve el agujero del que sale una umbría de cordel retorcido. La estira y, al otro lado, se mueve algo, una balda que sube y abre la puerta.

Dentro, abuhardillado, hay un depósito de zinc sobre dos cabezas de llata medio podridas y trozos de ladrillo amontonados detrás, a la izquierda. Encima, las vigas, desproporcionadamente anchas, lo suficientemente bajas para que, estirándose, llegue con la punta de los dedos. Sin embargo, necesita trasladar silenciosamente unos cuantos ladrillos para subirse, mal equilibrado, para ir tocando entre las latas y las tejas, en algunos lugares demasiado separadas para proteger el desván de la lluvia.

Los debe cambiar tres veces de sitio, hasta que, al palpar con precaución, tropieza con un objeto duro y, cuando retira la mano, en la palma tiene un revólver.

3

–Te has expuesto mucho –le reprueba Jordina–. ¿Valía la pena?

–No sé. Depende de otras cosas.

–¿De qué?

Han dejado el tren de Sarrià a las Tres Torres y ahora avanzan por la calle del Milanesat, hacia la de Castellnou, Ricard con las manos en los bolsillos, en uno de los cuales todavía lleva el arma, y ella con el monedero colgado en el hombro. Aquí, en este barrio, es una noche tranquila, con rumores fugaces de motores y ruedas cuando pasa un coche que pone manchas de luz en los troncos de los árboles, las paredes o las vallas de las casas, de las torres.

–Estoy intrigado. Cada vez más intrigado –confiesa–. Quiero comprobar otros detalles.

–Yo diría que ya has hecho todo lo que podías hacer... desde aquí.

–No; todavía... –y se detiene, mirándola–. ¿Desde aquí?

–Claro. Se puede mirar desde ese tiempo.

–Recuerda que no sé cómo ir...

–Lo sabrás esta noche.

–¡Ah! ¿Y cuándo has decidido confiarme el secreto?

–Ahora, hoy. Será mi presente de cumpleaños –le sonrío.

–El primero que me hacen... –dice él, y se inclina.

Posa sus labios sobre los labios que tiene a su alcance, de repente encendidos por el chasquido de claridad de unos faros, y los pulsa con dulzura al oír que la chica no lo rechaza, y entonces se separa lentamente.

–¿No te has enfadado entonces? –pregunta.

–¿Por qué? Me habrás besado muchas veces, aunque no lo recuerde.

–Me refería a mi desconfianza, Jordina. A esa desconfianza que me hace indagar.

Ella mueve la cabeza, retoma la marcha, subiéndose el monedero que le había resbalado.

–No. Yo misma pensé en hacerlo. En 1950, quiero decir. Pero ya sabes que es un período posterior a mi nacimiento y que no puedo entrar. Tú sí.

–¿Y quizás encontrarme con Damián?

–No puedes encontrarte –contesta al momento que vuelven la esquina–. Damián eres tú. No sé cómo, pero eres tú.

–Jordina... –dice el chico en tono de riña–. Recuerdo mi infancia, recuerdo toda mi vida. Siempre he vivido en la calle de Buenos Aires; desde niño.

–No importa.

–¿Cómo puedes tener esa seguridad?

–Encontré los papeles cuando aún no sabía que se podía viajar en el tiempo, y la persona que los puso sabía que podría hacerlo... ¿Cómo podía haberse enterado?

Y él vuelve a detenerse, tan repentinamente, ahora, que la chica todavía da un par de pasos, desde cuya distancia se gira, mientras Ricard exclama con vehemencia:

–¡No, no, Jordina! Mira... –y se mueve hacia ella–. Si a los veintidós años cacheaste la cajonera y descubriste estos papeles, quiere decir que ya los tenías al conocer a Damià. Un Damián que todavía tenía que hacer el viaje... O sea que su documento es anterior al instante de irse al pasado.

–Es escrito en el pasado y, en este sentido, anterior a todo, en su mismo nacimiento... Es normal.

–¿Normal, Jordina? –y levanta la mano, le echa atrás el pelo de la banda derecha que se precipita sobre la mejilla y, más calmado, dice–: Bien... y cómo no le hablaste, al conocerlo, de esos papeles que ya tenías?

–No lo sabemos, si lo hice.

–Si lo hiciste, ya no necesitaba escribirlos –recalca, y la mano, bajo el pelo que le cubre parcialmente el dorso, se queda cerca de la oreja de la chica, frotando el lóbulo–. Piensa un poco, Jordina. No sé, ni sabes tú, cuándo conociste a ese novio. Digamos, porque no importa mucho, que tenía dieciocho y tú veintiséis. El año sesenta y nueve, pues. Y nos encontramos con esto: no es hasta el año setenta y dos que Damià se irá al pasado para dejarte un documento del cincuenta y uno que tú has recibido ya el sesenta y cinco. Si al conocerlo, el sesenta y nueve, se lo comunicas, lo razonable es creer que, a la vista de los resultados del viaje, renuncie a hacerlo, y en este caso no puede escribir unos papeles que, de hecho, ya ha escrito. Hay contradicción,

pues. Y también está en el caso de que no le digas nada, porque la cajonera ya la has abierto antes de tener ninguna relación con él, y los papeles estaban allí.

Ella calla, perturbada, y el chico le baja dos dedos por la mejilla, hasta la comisura de los labios.

–Es cierto –prosigue– que del tiempo sabemos poco y, si se puede viajar, a la fuerza tenemos que tener sorpresas. Pero paradojas como estas no puede haber, porque no tienen solución.

–Con nuestra lógica, Ricardo –dice Jordina.

Y él, que todavía le tiene la punta de los dedos cerca del extremo de la boca, ligeramente desplazados cuando la chica ha movido los labios, dice:

–No me opongo a buscar otra. Pero si está ahí no la encontraremos antes de dominar todos los hechos.

En primer lugar, una vez ya están en la habitación donde Jordina hace vida, domina ese misterioso encaje al que los papeles se refieren y que le deja pasmado de tan sencillo como es. Sin embargo, necesita reconocer que esta misma simplicidad lo defiende y que la combinación, por decirlo de alguna manera, difícilmente se le puede ocurrir a un hombre entre millones de millones y que si otros la han encontrado es muy probable que no hayan salido vivos de la primera prueba, que siempre ha tenido que ser casual. Nada más

fácil que tropezar con otro cuerpo, orgánico o no, y que haya una doble desintegración.

Ellos operan sobre seguro, desde el rincón del diván y dirigiéndose a un día y a una hora en los que, en la estancia, como sabe Jordina, no hay nadie. De hecho, no hay nadie en la torre, puesto que la fecha es una tarde del verano del treinta y tres y la familia está fuera, de vacaciones. Hacen el viaje uno al lado del otro, aunque separadamente, ya que la simultaneidad exacta no se puede conseguir, y es así como Ricard emerge unos segundos antes que la chica en una sala desconocida y en penumbra, con muebles pesados y cortinas gruesas que distingue vagamente mientras lucha con una sensación que participa del vértigo producido por las alturas y del mareo habitual o vasca, como dice su madre, y de la que se rehace entre los brazos de Jordina, que, al emerger a su vez, le ha enlazado.

No tocarán nada y ni siquiera saldrán de la casa, porque sólo es un viaje de prueba, pero deambulan un rato y, en la cocina, el único lugar donde hay un calendario, ella le señala el día y el año que de antemano le anunció. Encuentran también unos diarios, de tres días atrás, cuando los Artola se fueron y, cerca de un espejo, tienen ocasión de contemplarse Ricard y Jordina exactos que vienen del año setenta y tres y aquí, cuarenta años antes, en una época en la que no vivían, y siguen teniendo veintidós y treinta.

–¿Crees ahora? –le pregunta ella–. ¿O te parece que es una ilusión?

–No puede serlo –dice el chico, y ahora que ha superado el malestar, siente una especie de excitación, como sucederá, piensa, siempre que se exploran caminos no trillados–. Es maravilloso...

–¿Verdad?

Se sonríen a través del espejo y, al margen de cualquier voluntad consciente, las caras se acercan, se tocan, y los labios se buscan. Pero cuando él la aprieta más fuerte, Jordina separa la cabeza y, mirándole, susurra:

–¿Quieres hacerme el amor?

–Sí, Jordina.

Ella le sujeta la mano.

–Ven.

Se lo lleva de nuevo a la habitación, ahora un saloncito, como le dijo, que continúa en la penumbra hasta que hace correr ligeramente la cortina y un rayo de sol, camino de la puesta, ilumina las marinas y naturalezas muertas colgadas en las paredes, una gran cómoda de pies largos, con un solo cajón y, encima, una jarra «art nouveau», un piano, tres mesitas de diferentes alturas que se encajan una debajo de

la otra, los sillones de respaldo curvado, unas sillas con el trasero de paño de color paja y un sofá que hace juego.

–Es una impresión extraña –comenta al sentarse– saber que en ese momento mis padres todavía no se conocen, que son solteros y no tienen ni idea de que están destinados a casarse y que les nazca una hija... una hija que ya tiene treinta años y se encuentra en este saloncito donde la madre nunca ha puesto los pies. Y que me quieras... –dice acariciándolo, aceptando los besos que la hacen callar si quiere devolverlos.

Y entonces, de repente, Ricard la aparta, endereza la testa con una expresión inquieta y murmura:

–No, Jordina... ¿Y si te hago un hijo?

La chica inclina la cabeza sobre su hombro, le acaricia el cuello.

–No soy una niña, Ricardo.

–No importa. No puedes exponerte. Quizás lo hace que todo esto todavía es tan nuevo para mí, pero una criatura engendrada en un tiempo anterior al nacimiento de mamá... Imagínate un accidente, que por algún motivo fuéramos retenidos, que nos fallara el viaje de regreso...

–Nunca ha fallado.

–Si fuera Damià, como tú crees, en algún momento ha fallado algo... No, Jordina; quiero amarte en nuestro tiempo.

Ella endereza la cabeza, lo besa suavemente antes de conformarse con ello:

–Muy bien, Ricardo. Volvemos a casa...

No se da cuenta de que, al levantarse del sofá para irse al lugar que, en el año setenta y tres, les restituirá cerca del diván, el chico deja caer el pañuelo.

Ya son las nueve, mientras ella está en la cocina a preparar unos bocadillos y un poco de fruta, cuando tiene ocasión de realizar un segundo viaje, clandestino esta vez, y recuperarlo tan rápido que su ausencia no dura ni un par de minutos. No sabe muy bien por qué ha querido hacer esta comprobación, pero le parece que, por mucho que confíe en Jordina, ante lo insólito necesita una garantía.

Y ahora la tiene. La chica ignora su maniobra, que ha emprendido por iniciativa propia, solo, sin posibilidad alguna, pues, de que su ánimo fuera influenciado o su discernimiento amortiguado por el imperio de otra persona. El viaje es real, controlable, repetible, y ahora es que los problemas se hacen auténticamente palpables.

Los repite o resume cuando la chica vuelve con la bandeja y, uno al lado del otro, se sientan a cenar:

–Primero –enumera–: cómo pueden encontrarse unos papeles antes de que sean escritos. Segundo: cómo puede olvidarse en unos casos y recordarse en otros el viaje. Tercero: cómo puede ser que alguien nazca sin que lo hayan engendrado. Y ahora otro –añade–: una criatura nacida en el pasado de una mujer que entonces está por nacer, sería más vieja que la madre... Piensa de nuevo, Jordina: nos hacemos el amor el año treinta y tres, como queríamos, te dejo embarazada y, por lo que sea, nos quedamos en aquella época hasta que apareces. Al volver aquí, será el año setenta y cuatro, y el hijo o hija que encontraremos tendrá cuarenta mientras nosotros apenas tendremos uno más de los que teníamos al marcharnos: veintitrés y treinta y uno... ¿No has yacido nunca con nadie, durante tus viajes?

–No, y por eso me hacía ilusión. Es decir, no sé si con Damián...

–Un Damián del que no sabrías nada, sin su escrito. Por cierto, que quería preguntarte algo. En tu reconstrucción nada contradice lo que dicen los papeles, pero te inventas los diálogos. Confieso que, a mi ver, se llevan bien con las circunstancias, o sea que son verosímiles, pero ¿qué necesidad tenías de ponérselos y, de hecho, de elaborar esa narración?

–Quizás lo hace que siempre he tenido inclinaciones literarias, y esta historia me tentó. He escrito más.

–Ya me las enseñarás, algún día. Otra cosa, aún: ¿cómo se explica que, mientras todo el mundo recuerda a Damián, tú lo hayas olvidado?

–No me lo explico. Pero observa un detalle: todos los que lo recuerdan lo hacen de cuando vivía por aquel entonces, antes de su nacimiento. No has encontrado a nadie que le recordara en un momento posterior.

–No existía, Jordina.

–Sí, si me conocía y fue mi amante... ¿Qué más piensas hacer ahora?

–Haremos ambos –le contesta Ricardo–. Convendría ir al registro civil a ver si, en septiembre del cincuenta y uno, hay algún Damià Borràs inscrito. Si no está... Y eso podrías hacerlo tú mañana por la mañana, antes de ir a la clínica. Con una propina y una sonrisa de las tuyas, estoy seguro de que el funcionario te lo buscará enseguida, sin que tengas que volver.

–Puedo probarlo. ¿Y tú?

–Hablaré con Mercè, a ver si me da un hilo...

–¿Qué Mercè? ¿Alcorrubia?

–Sí. No me gusta, ni sé cómo hacerlo, pero...

–¿De qué la conoces? –le corta la chica.

–Es vecina mía, Jordina. Por fuerza debe ser ella.

Le explica en qué se funda para creerlo así, y vuelven a referirse a ella al cabo de más de una hora, cuando, en la cama y abrazados, aún con los ojos tiernos que deja el amor hecho con gozo, ella se separa un poco y, siguiéndole la línea del anca con una caricia que se mantiene, le mira y dice:

–Y si te reconoce, ¿cómo crees que podría ser si quiere que duermas con ella?...

–Tiene cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, Jordina.

–Razón de más. ¿Que no soy también yo, mayor que tú?

–Pero no tanto.

–No me has contestado... Al fin y al cabo, a su manera, te quería.

–Y fue lo suficientemente generosa para facilitarle las cosas a Damián, cuando conoció a Natalia.

–¿Quieres decir que también debo serlo yo, si es necesario?

–No tengo ninguna intención, ni ganas, de dormir con ella
–rehuye él una respuesta concreta.

–Pero si ves que te puede contar cosas y que contártelas pasa por su cama...

Ricardo le toca los senos, le sonrío, y ella le agarra las nalgas, ajustándolo contra ella.

–Crees que estoy celosa y te ríes... Pero es que hace muchos años que te quiero, Ricardo. En serio. Siempre pensaba que volverías... que vendrías... No sabes qué ilusión me hizo verte allí, en el común de la clínica. ¿Te importa mucho que tenga ocho años más?

–No me importa nada. Lo has visto, ¿verdad?

–Sí, Ricardo... Estoy contenta de encontrarme en la cama contigo.

Ella lo besa, ahora subiendo un muslo por su cuerpo, medio encarcelándolo bajo el vientre y, entonces, acercándose a él hasta que separa los labios y enderezándose, con las manos que reposan en el pecho del muchacho, dice:

–¡Ojalá no me olvide nunca!

4

El teléfono le despierta a las nueve, y siente la voz de la madre que debía estar en el lavabo y que tiene una conversación breve, en voz baja. Después, en el cuarto, cuando se levanta y sale del dormitorio, sabe que era de la editora para la que antes de ayer ha terminado la portada.

–No he querido gritarte porque ya he visto que no era nada urgente.

–No; una cubierta. Como ellos hacen jornada intensiva y se ponen en el trabajo a las ocho, creen que todo el mundo es temprano.

Pero les llama una vez que se ha lavado, y resulta que sí les corre prisa, ya que han adelantado la fecha de publicación del libro.

–Y me gustaría que hicieras un par más –le dice Obial, el director–. ¿Puedo contar con ello?

–Supongo... Pasaré este mediodía, tarde, antes de cerrar –le promete.

La madre, que ya ha desayunado, pero está en el comedor, le dice:

–Me olvidaba... Ayer por la tarde te llamaron por un cartel de no sé qué asociación. Volverán hoy. ¿No tienes que salir ahora?

–No... Hasta la una.

–Lo digo porque tengo que ir a la plaza...

El teléfono, que llama de nuevo, la interrumpe, pero esta vez no es para él, y por el tono de la voz de la mujer enseguida sabe que se trata de Víctor. Aunque se vean tan a menudo, se telefonean con regularidad, si bien siempre en horas irregulares si lo hace él. No se dicen nada que importe, nada sustancial, pero a su madre le gusta y ahora mismo, cuando por fin cuelga el aparato, tiene una cara complacida.

–Era Víctor –confirma.

–Te tiene muy abandonada –bromea Ricardo, y ella le sigue el humor:

–Será necesario que me queje... –Señala el plato de las tostadas que le ha hecho–: ¿Sólo una?

–Son muy gruesas.

–O quizás es que ayer cenaste demasiado bien.

–No puedo quejarme; Jordina hace unos bocadillos muy buenos.

–¿Y te ha tentado para repetirlos esta noche?

–Eso es lo que más me gusta de ti, madre: que siempre eres tan clarividente.

–¿No lo son todas las madres?

Y, como tantas veces, se sonríen vagamente maliciosos, confortables. ¿Quién iba a decirlo, piensa, que se recuperaría de esta manera, después de aquellos largos meses de desmoralización? Una vez más, le enternece que su debilidad sea su fortaleza y, al dejar la mesa y mientras ella recoge los platos, la besa en la mejilla. Ella se endereza, halagada.

–¿De verdad es para mí?

–Ya sabes que soy un hijo cariñoso... Y ahora me voy a trabajar un rato.

De hecho, una vez en el estudio, se entretiene en releer las páginas de la narración de Jordina; selecciona unas cuantas, las cuales se pone en el bolsillo y después, cuando la madre sale con el carro ce la compra, hacia la plaza, espera un rato prudencial antes de abandonar el piso y llamar al de al lado. Confía en que la Mercè Alcorrúbia esté, a esa hora, y hasta supone que todavía podría estar en la cama; se levanta tarde y siempre son las doce o las doce y media cuando se va a comprar a las tiendas del barrio o al supermercado que tienen tan cerca.

Pero se equivoca. La mujer ya se ha vestido y peinado cuando le abre la puerta y le hace pasar, extrañada de que él, como le dice, tenga que hablarle. Más se queda cuando, una vez en el comedor, donde hay ropa sobre la mesa y en una silla, precisa que quiere leerle una cosa y la tutea.

–Creo que te puede interesar –añade al sacar las hojas y desplegarlas.

–¿Escribes? –dice ella–. No lo sabía.

–No, no escribo. Años atrás, antes de que tú vivieras aquí, un pariente que se murió nos dejó unos papeles que nunca se ha mirado a nadie, o que el padre y la madre se miraron muy por encima. Y ahora, cuando los he descubierto en un cajón y los he leído, me he encontrado con esto.

–¿Pero son cosas tuyas, privadas? –se medio inquieta la mujer.

–No. Ya lo verás. Escucha...

Con las páginas extendidas en un hueco de la mesa que la ropa deja libre, lee el fragmento que explica cómo Mercè y Damià se conocieron en la plaza de Maragall, y lo hace sin dejar de espiarla con el rabillo del ojo, no porque le atraiga especialmente el ufanor del busto subrayado por el jersey que ella ha tenido la debilidad de ponerse, sino por no perderse sus reacciones, que son inmediatas. En el momento en que se dice que confía la abuela al muchacho

ya se ha puesto tan pálida que se diría que está a punto de cogerle un mareo, pero él continúa hasta que ve las lágrimas y siente el susurro:

–No puede ser...

Levanta entonces la cabeza para mirársela francamente, observa unos segundos más el lagrimeo y el cambio de color de la cara y pregunta:

–¿Eres tú, verdad?

Mercè asiente con la cabeza y, como no debe llevar pañuelo, se levanta el jersey para secarse los ojos sin pensar que debajo no lleva nada y muestra, pues, el estómago y un breve fragmento del pecho derecho. Pero es un gesto inútil, porque mientras se seca llora más, interrumpiendo largamente la lectura cuando Ricard, al verla tan desconsolada, va a sentarse a su lado e intenta confortarla.

–No te lo tomes así, Mercè... No te lo he leído para que te pongas así...

Ella le coge la mano y llora:

–¿Y dices que murió?

–Tranquilízate, Mercedes. He hecho mal haciéndolo...

–No –y la mano afianza a su presa–. No... –Vuelve a secarse los ojos con el jersey que aún sujeta con la otra mano y dice–: Léemelo todo.

–Cuando te hayas calmado.

–Sí... ¡Y tú te pareces tanto, Ricardo! Si fuera posible, diría que eres el mismo. Incluso ese pequeño lunar, sobre el bigote... ¡Dios mío!

La mano que lo pulsa sube con la suya, que se queda debajo cuando la reposa contra el pecho con un gesto de angustia, y Ricard nota, en la palma, la flexibilidad del seno, la dureza del pezón protegido por el jersey.

–No es tan raro, Mercè. Éramos parientes.

Y ella, como de repente consciente de ese contacto, se ruboriza con tanta violencia como había palidecido primero; la cara, donde las lágrimas han dejado surcos, toma aquella expresión púdica que la hace atractiva, pero no por eso deshace el gesto; sigue reteniendo la mano, como si esa posesión la compensara un poco de sus nostalgias.

–Ya sé que se amaban... –dice él.

–Pero me dejó por otra.

–Tú tenías un amigo, Mercè. El Garriga Barón. Y te fuiste a Madrid con él, de donde sólo le escribiste un par de veces.

–Sí, sí, tienes razón. Es que quizá entonces... Él me lo prohibió.

–¿Garriga Barón?

–Me encontró una carta... Y yo, por miedo, le obedecí.

Poco a poco se lo va contando todo, afianzando, con variantes menores, la historia que narran los papeles e incluso algunas de las suposiciones de la reconstrucción que hizo Jordina, y habla entonces de su estancia en Madrid, donde Garriga Barón, caído en desgracia por sus errores en Barcelona, durante la huelga, ya no podía mantenerla con la misma esplendidez y, a menudo se comportaba de una manera poco agradable. Muchas veces tuvo la intención de dejarlo, pero no se atrevía, ya que un día que discutieron mucho él la amenazó con hacerla detener por prostitución; cerca de algunas personas todavía tenía suficiente influencia.

Y entonces, a principios de los cincuenta y dos, murió.

–¿Y la abuela?

–Aún vivía.

Regresaron a Barcelona, donde fueron a vivir en una casa nueva cerca de la Meridiana e hizo otra vez jerséis para la misma tienda que antes le daba trabajo. Buscó a Damián,

pero nadie sabía nada de él y en la Bordeta le dijeron que Natalia había muerto de parto.

Lo dice nuevamente como angustiada, moviendo y pulsando la mano que se pega con el extremo del jersey alzado y lo sube más, haciendo descansar la palma del chico sobre la desnudez de los abundantes senos, y entonces, en su aprieto, abate la cara contra el hombro que le acoge y él siente como las lágrimas, que se vierten otra vez, le empapan la camisa. La palpa, seguro que lo quiere, pero pregunta:

–¿Tuviste otros amantes?

–Sólo uno, hasta que la abuela murió, en el año cincuenta y seis.

Tenía un rinconcito y, sola, con los jerséis ya podía mantenerse. Pero pensó en irse a Argentina, y sus padres también lo querían. Ya había pedido el pasaporte cuando por el telegrama de un encargado del negocio de su padre supo que ambos habían muerto en un accidente de aviación cuando volvían de un viaje a Norteamérica. Fue, pues, a Buenos Aires, pero ya no para quedarse, sino a realizar todas las gestiones necesarias para resolver la cuestión de la testamentaría y, después, vendió el negocio y regresó a Barcelona.

–Desde entonces siempre he vivido sola, primero en el paseo de Sant Joan, donde el piso era demasiado grande para mí... –añade melancólicamente y, al mismo tiempo, más serena.

–¿Por qué no te has casado?

–Creo que no sabría vivir con otra persona. Y tampoco le hago gracia a nadie, ya.

–No creo, Mercè. Tienes un buen carácter, estoy seguro de que eres amorosa y, de hecho, así lo dice Damián.

Ella se endereza, y el gesto hace resbalar la mano de Ricard, que se queda en su regazo.

–Damián... Tenía sus cosas, pero éramos muy felices, ambos. ¿Cuándo murió?

–Hace muchos años, diez o doce atrás, todavía muy joven. Tenía una enfermedad del hígado y tuvieron que operarlo –va improvisando con aplomo–. Era feliz, dices, pero le cediste a Natalia... ¿Natalia cómo? –se le ocurre en un momento de inspiración.

Mercè mueve la cabeza y le busca de nuevo la mano, sin moverla, sin embargo, sé dónde reposa.

–Natalia Barell... Se fue, Ricardo –suspira–. Tuve que consentirlo para no perderlo por completo. Yo ya me hacía

cargo... También en el carácter era como tú. ¡Cómo me lo recuerdas! –repite–. Y las manos... –dice levantando la que sujeta–. Son como las tuyas, y tocan como ellas...

Los ojos, bajo un parpadeo, se hacen de nuevo púdicos al mirarlo como si no se atreviera a hacerlo, y tienen una dulzura joven y tentadora que se acentúa cuando Ricard, ahora espontáneamente, acerca la mano a los senos sobre los que el jersey se ha ido escurriendo y les toca al momento que la mujer añade:

–Ahora quizás ya no le gustaría. Ahora ya no puedo agradar a nadie.

El chico se da cuenta perfectamente de que coquetea, que ahora quizá incluso tiene ganas de seducirle, y le conmueve un poco que no haya cambiado mucho de cómo era veinte años atrás, según explican las páginas de Damià. Al mismo tiempo siente algo de pena al pensar que, verdaderamente, cree que ya no es atractiva cuando en ella, en su comportamiento, hay algo seductor. Por eso le dice:

–A mí me gustaste a los quince años, cuando viniste a vivir aquí, ese día que nos visitaste, ¿te acuerdas? Llevabas unas faldas un poco estrechas que te dibujaban todos los muslos... Y tú me mirabas mucho.

–Porque te parecías ya tanto a Damián... Hasta que has estado exactamente como él. –Pero entonces reflexiona–: Nunca me había hablado de vosotros. ¿Qué os tocaba?

–Un primo de papá, pero no habían tenido ocasión de relacionarse. Fue después...

Siente el teléfono, que llama al otro lado de la pared, en su piso, y se levanta apresuradamente.

–Es para mí –dice, y recoge las hojas de la mesa–. Ya te lo acabaré de leer en otro rato. ¿O quizás lo quieres leer tú?

–No. Ya lo harás.

Él mueve la cabeza, asintiendo, y corre.

Jordina llama cuando aún no lleva ni cinco minutos colgado el teléfono, después de haberse avenido a diseñar el cartel de unos actos que celebrará una asociación pro-amistad entre los pueblos, por la que cotiza, pero ya ha tenido tiempo de hojear la guía y de encontrar un único Barell que tanto puede ser como no ser un familiar de Natalia.

La chica habla desde una cabina pública donde no todo funciona bastante bien, pues aquí y ahora la voz se aleja y, cuando vuelve, se oye demasiado cerca.

–Acabo de salir del juzgado –le dice–. No está.

–¿Te han puesto pegas?

–No, ninguna. Para que no se extrañara, le he dicho al funcionario que el certificado de nacimiento era para un amigo, emigrado a Alemania, que al pedírmelo se había olvidado de precisar el día, porque debió pensar que lo recordaba... ha estado muy amable, quizás porque no había gente.

–O por la sonrisa.

–También –ríe la chica–. Por cierto, que mientras buscaba se me ocurrió una manera de saber el nombre de Natalia. Si lo sabíamos, quizás podríamos encontrar su dirección de cuando vivía con la familia y, por ellos, el lugar en el que trabajaba. Aún habrá gente que fueron amigos de ella, y de Damián.

–¿Y cuál es esa forma? –se interesa Ricardo, curioso.

Según ella, puede ser sencillo. En la clínica existe un registro donde se anotan las fechas de entrada y salida de los pacientes y el motivo por el que han sido internados. Si la chica ingresó el día dieciocho de noviembre, como se desprende de las páginas encontradas en la cajonera, todo es cuestión de buscar el libro correspondiente a ese año.

–Y me lo puede facilitar, todavía –añade–, que una de las chicas que trabajan en las oficinas es bastante amiga mía... ¿De qué ríes? –se corta.

-De las coincidencias. Porque mientras tú pensabas en cómo averiguar el apellido de Natalia, yo lo obtenía de Mercè.

-¡Ah! ¿Has hablado ya?

-No hace ni diez minutos que la he dejado de lo más conmovida por el recuerdo de Damià. De paso: confirma que soy exactamente como él.

-¿Ves?

-Sí, Jordina, veo. Pero ya quedamos que teníamos que verlo claro, explicarnos todas las contradicciones que continúan. En el juzgado no has encontrado a ningún Damià Borràs y eso, si por un lado confirma que no nació, o sea que no ha existido nunca, por otro está en desacuerdo con lo que nos dicen unas personas que lo han conocido, y subrayo estas palabras, Jordina...

-Pero estas personas no mienten, Ricardo... ¿Te ha dado la impresión de que mentía Mercè?

-No. Vivió con un Damián, no tengo absolutamente ninguna duda, y reconozco que su testimonio es impresionante. Los papeles que encontraste en la cajonera podía escribirlos cualquiera, y cualquiera podía poner una fotografía mía. Pero Mercè me ha reconocido, y no puedo creer que forme parte de una especie de complot contra nosotros dos. Y al decir contra, lo digo por decirlo de alguna

manera, porque ¿qué sacaría, o en qué puede perjudicarnos? Y sería necesario que éste o ésta que nos quiere envolver estuviera al corriente del viaje, y que tú lo puedes hacer desde hace años... No hay por dónde cogerlo –concluye.

–Por ahora –responde ella, optimista–. ¿Hasta la noche?
–pregunta con otra entonación.

–Pero después, después de cenar. Es decir, si tienes ganas...

Se imagina que debe sonreír cuando la amenaza:

–Esta duda me la pagarás.

–¿Cómo, Jordina?

–¿Crees que puedo confiarlo en el teléfono?

Y también él sonríe, antes de colgar.

A las tres y media, cuando sale nuevamente de casa pese al trabajo que le ha dado Obial, Mercè, que le debía espiar, abre silenciosamente la puerta y le hace señales de que se acerque. En el mismo vestíbulo, susurra:

–¿Le has dicho algo a tu madre de esto de esta mañana?

–No. ¿Por qué?

–No me gustaría que nadie lo supiera.

–Por mí, no lo sabrá.

–Yo la quiero mucho y me sabría mal que pensara...

–No te preocupes, Mercè. Es nuestro secreto, ¿eh?

–Ya sé que quizás no debería haberme dejado tocar –murmura aún más bajito y con una caída de ojos casi virginal–, pero tienes unas manos como él –le recuerda– y a él nunca sabía decirle que no –confiesa con una expresión de voz que casa extrañamente el orgullo y la humildad.

–No tienes que reprocharte nada, Mercè –le asegura Ricard, eludiendo la invitación. Tan cordial como desconfiada e incluso hostil es la actitud que al cabo de tres cuartos, en el Poble Sec, observa la madrastra de Natalia, pues sí que son ellos los Barell de la guía telefónica o, mejor dicho, ya sólo es ella, una mujer de cincuenta y tantos años que vive sola desde que el marido se le murió.

–Se fue con un hombre, aquella –le dice–. No pensaba en otra cosa, y como su padre no se lo consentía... ¿Pero usted quién es?

El chico, que por el camino ha preparado la respuesta a una pregunta previsible, explica:

– Soy un amigo de su hijo, Ricardo.

–¿Y aquí viene a buscarlo? Ni sabía que tuviera ninguno, porque nunca la hemos visto a ella.

–Sí. Damián. A veces hablaba de sus abuelos del Poble Sec.

La suspicacia de la mujer, que ni le ha abierto la puerta y le habla desde una ventana que abre al patio de luces, aumenta, y no hace nada por esconderlo.

–No lo creo –dice–. ¿Qué busca usted?

–Pues eso... Damián. Nos perdimos de vista hace un par de años, cuando yo me fui a trabajar fuera de Barcelona, y ahora, al volver, como no lo he encontrado donde vivía, se me ocurrió que a través de ustedes, los abuelos...

–¿Y nuestra dirección cómo la ha sabido?

–Por el teléfono.

La respuesta, tan plausible que debería desarmarla, da todavía pábulo a sus recelos.

–No me gusta... Se oyen decir tantas cosas... Se me hace muy raro todo esto. Algún lío hay...

–¡Señora! –protesta el chico–. ¿Acaso le he pedido dinero? ¿O he querido entrar en su casa? Le hablo de su nieto.

–No tengo ninguno. Y aquella sinvergüenza ni al entierro de su padre vino.

Y él, herido por la expresión que se aplica a una chica que sólo conoce por los papeles, pero en cuya suerte debe creer a la fuerza ahora que se encuentra ante la madrastra, le dice:

–No podía venir, señora. Ya hacía tiempo que estaba muerta.

Y se da vuelta, escaleras abajo, abrumado por la evidencia que ahora le salta a los ojos: uno puede segregarse de los suyos o ser segregado de una manera tan definitiva que aun destruye el respeto humano.

Detrás suyo la ventana se cierra con un golpe que hace vibrar los cristales, pero ya se ha abierto una puerta, en los bajos, desde cuyo interior, más o menos como una hora atrás Mercè, una mujer le hace señales y después, repitiendo casi con exactitud la escena de la calle de Buenos Aires, le hace entrar en el vestíbulo. No por proceder a ninguna seducción, ahora, sino por decirle:

–No la crea de nada, a esa bruja... Lo he tenido que oír todo, porque ya ve como habla –se excusa al acudirle quizás que puede pasar por cotilla–. Sabe, que Natalia tuvo un hijo... O que lo esperaba, porque yo misma se lo dije. ¿Y sabe qué me contestó? Me acuerdo muy bien, aunque hayan pasado tantos años. «Solo pido que la haga sufrir tanto como ella me ha hecho sufrir a mí». ¡Ya lo ve! ¡Natalia, que era de lo más dócil y buena niña!

–¿Y cómo se enteró usted de que tenía que tener una criatura?

–Nos encontramos un día, cuando ya estaba avanzada, y me contó que vivía con un chico, no sé si cabe en Hospitalet.

–A Bordeta –le enmienda Ricardo.

–Quizás sí. Pero ya nunca la volví a ver. He oído que le ha dicho que estaba muerta...

–Sí, al dar a luz, por lo que tengo entendido.

–¡Pobre Natalia! Yo me la quería como una hija, y que pudo serlo, porque me quedé viuda pocas semanas antes de que se quedara Bernat y, durante un tiempo, antes de que se presentara ésta –y con los ojos señala hacia arriba –, parecía como si él... ya me entiende. No acertó, el pobre hombre. Con la vida que le dio...

–¿Natalia trabajaba en una casa del ramo textil, verdad?
–la interrumpe el chico–. ¿No sabe dónde?

–Sí; era hacia Sants. Cerca de la Torrassa, me parece. Aún estaba entonces, ese día que nos encontramos. Antes había estado en otra, hacia la plaza de España... ¿Así que su chico es amigo de usted?

–Sí, lo era.

–Aquí nunca ha venido. En eso sí le ha dicho la verdad.

–¿No habló ella de su hombre ese día que se vieron?

–Un poco, sí. Trabajaba en una biblioteca, o en un diario, no sé... Era un buen chico, se llevaban muy bien, pero claro, ella tenía esa pena dentro... –suspira–. Hay mujeres que hacen mucho daño, cuando se ponen en una casa.

–Sí, es cierto –dice él, convencional, y levanta la mano hacia la cerradura–. Y gracias por llamarme.

–Me ha sabido mal que se fuera con esa impresión que le ha dado Sabina. Natalia no había corrido nunca, detrás de los hombres. Más bien ella...

Pero Ricardo ya abre la puerta, obligándola a callar, y vuelve a graciarla, pasando por alto la mirada de reproche que la mujer le dirige. Ahora tendrá que quedarse muchas historias en el buche.

Jordina tampoco ha tenido la suerte que esperaba. Su amiga de la administración no sabe si unos registros tan viejos se conservan y, si los guardan, deben estar en el archivo, donde hay un gran desorden de papeles porque nadie se preocupa ni parece ser se haya preocupado nunca. Si tiene algo de tiempo, sin embargo, tratará de buscarle el correspondiente al año cincuenta y uno.

–Y no lo hará, porque es de las que siempre lo aplaza todo.

–Bien –dice él–, no importa mucho. Sea lo que sea que encontráramos, no creo que nos solucionara ninguna contradicción. Habrá que acudir al pasado, Jordina.

Pero ella se opone ahora.

–Hoy he pensado mucho en eso, y no me hace ninguna gracia, Ricardo. ¿Por qué no lo dejamos correr? No quiero exponerme a perderte.

–¿Perderme? –se admira el chico–. ¿Quieres decir que tienes miedo de que me quede?

–O que no vuelvas de la misma forma. Si lo que dicen los papeles es verdad, tú eres Damián, y nos amamos. Pero ahora no lo eres, y si nos hemos encontrado es exactamente por casualidad.

–Anoche hice un viaje, Jordina, y todo fue bien. Volvió el mismo Ricardo que se había ido.

–Ya lo sé. Prescindiendo que estabas conmigo, que una vez que las cosas salgan bien no quiere decir que tengan que salir siempre. Cuanto más lo pienso más asustada estoy. No vayas, Ricardo –le pide–. Imagínate que lo volvieras a olvidar todo...

–Probablemente también lo olvidarías tú. No te preocuparías, pues.

–Basta que me preocupe ahora. Te quiero, Ricardo... Te quiero. Y si tú me quisieras como yo... Claro que no puede ser –reflexiona, esforzándose en mostrarse objetiva–. Hace tres días que me conoces, mientras yo pienso en ti desde hace años, ya lo sabes. El sentimiento no puede ser el mismo. Ya sé que te gusto, pero...

Ricardo avanza los labios y le encarcela la boca, no bien para acallarla, puesto que enseguida los desplaza barbilla abajo, hasta el cuello, donde la muerde mientras ella echa la cabeza hacia atrás, sin esconder que le place aquella iniciativa, despreocupada de que la ventosa labial le deje pequeñas marcas en la piel, pero lo suficientemente lúcida para entender la finalidad de aquella empresa de seducción, pues después reitera y modifica:

–Incluso que te gusto mucho...

Y él la interrumpe de nuevo, esta vez por razonar:

–¿Qué sabes, Jordina? Que tengas más experiencia, que hayas querido a más hombres...

–No he amado a otros hombres –protesta la chica–. Me han gustado simplemente. Por eso sé que hay una diferencia.

Ricardo sonrío y repite el gesto de la otra noche, cuando con la mano le echaba el pelo hacia atrás para dejar libre, limpio, el óvalo de la cara.

–Curiosa querella de enamorados... Quien ama más, quien ama menos, si se ha amado antes... –Con un dedo, que avanza desde la oreja, le dibuja lentamente el arco ciliar en dirección contraria a la inclinación del vello, hasta el nacimiento de la nariz, por cuya arista desciende-. ¿Y Damián? No el chico de la foto, sino el muchacho de carne y hueso. Tú misma me dijiste que había habido un gran amor entre vosotros.

–Es éste, Ricardo; es esto mismo.

–¿Por qué no dejas que me asegure de ello? Estabas bastante bien dispuesta.

–No había reflexionado lo suficiente. No quiero que me vuelvas... que volvamos a olvidarnos. Por favor, Ricardo... –y cuando ve que el chico vacila–: Siempre estamos a tiempo de hacerlo. El pasado está allí, no se irá...

–Bien... Quizás podríamos encontrar una manera de impedir que haya olvido –se resiste todavía él.

–¿Cuál?

–No sé, Jordina. Habrá que pensar en ello.

–Más adelante –repite la chica–. Hemos tenido todavía tan poco tiempo de querernos... Y tampoco te puedes ir así como así, está tu madre, tu trabajo –se le ocurre.

–Es cierto –le concede, y vuelve a sonreír a los ojos que le miran esperanzados–. Una chica que ama piensa en todo, ¿verdad?

Le dice que sí con la cabeza, contenta y maliciosa, y mueve los labios con un movimiento de beso que obliga a Ricardo a adelantar los suyos, y las manos que, al encontrarse las bocas, la tocan, la abrazan.

5

Es dos días después, mientras trabaja en el estudio, que encuentra la fórmula e interrumpe el trabajo para redactar dos notas breves, pero que le parecen suficientes y que aún tardará veinticuatro horas en someter a la aprobación de la chica.

«Vengo del año 1973 –dice la primera–, donde soy Ricard Sureda, el amante de Jordina Artola, que espera mi regreso a la calle de Castellnou, en el mismo lugar donde he iniciado el viaje en el tiempo. No importa que lo haya olvidado y que parezca inverosímil. Es necesario que vuelva cerca de ella, donde lo entenderé todo. Le he prometido que lo haría al cabo de una semana».

«Espero a Ricard Sureda –dice la segunda–, que ahora, en 1973, antes de hacer un viaje al pasado, es mi amante, y no me extraña que vuelva con otro nombre, quizá el de Damián, o que se me haya borrado de mi memoria nuestra relación».

Las guarda cuidadosamente, escondidas entre los papeles de un cajón que no cierra, seguro que su madre no va a mirar. Siempre ha sido discreta y respetado sus cosas.

También respetará ahora el proyecto que ha ido forjando, porque enseguida ha entendido lo difícil que le sería ausentarse durante más de un año para repetir, en su integridad, el periodo que, según los documentos de la cajonera, Damià va a vivir en el pasado. Habría que inventar una estancia en el extranjero, buscar cómplices a través de los cuales enviar regularmente a la madre unas cartas escritas por adelantado... Por otra parte, cree que con unos días puede tener suficiente para comprobar los datos más interesantes y que, sea como sea, si conviene o no queda satisfecho, nada debe privarle de hacer un segundo, o un tercer viaje de complemento.

Le habla mientras comen, cuando ella hace un comentario sobre el esbozo del cartel, que ha visto en el estudio, y él explica:

–Quisiera terminarlo entre hoy y mañana, porque tengo medio pensado irme de vacaciones... Unas vacaciones cortas, de siete u ocho días.

–¡Ah! –exclama la mujer–. Esto sí que son noticias. Te lo tenías muy callado.

–No es raro. Anteayer ni yo mismo lo sabía.

–Entre esto y lo de medio pensado ya veo que no depende exactamente de ti –comenta la madre con la chispa de malicia habitual.

–Sí, sí, depende. Ella lo quiere.

–¿Jordina?

–Jordina. Tiene una semana.

–Sólo una semana, ¿y en ese tiempo?

–Es que no pudo coger más días. Cuestión del trabajo. Es enfermera, ¿sabes?

–Me lo dijiste. ¿Y dónde pensáis ir?

–Hacia el norte. Algo al azar. Al tener coche no hay problema.

–¿Y qué hace que todavía no lo hayáis acabado de pensar?
–le hurga ella.

–Nada, de hecho. Era una forma de decir. Ya sé que no te importa quedarte unos días sola.

–Sobre todo cuando sé que estás bien acompañado –dice ligeramente irónica–. ¿Cuándo os váis?

–Pasado mañana.

–¿Será necesario que te prepare algo? Hacia el norte hará frío...

Así es de sencillo, pues. Quizás no lo sería tanto, o habría objetado a aquella precipitación, sin Víctor, con el que incluso tendrá más libertad de verse durante su ausencia; es posible que alguna vez aún se quede a pasar toda la noche a su lado, como no hace ahora, probablemente para guardar el último e inútil pudor de que él, Ricard, la encuentre siempre en casa al despertarse al día siguiente.

Un pudor distinto al de Mercè que, la mañana siguiente, aprovecha que la mujer esté en la plaza para llamar al piso con la excusa de que debía pedirle una receta de cocina, ella que, según la madre, es perezosa para todo lo que se relacione con los fogones y poco amiga de requisitos, si es necesario. La ocasión, que evidentemente ha buscado, le sirve para recordarle que todavía no le ha leído del todo aquel manuscrito, pero cuando el chico se aviene a complacerla, pidiéndole que entre en el estudio, niega con aspavientos:

–¿Qué diría tu madre si volviese? Me avergonzaría toda...

–No tienes que ser tan tímida, Mercè –le reprueba el chico, que disimula una risita.

–No puedo hacer más... ¿Por qué no vienes a casa?

–Vale –concede–. Pero ahora no puedo.

Ella le recuerda, oportuna:

–Si podías leerlo aquí...

Cede, pues, algo curioso para ver a qué maniobras se entregará la mujer, y totalmente cogido por sorpresa cuando, a los cinco minutos de lectura en el mismo comedor, donde todavía hay ropa esparcida sobre la mesa, Mercè, que hoy no ha llorado, le pide que haga una pausa, porque está escalofriada; recordar todo aquello le ha desquiciado tanto que tiene la piel de gallina.

–Mira... –dice, y le muestra los brazos desnudos, pues esta mañana lleva una blusa oscura, sin mangas, como si estuvieran en pleno verano.

Y es cierto, lo está; desde la muñeca hasta sobre los codos, la piel blanca se ve emborronada bajo un vello clarito y fino que se ha erizado.

–Y no es sólo los brazos, sino también los muslos –lo entera, y retira las faldas un poco más arriba de lo que los guardan las medias–. ¡Soy tan sensible! –se lamenta–. Me

ocurre muchas veces, cuando pienso en él, porque siempre me emociono.

–Eres demasiado sentimental, Mercè –murmura él, que no sabe muy bien cómo comportarse ante aquellas dos columnas de apariencia aún compacta y que las medias y la presencia del portaligas contribuyen a hacer sugestivas.

–¡Basta que me lo digo! –asiente la mujer–. Y ahora, al hablarlo, aún es peor... Me cogen escalofríos y todo. Y, al mismo tiempo, tengo la carne que me hierve. Mira...

Pero ahora se trata de tocar, puesto que le acompaña la mano hasta los muslos con una expresión de cara entre decidida y confundida que enseguida, al oír el tacto de los dedos, parece que se sobresalte, como alarmada por un sentimiento de modestia que la hace balbucear:

–No sé si... ¿Qué vas a pensar, Ricardo? ¡Pero es que te tengo tanta confianza!

–Ya lo sé, Mercedes. No creas que tengo que abusar de ello –dice.

–No... –Y, nerviosa a pesar de todo, o quizás precisamente para respuesta, las manos, que parece que no sepan qué se hacen, suben todavía un poco la ropa, lo suficiente para que Ricard pueda regañarla:

–Te has olvidado de ponerte las bragas, Mercè.

–¿Ah, sí? Qué vergüenza...

Pero es él quien, al ver que el desconcierto le priva de taparse, debe ir bajando sus faldas hasta las rodillas antes de decirle casi perversamente, si bien señalando los papeles:

–Los acabaremos otro día, ¿no?

Jordina, que ha leído las notas y ha escuchado sus explicaciones mientras cenaban en una taberna del barrio de Santa Caterina, ahora, cerca de la una de la madrugada, al salir del cine, comenta:

–No sé si vas a ir. He estado pensando en ello...

Según ella, si no se puede entrar en su propio tiempo, también parece razonable creer que nadie puede viajar a un período en el que ha vivido circunstancialmente y donde corre el peligro de encontrarse consigo mismo. Esto, claro, limita la libertad de los viajes y, teóricamente, podría hacer que una persona, a pesar de poseer la habilidad, no pudiera trasladarse a ninguna parte si ya ha viajado por todas partes.

–No lo sé por experiencia, porque nunca he repetido el momento –le dice–, pero a poco que reflexiones sobre ello... Aparte de la duplicación, que quizá no se produciría si coincidías exactamente con el tú que hizo un viaje anterior, ya que entonces se identificaría, resultaría que, cada vez, podrías alternar tu vida en aquella época y, por tanto, cambiar el futuro. Imagínate que en un segundo viaje, ahora,

ves a Mercè con su abuela en la plaza de Maragall, pero te levantas del banco antes de que hayas entrado en relación. Lo que hagas será otra cosa, y también lo será lo que haga ella.

–Se perderá un amante –sonríe él, pero inmediatamente se pone serio–. Sí, lo veo muy bien. No nos hablamos, cada uno sigue su camino y, al volver, como no nos hemos conocido, no me reconoce. Sigo siendo el chico Sureda, hijo de los vecinos, si es que también vive junto a casa, y nada más. No tiene mucho sentido.

–Por eso digo que no se puede. Tendrías dos vidas, una en la que estás y una en la que no estás... Quizás tengamos que considerar el lugar donde ya se ha ido como un lugar ocupado.

–Quizá sí... Y sin embargo –pondera– estas dos vidas ya las tienes ahora, según te lo mires. Hay un agosto de 1950 en el que Mercè no ha podido conocer a ningún Damián, porque el chico todavía no ha podido ir. Es un poco lo de los papeles de la cajonera. Si no aceptamos que, de alguna forma, el futuro puede ser anterior al pasado...

–No –mueve ella la cabeza–. Se podría viajar allí, en este caso. Y todo, pasado, presente y futuro sería simultáneo.

Se estremece, acurrucada contra él mientras caminan paseo de Gràcia arriba, hacia la Diagonal, y él, que le pasa el brazo por el hombro, la aprieta con más fuerza, la mira.

–¿Tienes frío?

–Un poco. Me ocurre siempre, cuando tengo la regla. Incluso en verano.

–Cogemos un taxi aquí mismo, pues.

–No, no; me gusta andar... De todos modos, pronto lo sabremos a ciencia cierta.

–¿Qué?

–Si en serio no puedes entrar. ¿A qué hora vendrás?

–Después de comer. Como es tu día de fiesta, puedo hacerlo por la tarde... Pero no voy a retroceder tan lejos. Por el momento, me interesa más la última semana.

–¿Por Natalia? –y lo mira fugazmente, aunque lo suficiente para que Ricardo no se dé cuenta.

–Y por la criatura. Es un período particularmente importante, sobre todo si fuera Damià. ¿Repetiría todo lo que hizo? Según cómo –bromea– podríamos volver a encontrarnos en el común.

–Ya sabes que no.

–Y es una lástima. Pensando en ello, fue bonito. Yo allí, medio aturdido, sin saber de dónde salía, dónde iba, y tú tranquilamente sentada en la taza, como si nada fuera tan normal como orinar ante un desconocido.

–No del todo... –inclina la cabeza–. ¿No te inquieta la posibilidad de que, al volver, podríamos tener que aprender a conocernos de nuevo? No importa que, en las notas, digamos que somos amantes. Podríamos no querernos, ya.

–Nos hemos amado ahora, Jordina...

–¿Y si no fuera siempre así? Si nos volvemos a olvidar y, mientras estás fuera, ¿conozco a otro hombre y le quiero? ¿Podría ser, verdad? Como también podría ser que, mientras le quiero, porque te he olvidado, tú me recuerdes y me quieras... Ricard –levanta una mano y le toca la cara, casi temblando–. No quiero que suceda. Quiero que seas feliz conmigo.

–¡No digas tonterías, Jordina! ¿Cómo puedes enamorarte de otro en siete días?

–¿No me he enamorado de ti enseguida?

–No. Estaba la foto. Si alguien se ha enamorado deprisa soy yo. Quizá es que soy enamoradizo por naturaleza. O que me siento particularmente atraído por las chicas que sorprendo orinando.

Jordina sonríe vagamente, siempre palp ndole la cara con una caricia que ya parece llena de melancolía, de añoranza, y él se la coge para besarle la palma.

–Es halagador que me quieras tanto –añade.

–Quizá porque tengo treinta años, Ricardo. Es una edad para amar en serio.

–Entonces estoy en desventaja...

–Estar as siempre. Los hombres siempre están ahí.  Me acompa ar s?

– Con el taxi? Ya te he dicho que sí.

–No. Toda la noche.

–Eres tú quien no quería.

– No lo quería?

–Lo has dicho –le recuerda el chico–. Cuando cen bamos.

– Y si no me atrevía a decir nada más? –vuelve a interrogar la chica.

– Y ahora osas?

Parpadea afirmativamente, con la boca muy cerca de la suya, ahora casi parados.

–Sí, Ricardo. Si algo ocurría y aun así podía recordar, me reprocharía siempre haber perdido un día, una noche... –le aprieta el brazo–. Estaremos juntos.

–¿Juntos cómo?

–Juntos –repite ella, siempre mirándole–. Como quieras.

6

En un impulso de última hora, se pasa buena parte de la mañana en la máquina, haciendo un resumen de los papeles de la cajonera para llevárselo por la tarde. Se le ha ocurrido que podría serle útil si, por uno de esos misterios en los que, al parecer, abunda el tiempo, se encontrara, en el pasado, sin ninguna idea de por qué está ahí.

Ni él ni Jordina, que tantas consideraciones se han hecho, nunca han tenido ninguna duda, hasta ahora, que una vez allí lo deben recordar todo, ya sea porque vivió allí, como Damià, ya sea por haberlo leído, como Ricardo. Y podría ser que llegara con el cerebro en blanco.

Redacta cinco páginas rebosantes de errores mecanográficos que ni se preocupa de corregir, y casi las tiene terminadas cuando en el teléfono, que llama, oye la voz de Jordina, cálida y un poco ronca, como llena aún de sueño.

–No me has despertado, ¿eh? –se le queja.

–Dormías tan a gusto...

–He dormido hasta ahora. ¿Qué hora era, al irte?

–Las siete, más o menos.

–No sé cómo puedes ser tan temprano.

Él ríe.

–¿Y para decirme esto me llamas?

–No. Quería recordarte que no olvides llevarme los papeles que tienes. No vaya a ser que, mientras estás fuera, tu madre... Nos tomaría por locos ambos, ¿no te parece?

–No dicen nada de mí, Ricardo.

–Pero sí de mí, Jordina. Y como sabe que conoces una...

–Ya veo –se le burla–. No quieres que la suegra te tenga en mal concepto.

–¿Suegra? No seas tonto. No es fácil que me case nadie a mí. Ni tú... Ah, y otra cosa. A Mercè, como me contaste, le dijeron que Natalia había muerto al tener un hijo. ¿No le preguntaste si sabe quién lo adoptó?

–Ni se me ocurrió. Pero si la panadera, cuando la vi, no sabía nada...

–¿Qué hace? Han pasado muchos años. Y entonces todo esto era muy reciente. Mercè podría haber hablado con personas que lo sabían.

–Tienes razón. Sería interesante encontrar a este chico, si vive, y poder preguntarle qué le dijeron de su padre al ser mayor...

–Podría ocuparme mientras estás fuera.

–Sí... Intentaré verla esta mañana.

Pero lo aplaza hasta la una y media, cuando vuelve de entregar el original del cartel al secretario de la Asociación pro-amistad entre los pueblos y, antes de entrar en casa, llama al piso de al lado.

De momento, al no contestarle nadie ni oír ningún rumor al otro lado de la puerta, cree que Mercè puede estar fuera, pero entonces, cuando ya se disponía a alejarse, la voz de la mujer pregunta:

–¿Quién es?

– Soy yo, Mercedes. Ricardo.

Siente que retira la cadena de seguridad, que gira la cerradura de cuatro vueltas. Ya cometida esta imprudencia, la puerta se abre medio palmo, por lo que comprueba que es verdaderamente él, y, sin descuidarlo más, dice:

–Es que según a quien no podía abrirle. Me estaba cambiando, porque tengo que salir.

–Ya volveré, pues.

–No –dice ella–. Pero voy casi desnuda, ¿sabes? Espera un momento, que tenga tiempo de llegar al dormitorio, y entra.

Se va corriendo, sin esperar respuesta, y Ricardo se queda donde está, cuenta hasta cincuenta, empuja la puerta y, dentro, la cierra con suficiente empuje para que la mujer lo oiga.

–Salgo enseguida –le dice cuando llega al comedor, de donde al final se ha decidido a retirar las prendas de encima de la mesa, hoy escrupulosamente limpia.

–Solo te quería hacer una pregunta –contesta, mirando hacia el amplio bostezo de la puerta del cuarto que le permite ver el armario y, a través del espejo, y la cama, donde la Mercè, de espaldas, alza una pierna para ponerse

las bragas. El culo, robusto, le fascina un momento, pero entonces sonríe, convencido de que ella no ignora que lo está contemplando. Para ver cómo sale adelante, comenta-: Ya era hora de que fueras previsoras.

- Previsoras?  Que quieres decir? -se extraña Mercè, ahora volviéndose con una pernera ya puesta.

-Que hoy no te dejes nada...

- Ah! -se queda como repentina-.  Qu  me ves?

Sale del espejo, para encaminarse a la puerta por la que, sin moverla, asoma la cabeza. Bienhumorada, lo riñe y dice:

-Nunca aprender ,  eh?

-Creo que no, Mercedes.

-Pero no me gusta que me esp en -dice entonces-. Si tienes que mirarme, más vale que entres.

-También podr as cerrar la puerta...

- Entonces no te oir ! -protesta ella, y cuando el chico se ríe, sin poder evitarlo, pone una cara compungida y se lamenta-: Ya sé que soy ridícula. Porque soy espontánea...

Se aleja, como dolida, y Ricard, que en aquella pretendida espontaneidad ve una rara aptitud a saber aprovechar las situaciones más imprevistas, se mueve hacia la puerta y,

dentro, avanza hasta los pies de la cama, donde se sienta mientras ella acaba de ponerse las bragas con una curiosa reticencia, como si el gesto fuera más impúdico que la obligada exhibición.

–No me doy cuenta –dice al observar su silencio–. Damià ya se quejaba de que a veces hacía y decía cosas...

–¡Pero si es agradable, Mercedes!

–Alguien podría creer que pongo malicia...

Y Ricard se queda mudo otra vez, mirando sus movimientos falsamente discretos, su cara de madona piadosa tan poco avenida con la exuberancia de las nalgas y el volumen de los senos que casi lo rozan cuando se inclina a recoger otros sujetadores de encima de la cama.

–Bien... –retoma, derrotado–. Quería hablarte precisamente de Damià o, mejor, del chico que tuvo con Natalia... ¿No te dijeron qué se había hecho con él?

–¿Quién?

–La gente con la que hablaste al volver de Madrid, cuando te contaron que ella estaba muerta...

–Creo que se le quedaron unos parientes. Al fin y al cabo ella tenía padres.

–Creo que no. Quiero decir que no se le quedaron ellos.

La mujer, que se viste, suspende el gesto.

–¿Cómo lo sabes?

–No sé. Es una impresión. ¿A ti te lo dijeron así, que lo tenían los padres?

–No me acuerdo... Debían de tenerlo. No te lo sabría decir ahora. ¿Y cómo es que te interesa?

–¡Mujer! No olvides que Damián era un pariente.

Mercè, que ahora se sienta a su lado y se pone las medias, cabecea.

–No, no lo olvido. ¡Te pareces tanto! –le recuerda de nuevo, sin miedo a repetirse–. Si no fuera que conozco a tu madre y he conocido a tu padre, hasta diría que eres hijo de él.

Los ojos del chico quedan clavados en el muslo, en los dedos gorditos que cierran el sujetador del portaliga, pero no ve nada, porque todo él se concentra en esas palabras, en esa idea que sigue ocupándolo cuando, al cabo de cinco minutos y después de haberse dicho otras cosas que nunca más recordará, ambos abandonan el dormitorio y, una vez fuera del piso, Mercè se va escaleras abajo y él a casa, a comer.

También Jordina, por la tarde, cuando acude a la torre con la maleta que ha tenido que llevarse, se impresiona antes de reaccionar con unas palabras de escepticismo.

–No, Ricardo. Aparte de que, como te ha dicho Mercè, están tus padres, se opone el hecho de que hicieras esa aparición en el común de la clínica. Y también otra cosa que, de paso, o no tan de paso, demuestra que eres Damián. No lo hemos hablado, ahora me doy cuenta, pero ¿no te parece que, si fuera otro, Damián habría venido? Primero no lo hacía porque tenía miedo, ignoraba cómo podía afectarle el viaje en su situación, pero después de lo de los policías, cuando hizo el encaje al pedirle los papeles, ya sabía que podía volver. ¿Por qué no lo ha hecho?

–No sé, Jordina. Puede haber decidido quedarse con su hijo. Con más razón si murió Natalia.

–Eso no le privaba de venir, aunque fuera para volverse. O, si no quería venir, de escribir, de añadir unas cuantas páginas a las que me dejó en la cajonera. Siempre, claro –pondera–, suponiendo que para él no valga lo que vale para nosotros: que no podemos entrar en nuestro tiempo. Al fin y al cabo, vivía después de haber matado a sus padres, antes de ser concebido... Si pudo seguir viviendo y se quedó por su hijo, ahora estaría entre nosotros. No, Ricardo, no puedo creerlo. Se habría manifestado.

–Podría verse en imposibilidad de venir, pues. A alguien que no le afectan las digamos leyes del tiempo, puede pasarle cualquier cosa.

–Siempre hay esto: que no ha escrito más. Si fuimos amantes, si me amaba como dice, se habría comunicado conmigo.

–Quizás sí –cede Ricardo–. Lo peor es que probablemente nunca sacaremos su entramado. Por mucho que pruebe, yo siempre volveré antes de nacer el hijo. Es lástima que no podamos enviar a alguien más joven. O bien... ¡Jordina! –se interrumpe, excitado por el pensamiento que acaba de tener–. ¿En la clínica no queda ninguna enfermera que ya estuviera el año cincuenta y uno?

–No... –dice la chica–. La que lleva más tiempo trabajando, y que ahora está al frente de nuestro servicio, lleva diecisiete años. Lo decía no hace mucho... Cuando yo entré, sin embargo, había una, Sara Nonell, que nos dejó hace, hace un año, cuando hacía treinta que estaba... También nos serviría, ¿verdad?

–Ya veo que sabes adónde voy –le sonríe–. ¿Te parece que podrías encontrarla?

–Aún tengo su dirección en algún sitio; vive en la calle de Caponata.

–Vela a ver mientras estoy fuera, pues. Podría recordar algunas cosas.

–Podría hacerlo antes de que te fueras –le propone Jordina–. Quiero decir si aplazabas un poco el viaje.

–¿Ahora? No, Jordina. Ya le he dicho adiós a mi madre.

–¿Qué hace? No hace falta que vuelvas a tu casa –y lo acota con una mirada intensa y vagamente mendiga, esperanzada–. Te quedas aquí...

–Quizás tendré que quedarme a la fuerza. Si no puedo entrar, como tú crees... No, Jordina, deja que lo pruebe. Ya me he hecho a la idea, ahora. Y tú también, ¿verdad?

–Sí –reconoce–. Pero me gusta más esta otra.

Sin embargo, no insiste cuando Ricardo la abraza, la besa, y después, al separarse, suspira y dice:

–Tendré que darte la llave de la torre para que puedas entrar y salir sin dificultad.

–Ah, sí; no pensaba en ello... Si conviene, entro en tu dormitorio a ver cómo duermes.

–¡Eso! –protesta ella–. Que me despierte, me asuste y me ponga a gritar.

–Tendré cordura –ríe el chico.

Le sigue a la habitación que fue de sus padres, donde la chica abre un cajón del tocador en el que hay un grupo de llaves, arrinconadas en un extremo; elige mientras comenta:

–Es suerte que haya la misma cerradura. No la hemos cambiado desde el año veinticinco, cuando pusieron ésta de serreta. La anterior era de lo más larga e incómoda. Y peor aún la de antes, que apenas cabe en un monedero...

El chico, que echa un vistazo al hacinamiento, se admira:

–¿Cómo las tienes?

–Las tengo todas desde que construyeron la torre. Las he ido recuperando.

–¿Con los viajes?

–Con los viajes –asiente, y se vuelve a darle la que ha separado–. Ahora será necesario que haga otro duplicado.

–¿Por qué?

–Por si se pierde, Ricardo. Cómo se perdió la que debió llevarse Damián. –Hace una pequeña pausa y le mira, insidiosa–. Me pregunto a quién le daré la próxima... o si ya no tendré ocasión de darla a nadie.

Él se queja:

–No está bien que me desanimas, Jordina. Si me pasa algo, yo perderé tanto como tú.

La chica sigue acotándole, grave, escrutadora.

–¿En serio?

–Si dudas, no me voy.

–No –dice lentamente, y baja la cabeza–. Me lo creo.

IV. DESCUBRIMIENTO EN EL PASADO

1

Su reloj señala cerca de las nueve y media cuando alarga la mano hacia la llave que sale de la cerradura de la puerta del piso, donde Natalia debe haberla olvidado, y la hace girar sin esfuerzo. Es algo más tarde de lo que se proponía, porque no ha calculado bien la distancia entre la torre de la calle de Castellnou, donde se ha despedido de una Jordina emocionada y a la expectativa, y esta casa de la Bordeta hacia la que ha tenido que bajar a pie. En ningún momento, durante el trayecto, le ha admirado que siguiera siendo él mismo, Ricard Sureda, con un recuerdo claro y preciso, completo, de toda su vida, y quizá por eso tiene el corazón tan alterado cuando empuja la puerta y penetra en un modesto vestíbulo desconocido, bien decidido, a pesar de

sus aprensiones, a encararse con lo que le ofrezca la realidad.

Más adentro, donde enseguida ve que hay un comedor-cocina, arde una lámpara de petróleo, pero la casa, silenciosa, parece abandonada. Sobre la mesa, preparada, una ensalada, una corteza de pan, las aceiteras y una botella de vino deben esperar a alguien, a él, Damià, la propia Natalia si ha salido...

Pero no. Allá tras una puerta despistada, en un cuarto a oscuras, chirría un somier, como si la persona que reposa hubiera cambiado de posición, y una voz joven pregunta:

–¿Eres tú?

Se adelanta, recortándose en el umbral donde se detiene un momento, indagando en la oscuridad con unos ojos que apenas distinguen, por la magra claridad de fuera, el bulto de la cama, de alguien que se mueve, y se apura la garganta antes de contestar:

–Sí, soy yo.

–Has hecho tarde... –dice la voz.

–¿No te encuentras bien? –y ahora camina hacia la cama, de donde ella se incorpora.

–Sí. Un poco pesada, sólo...

Se endereza todavía, escurriendo las piernas hacia la orilla, dispuesta a levantarse, pero Ricard, que ya está cerca de él, se inclina a besar los labios que se le ofrecen y, con las manos contra los hombros, la hace atrás.

–No te muevas, Natalia... ¿Ya has cenado?

–Sí. No sabía cuándo vendrías.

–Me he entretenido –explica, recordando que hace cierto trabajo de archivero y que no siempre es muy regular en su horario–. No te levantes, yace.

Cuelga una nalga en la cama cuando ella le obedece, y enseguida siente unas manos que sujetan las suyas. Los ojos, más acostumbrados ya a la penumbra, perciben ahora una cara algo demacrada que enmarca la melena de oro, pero sabe que es una ilusión que le parezca familiar. Corresponde a la presión de los dedos, a la pequeña sonrisa que la chica le dirige, y vuelve a besarla cuando la mirada se lo pide. Luego dice:

–Más vale que te desnudes y te tapes, Natalia. Cogerás frío, así.

–Ahora lo haré. Ve a cenar, tú. En el frigorífico hay huevos y un corte de pescado...

Al salir de nuevo al comedor ve que se trata de una nevera de hielo, algo desconchada y seguro que comprada de

segunda mano, pero el hornillo de petróleo, que completa el ajuar, de carbón, parece nuevo. Sin preguntar nada, con un poco de paciencia, va encontrando los utensilios que necesita y se bate una tortilla a la francesa antes de sentarse en la mesa, encarado a la puerta del dormitorio, desde cuyo interior Natalia le cuenta que ha pasado muy buen día y que, ha venido a verla, un rato, María, una chica que, por lo que Ricard entiende, debe ser una compañera de fábrica.

Todavía no ha terminado cuando se levanta, pero no para desnudarse, aunque sale vestida para irse al común, a la salida, y al entrar se le acerca, se sienta. Es ahora cuando puede ver bien, bajo la luz que le dibuja sombras en el rostro, su expresión dulce, aunque algo fatigada. Con una zozobra que procura ocultar, se le ocurre que sólo tiene una semana de vida y que él no puede hacer nada por salvarla. Quizá sea porque ella confunde la mirada dolida con una mirada de ternura o de preocupación por su estado, que le toca nuevamente la mano, ahora sin agarrársela, y pregunta:

–¿Me quieres, Damián?

–Y el chico la mima, le frota la mejilla con la palma contra la que Natalia refugia un momento la cara mientras él dice:

–Sí. ¿Y tú?

–Siempre.

Es absurdo que se emocione de esta manera y que la sienta en serio como alguien que no quiere perder cuando apenas la acaba de conocer, pero no hace nada por contrariar ese sentimiento que la presencia de la chica provoca y que, por otro lado, le deja pensaroso.

–Y ahora sé buena chica; ve a descansar. Lavaré esto y también voy.

–Sí.

Cuando se acuesta, al cabo de una hora, ella ya duerme, y no le hace del todo extraño tumbarse cerca de ella, contra el cuerpo que le comunica su calor, sintiendo, hasta que también a él le abate el sueño, la respiración pausada, lenta y tranquila. Más le admira, pero sólo un instante, antes de que recupere conscientemente esta nueva realidad, despertarse con una persona que, durante la noche, o quizás en la madrugada, ha venido a refugiarse entre su pecho y el brazo, ahora encarcelado. No se atreve a moverse, pero aun así ya ha hecho un gesto y la cabeza también se mueve para levantarse un poco.

–No dormía, ya –le dice.

–¿Te molesta el pequeño?

–No; se lleva bien... Ahora me levanto.

–¿Quién lo ha dicho? –protesta él.

–Yo –le sonrío la chica–. Me encuentro bien, en serio. Y ya sabes que el médico, si no quieres que me canse, también dice que tengo que fortalecerme.

Se inclina más y, cuando se besan, le acaricia el hombro, el brazo. Un momento, parece que los dedos descienden hacia el estómago, hacia el vientre, pero se detienen cuando ya separa la boca y, enseguida, rechaza las sábanas y se va volviendo para saltar de la cama, donde Ricard se sienta, mirándola.

Bajo la camisa blanca se nota la hinchazón de la barriga cuando ella, de pie, se tumba y, con el pie, busca una zapatilla que se le ha escapado.

–¿Qué miras?

–A ti... –y vacila unos segundos antes de pedir–: ¿Me lo dejas ver?

–¿Qué?

–El vientre.

Se impulsa hacia su lado, sin esperar contestación, y Natalia, como si no fuera la primera vez que se aviene, va levantando la camisa con un movimiento que no se detiene hasta que la ropa está a ras de seno. El vientre, muy blanco y con la piel que tira, se proyecta adelante, hundiendo la sombra dorada del pubis, y él lo palpa, no seguro de que en

esa entraña crezca su hijo, pero tampoco dispuesto a renunciar a esta idea cuando tan claro es que la chica no duda en absoluto, ni ha dudado en ningún momento, que sea Damià.

–Qué bonito es... –murmura, apoyando la mejilla y afianzando las manos en las ancas.

–¿Bonito? –dice ella, pero la voz es gozosa.

–Sí, mucho –y levanta la cabeza.

La chica se ha acabado de sacar la camisa de dormir, que deja caer sobre la cama, y, encima, Ricard ve la redondez de los senos turgentes en cuya blancura se enciende, oscura más que roja, la doble llama de los pezones. La cara parece pertenecer a otra mujer, una adolescente.

Vuelve a poner la cara en el vientre grávido, abre los labios que entonces lo recorren, y ella le toca la cabeza, le reboza el pelo antes de decir:

–No me beses más, Damián.

–No –contesta Ricardo, que lo entiende.

Pero no es que la desee; tiene lágrimas en los ojos y se pregunta qué puede hacer para ahorrarle la muerte.

Sigue pensando en ello durante toda la mañana, y por la tarde, cuando debe dejar la casa porque ella se extrañaría de que no acudiera al trabajo. Ahora se da cuenta de que no sabe exactamente cuáles fueron las causas del óbito, si le falló el corazón, si tuvo una hemorragia incontenible, si hubo infección, y que ya es tarde para averiguarlo. Piensa en posibles incompetencias profesionales, y se le ocurre que quizá en su mundo, en el año setenta y tres, la chica se habría salvado. Sin embargo, sabe que no puede llevársela, que Natalia no puede viajar hacia su futuro y vivir en una época alejada veinte años...

Le es intolerable la idea de dejar morir a alguien tan dulce, tan misteriosamente bello, y se pregunta si, eliminadas otras soluciones impracticables, no podría cambiar las circunstancias que presidirán el alumbramiento: ponerla en manos de otro tocólogo, de otra matrona, ingresarla en otra clínica... Los gastos no son ningún obstáculo, dada la facilidad con la que puede procurarse dinero si lo necesita, pero ¿cómo justificar a sus ojos este cambio total de última hora, cuando no tiene queja de ninguno de los profesionales que le han ido visitando desde que se dio cuenta de que estaba embarazada y que le asistirán al parir? Una desconfianza en apariencia gratuita le extrañaría y, si expresaba abiertamente temor, podía amargarla en los últimos días del embarazo sin beneficio para nadie.

Le parece totalmente natural que se preocupe, que se interese tanto por ella, y más después de ese episodio de

primeras horas de la mañana, cuando su desnudez, que encontraba espléndida y carnalmente sugestiva a pesar de la hinchazón del vientre, ha acentuado dentro de él aquellos sentimientos que ya germinaban el velatorio o, quizás más que eso, prolongaban e intensificaban unos más viejos, de cuando la conoció en un juzgado y aprendió a amarla. Pues que, a estas alturas, y aunque el enigma perdure, ya no le queda más remedio que creer que en un momento anterior fue Damián.

¿Cómo ponerlo en cuarentena cuando ella, que le ha conocido bastante íntimamente, no ha mostrado en ningún instante la más pequeña vacilación y, al revés, le ha identificado en algunos detalles de su comportamiento? Recuerda, a modo de ejemplo más determinante, la naturalidad con la que, al dejar la cama, ha accedido a mostrarle su vientre. Que se lo pidiera estaba en concordancia, pues, con sus costumbres y con el talante del chico que ella conocía, con el que hacía vida en común.

No importa que él no recuerde, como una experiencia personal, nada de aquella convivencia, que en su interior no haya ninguna memoria ni de algo tan tierno y tan apasionante como habrá sido penetrar en su carne, hundirse en ella y sentir cómo el acto de amor le estremecía. En algún lugar de su cuerpo, muy enterrada, debe subsistir la remembranza que ahora, diría, añora. Y sabe que esto es posible, aunque, en su época, le espere Jordina, aunque ame, también, a esta Jordina que tanto le quiere. Damià

pasó por la misma situación. También esto debe convencerle de que ambos son una misma persona.

Siente que ha encontrado, que encontró desde el primer momento, cuando anoche Natalia le preguntaba desde el dormitorio si era él, lo que había ido a buscar, que ninguna prueba más es necesaria. Se podría volver, pues, si no fuera por esta manía de querer salvar a Natalia y, si no le es posible, como ya teme, de estar a su lado hasta la última hora, de darle el confort de su presencia, de pedirle de nuevo que le enseñe el vientre. Porque sabe que a ella le ha gustado, que le contentaba incluso la idea que se hacía de inspirarle deseo.

Pero si es Damià, como ya no niega, ¿cómo puede que haya llevado dos vidas, una aquí, el año cincuenta y uno, compañero de Natalia, y otra con sus padres, ignorando la existencia de la chica? Más que nunca, le hacen rodar la cabeza los padres muertos y los padres vivos, la amnesia que comparte con Jordina, que su hijo, cuando nazca, sea exactamente su contemporáneo, que se gire hacia donde se gire siempre haya una contradicción...

¿Cómo solucionarlas?

2

Es la tarde de su tercer día cerca de Natalia cuando se le ocurre la manera de eliminar radicalmente una de esas imposibilidades que le preocupan y que ya discutió más de una vez con Jordina: que a los veintidós años encontrara en el desván unos papeles escritos el cincuenta y uno por un chico que entonces aún tenía que nacer y que no iría al pasado, a escribirlos, hasta después de haberlos dejado en la cajonera.

Si todo ha ido como la chica pretende, en ese instante y haciendo abstracción del último, escrito en el velatorio de parir a Natalia y que él no piensa redactar, esos papeles ya están en el cajón secreto, escondidos, porque falta mucho tiempo hasta que ella los descubra. Y nunca los descubrirá, piensa, si él, ahora, entra en la casa y los retira y rompe. Ignora cómo este acto puede afectar a sus relaciones con Jordina, cuando inevitablemente vuelva al año setenta y tres, pero en el peor de los casos están las notas que les permitirán reencontrarse, tal y como ha sido previsto.

No quiere aplazarlo y, como Natalia, lo tiene observado de las dos noches anteriores, tiene una dormida profunda y prolongada que no se interrumpe ni una sola vez, es esa misma madrugada, a las doce y media, que emprende el viaje hasta la calle de Castellnou, hoy en un taxi que

encuentra en la plaza de Espanya y que le llevará hasta la calle dels Vergós. Sin embargo, para salvarse de un imprevisto y evitar enquistamientos a la chica si por azar hoy se despertaba, antes de salir le deja una nota en la mesita de noche, diciéndole que estaba un poco nervioso y está a dar una vuelta. Puede sorprenderle esa ocurrencia inhabitual, pero las palabras la tranquilizarán.

En Sarrià, mide a pie los cien metros y pico que le separan de la torre, cuya valla salta por el mismo lugar que, en sentido inverso, escalaba días atrás, hoy perseguido por los ladridos de un perro relativamente distante que, si bien no le preocupan, le obligan a hacer una pausa en el jardín, hasta que se apaciguan.

La casa es oscura cuando la examina desde fuera, y después, al abrir la puerta, lo acogen la misma oscuridad, el mismo silencio. No enciende ninguna luz, ni la linterna que lleva, pero recorre muy despacio el pasillo y con la misma lentitud sube las escaleras y gira entonces hacia la puerta de la buhardilla, cerca de la cual se sirve por primera vez de la linterna. Al otro lado, todo parece exactamente igual que cuando le acompañó Jordina, y tampoco ha cambiado nada arriba, donde sólo se observa que hay más polvo.

Aquí puede servirse de la lámpara sin miedo, pero la vuelve a apagar cuando las bisagras del mueble chirrían tenuemente, no lo suficiente para despertar a nadie pero sí para estremecerlo, hasta que la quietud, persistente, le hace

mover de nuevo y acabar de bajar la tapa que sostenía, sin dejarla reposar en el brazo de madera, que no ha estirado. Es con la otra mano, sin dejar la linterna otra vez encendida, que busca el cajón oculto y palpa su interior.

Los papeles están ahí, y se asegura que los recoge todos antes de meterlos en el bolsillo del pantalón, donde después, cuando ha cerrado nuevamente la cajonera, los estrecha entre los dedos, como para evitar que se le caigan al descender las escaleras, detenerse unos momentos a ras de puerta, escuchando y, al no oír nada, abrirla y cerrarla deprisa. Entonces, piensa en ese comentario que parece hecho en épocas muy remotas, cuando decía a Jordina que quizás entraría en su dormitorio de niña a ver cómo dormía.

Pero no lo hace, ni podría hacerlo; de repente, de debajo de una puerta, un chorro de claridad se propaga por el suelo y siente el rumor de un fregadero e, inmediatamente, unos pasos. Se escurre hacia abajo tan rápido como se lo permite la oscuridad que no se atreve a romper y se aplana contra la pared, detrás de un mueble vagamente protector, cuando alguien sale del dormitorio de los padres. Será el hombre, que después cierra otra puerta, la de los lavabos.

Dos minutos más y ya está en el jardín, de donde salta a la calle al verla desierta y, allá por Milanesado, se aleja hacia la Vía Augusta en busca de un taxi que no encuentra hasta cerca de General Mitre.

Ya son las dos y media cuando, habiendo comprobado que Natalia sigue dormida, recoge la nota y, en el común de la salida, va rasgando todos los papeles en trozos pequeños y los lanza hacia el pozo muerto que hay debajo; curioso, quizás algo desasosegado, se pregunta, ahora, qué habrá pasado, o qué pasará con la narración de Jordina. ¿Puede que, mientras en un momento hubo unos escritos que ahora resulta que han sido destruidos en un tiempo anterior al que fueron leídos, quede todavía una versión que sin los originales no pueden existir? Y si no quedan, porque nunca han sido redactados, ¿cómo se explica que lo conozca ella?

Al abandonar el común se da cuenta de que, a la postre, no es tan seguro que haya resuelto una contradicción, y es con ese ánimo inquieto que vuelve junto a la chica, la cual, dormida incluso, parece que note su presencia y se mueve, acurrucándose contra él. Y a él le conforta sentirla tan cercana, pero todavía se queda mucho rato despierto, ponderando si, en lugar de solucionar algo, no lo enmaraña todo.

Más lo enreda al día siguiente, cuando se ve obligado a salir contra su agrado, pues Natalia hoy se siente «un poco floja», como dice al despertarse de aquella larga dormida que debía ser reparadora, y él le significa su propósito de quedarse haciéndole compañía.

–Se harán cargo, de que no vaya –contesta cuando la chica se enquimera, temosa de que, si hace demasiadas fiestas, el

viejo para el que trabaja puede decidirse a prescindir de sus servicios-. Sabe que estás embarazada y que se te termina la cuenta.

-Ve un rato, sin embargo. Que vea tu interés.

-No es como la fábrica, Natalia -le hace observar.

-Sabes que voy a sufrir más si te quedas que si te vas. Si me encontrase mal en serio sería otra cosa.

-Haré como el otro día, pues: iré después de comer. Pero conste que no está bien que me saques de tu lado, y menos aún de la cama.

Ella, que estaba boca arriba, se gira a su lado y lo abraza.

-No te saco, Damián. Si yo también te querría siempre...

-¿En la cama? -le sonrío él, intencionado.

-Ya me has entendido. ¡Estoy tan bien contigo! Si alguna vez me pasa algo...

-¿Qué debe pasarte? -la interrumpe con la voz casi estrangulada por la angustia que le provoca ese comentario.

-Siempre pueden ocurrir cosas -dice ella, realista-. Si me pasa algo -reanuda-, quiero que sepas que nunca hubiera pensado que pudiera ser tan feliz. Por todo -recalca, y baja

un poco la voz-. En esta cama... Damián -se atraganta-, incluso ahora, como estoy, te quiero.

-Y yo a ti, Natalia -susurra sin mentir, profundamente sorprendido de que pueda desearla físicamente mientras el hielo le angustia.

Y de repente piensa: ¿y si entonces lo hicimos? ¿Y si una mañana, como hoy, a pocos días del parto, no supimos dominarnos y por eso murió? En algún libro, no recuerda si escrito por alguien suficientemente competente, ha leído que una mujer puede copular, sin otras limitaciones que la de la postura, hasta el último momento; pero ¿es cierto? ¿No podría ser que los orgasmos, si son particularmente intensos, la revuelvan lo suficiente para afectar a la criatura o las condiciones orgánicas del parto?

Quisiera convencerse, ahora, de que un coito de última hora fue el origen del desastre, y engordar así, poco a poco, ese pequeño punto de esperanza que acaba de nacer y que se ensanchó durante toda la mañana y las primeras horas de la tarde, hasta que al salir e ir subiendo ciudad arriba para entretener el tiempo hasta el anochecer, se encuentra en la carretera de Sarrià, esquina a París, y, de repente, tentado por la proximidad de la calle de Buenos Aires, tiene el chiste de hacer una visita.

Faltan, como ve enseguida, los grandes almacenes y muchas casas que en el año setenta y tres llevan ya tiempo

construidas y habitadas, y aquella de la que se fue no hace muchos días con la maleta en la mano y con la excusa de que acompañaba a Jordina de vacaciones, parece más nueva, casi como recién estrenada.

Mira hacia arriba, hacia las ventanas vacías de su piso y hacia las del piso de al lado, donde hay un chico ya adolescente que no conoce, pero no se detiene, sino que prosigue hasta la Diagonal, donde vacila un momento antes de retroceder, dispuesto ya a abandonar el barrio... Y entonces se les encuentra prácticamente cara a cara.

Su padre y su madre, de la mano, ella con un traje de chaqueta oscuro que la hace muy esbelta y elegante, sonriendo de algo que le dice su marido, un poco inclinado y, aunque hable, con el cigarrillo en la boca. Ni le miran, ni se dan cuenta de su presencia, ya que nada les permite identificar al hijo que ella apenas espera...

Y ahora sí que se detiene, boquiabierto y con la cara como extraviada, tan pasmado que le cuesta reanudar el movimiento para avanzar detrás de ellos, que ya se alejan, sobrepasarlos y, más allá, girarse como quien repiensa su camino y, al hacerlo, acotar el vientre de la mujer.

Es liso. Ningún vestido, y menos aún una chaqueta ceñida como lleva, podría disimular un embarazo; ni siquiera la más discreta de las hinchazones que, con el ajuste de corsés o fajas, posibilita a algunas chicas solteras de esconder que ya

han holgado con el macho de la especie. No hay ninguna redondez en esta barriga de la mujer que pasado mañana lo parirá, debería parirlo, y lo ha parido de sobra en el año setenta y tres, cuando convive con ella, viuda del hombre que la acompaña y que presuntamente la ha embarazado.

En algún sitio hay un fraude, en algún momento alguien ha hecho trampa. O bien... Le estremece la idea de que al volver a su tiempo ya no será quizás Ricard Sureda i Ribes, hijo de Ricard y Carme, sino, de nuevo, Damià Borràs, hijo de Jeroni y Eulalia, muertos no hace mucho, asesinados, y sorprendentemente resurrectos en veinte años, cuando convivirá con ellos y, una tarde, acorralado por la policía, volverá al pasado a matarlos.

No. Divaga. El año setenta y tres no puede repetirse lo que aconteció en el año setenta y dos; ahora ya forma parte de su propio pasado y al que, según Jordina, no puede viajar. No importa, sin embargo. Importa más que, se lo mire como se lo mire, ni Damià ni Ricard tienen padres, o son otros que dieron, al mismo tiempo, un chico a cada pareja, si no un mismo hijo, sucesivamente, a dos matrimonios, en los Borràs cuando ya eran difuntos por obra de un no nato y a los Sureda para que pudiera viajar al pasado y embarazar a una chica que ya sólo le quedan dos días de vida cuando lleva más de veinte años muerta...

Alguien tiene la clave de ese misterio, o de un fragmento de ese misterio. La madre, naturalmente... Deberá

interrogarla en cuanto vuelva, si vuelve; que le diga de dónde sale, en qué vientre fue engendrado, dónde están los padres auténticos que hay o ha habido en algún sitio, y que los busque. Pero ¿y si el año setenta y tres ya no vive?

Impulsivamente penetra en la casa, dispuesto a hacer el encaje para hablar de inmediato con la madre, pero entonces, ya en la entrada, se detiene y retrocede. ¿Qué le adelantarán un par de días? Y, en la Bordeta, Natalia le espera.

Al llegar a casa ya ha conseguido serenarse lo suficiente para que no se le note nada y, una vez ha cenado y lavado los platos, cuando la chica ya está en la cama y se queda un rato solo, fingiendo que quiere leer, aun comienza a admirarse del desconcierto con el que ha reaccionado cuando las piezas del juego iban encajando. Ahora está claro, le parece, que ni Eulalia, esposa de Jerónimo, ni Carmen, esposa de Ricardo, han parido en ningún momento. Respetando todavía el misterio del tiempo, que bien tendrá que atacar más adelante, con Jordina, le es fácil, si no cómodo, verse como un chico adoptado por los Borràs en la versión temporal en la que viven y por los Sureda en la versión que les volvió difuntos. Esto explica que, una vez muerta la pareja, Damià, que los tenía por padres, siguiera viviendo. Procedía del año setenta y dos y no podía ser liquidado fuera de su tiempo, en aquella época anterior a su nacimiento y al que había viajado sin hacer nada que pusiera en peligro su existencia. Pero era una anomalía que había

que corregir. Lo hizo la «ley» que no permite entrar en el tiempo propio, que fue aprovechada para situarlo en la segunda versión, como hijo de los Sureda que lo adoptaron cuando los Borràs, que debían tener precedencia, no eran ya de ese mundo. A partir de ese instante desaparecía lo único que restaba de la primera versión, su recuerdo, pues el chico que emergió de nuevo, ahora en el año setenta y tres, había tenido que vivir a la fuerza la segunda.

Y, en referencia a él, lo habían vivido también todas aquellas personas con las que estaba relacionado desde el momento de su nacimiento o, más bien, desde que lo adoptaron los Sureda. Pero quedaban las del período anterior a su tiempo, correspondiente al viaje, como Mercè, la cual no podía haberlo olvidado, según la teoría esbozada por Jordina, porque el chico era una parte de su vida de entonces, no afectada por ninguna de las circunstancias posteriores. Exactamente lo mismo habría ocurrido con Natalia en caso de no morir al parir. Era inteligible, ahora, aunque inverosímil, que él, Ricardo, pudiera ser contemporáneo de su hijo.

Curioso, pondera cuántas historias tan extrañas como ésta puede haber, o haber habido, sin que nadie sepa nada, ni los propios protagonistas, si otros, en el transcurso del tiempo, han descubierto el secreto del viaje. Que la suya haya «trascendido» puede agradecerlo a la previsión de Damià, a su propia previsión, pues; cuando decidió aprovechar la circunstancia excepcional, de la existencia en la cajonera, de

un cajón oculto que no sería abierto hasta muchos años después, para dejar los papeles que su inseguridad le aconsejaba escribir. Sin acudirle, ciertamente, que la destinataria de aquellos documentos los leería en aquella versión temporal que le hacía olvidar al amante tan querido en la versión desde la que Damián se le dirigía.

En ese momento le duele haber destruido, con su intención de resolver o eliminar lo que le parecía una paradoja, unas notas que ya no constituyen ninguna prueba, si da sus razonamientos actuales por buenos. El material escrito no es algo que ha pasado de una versión a otra, contemporánea e incompatible, sino algo de un tiempo que precedió a la existencia de la versión alternativa y es, de entonces, de cuando sólo había una. Su presencia en la cajonera de la buhardilla el año sesenta y cinco, cuando la chica encontró los papeles, es tan natural como si los hubiera puesto, después de escribirlos, Mercè o cualquier otra persona que, el año cincuenta y uno, vivía en su tiempo normal. La paradoja que veía la creaba, únicamente, pensar en una vida desde otra.

Ahora, sentado en la cocina-comedor del piso de la Bordeta, momentos antes de irse a dormir, no teme ya que Jordina no le recuerde ni que él emerja en una tercera versión; a diferencia de Damià, no ha alterado nada vital, se ha limitado a informarse. Pero sí le preocupa esa destrucción hecha a la ligera, pues ahora, pase lo que pase, le parece, que habrá una paradoja real. Si la chica no sabe nada de los

papeles, no pueden haberse conocido, o reconocido, en el baño común de la clínica; si, en cambio, lo conoce, habrá que preguntarse cómo puede haberlos leído el sesenta y cinco cuando hoy, el cincuenta y uno, han sido retirados de donde los tenía que encontrar.

Sólo hay una forma de subsanar el error.

Apenas son las diez de la mañana cuando, bien provisto de papel que ha comprado en un establecimiento de la Creu Coberta, se instala en un lugar discreto y resguardado de Montjuïc, detrás de donde se dirige el Museo de Arte de Cataluña, dispuesto a reconstruir lo mejor posible las páginas que rasgó. Sabe que no necesita preocuparse por Natalia hasta la noche, y le parece que con siete u ocho horas puede hacer un resumen sobradamente suficiente, incluyendo aquella última nota que, esta vez, será escrita antes de que tengan lugar los hechos a los que se referirá.

No le importa ser infiel en algunos detalles no esenciales, puesto que sabe que no puede contradecirse, ni contradecir la narración de Jordina, la cual será escrita no de acuerdo con lo que decía Damià, sino con el texto que él redacta. Si hay ligeras discrepancias con la que leyó días atrás, en el setenta y tres, nadie, fuera de él, puede notarlas.

Escribe seguido, con relativa fluidez y con el espíritu vagamente irónico; ahora todo el futuro, del que forma parte su presente actual y, por tanto, el mismo hecho de

escribir, repondrá sobre lo que, al fin y al cabo, es una falsificación. Todavía encuentra más irónico que haya que hacerla para que nada cambie.

Se ha llevado un bocadillo de casa, lo descuida hasta las tres y media, cuando se concede un reposo y se levanta a estirar las piernas y a hacerse pasar el frío que, poco a poco, se le ha ido metiendo en los huesos. Es un día claro, soleado, pero desde buena hora circula una brisa fina que ahora, con el bajón del sol, se acentúa lo suficiente para empezar a molestarle. Pese a lo que ha trabajado, le quedan dos horas largas de trabajo.

Finalizará a las seis y media, en la estación del metro de la plaza de Espanya, donde desciende a las cinco, cuando los dedos se le acalambran y sobre los que, a menudo, proyecta el calor del aliento. Sentado en un banco, en el extremo del andén, lejos de donde se apiña la gente y ahora envuelto por una humedad cálida, animal, que contrasta con el aire puro de fuera, de lo alto de la montaña, repasa entonces la veintena larga de páginas que ha cubierto de letra pequeña, sin enmendar nada.

Tendría tiempo, todavía, de acercarse a la calle de Castellnou a dejar el manuscrito, pero prefiere aplazarlo hasta el día siguiente. Está cansado, le duele la espalda de tenerla tantas horas inclinada hacia delante, en una posición más incómoda que cuando trabaja en su estudio, donde dispone de una mesa alta, de dibujo. Prolonga, pues, su

estancia en el sótano, contemplando ahora a los viajeros que salen y entran del metro y de los que le separa ese secreto del viaje que, si poseyeran, instauraría un caos monumental incluso prescindiendo de que, como temía el padre de Jordina, pudiera utilizarse con fines bélicos, destructivos.

Piensa en Jordina, en Natalia, en esos dos amores destinados, uno a durar hasta que sea, quizás años, y el otro a convertirse en nostalgia de lo que pudo ser. Y recuerda también a Mercè, con la que juega, de la que secretamente se burla, cuando lo acogió entonces que era joven y, como sabe ahora, le quiso mucho más de lo que creía, como Damián, cuando convivieron. Ahora es una mujer madura, de cuarenta y tantos años, pero lo quiere todavía, vuelve a desearle, y se le ofrece sin que se atreva a decirlo con franqueza por miedo a ser ridícula y sin darse cuenta de que, con sus provocaciones, lo es aún más. En estos instantes piensa en ella con ternura y le parece que ha hecho mal en no complacerla.

Y mamá... No, no es el momento, se dice. Ni el de Mercè, o de Jordina. Es únicamente el de Natalia, con la que quisiera volver.

Todo está previsto pero no todo se repetirá con fidelidad. Cuando la chica siente los dolores que, como cree, anuncian el parto y pide la matrona, él sólo corre hasta la puerta y escaleras abajo. En la calle, se lo toma con calma. Sabe que Damià se precipitó, quizás medio creído que Natalia era capaz de alumbrar sola, en su ausencia, pero él, que no tiene ese temor, busca tranquilamente un bar con teléfono público, desde donde llama a la mujer, la cual, en lugar de decirle que acuda enseguida, como se imaginaba, le hace muchas preguntas que contesta con serenidad, sin impacientarse, si bien, cuando parece que ella vacila, le recuerda que, al fin y al cabo, la parturienta ya ha terminado su cuenta.

–Muy bien –acaba la matrona–. Llévela a la clínica, donde me encontrarán.

Vuelve, pues, al piso, donde Natalia ahora se sienta al borde de la cama con la bolsa, ya preparada, a sus pies. Los dolores continúan y, mientras bajan las escaleras, debe detenerse dos veces y se queja:

–No sé si llegaré...

Él, que la tiene abrazada para evitar que caiga si tropieza, la anima y, al estar abajo, la deja sentada en el segundo escalón mientras sale a buscar un taxi en la desolación de la

calle. Atisba arriba y abajo y, al no ver ninguno, se la emprende con lentitud hacia la plaza de Espanya, girando, de vez en cuando la cabeza para ver si viene alguno en dirección contraria.

A cien metros de la casa retrocede, para no alejarse demasiado y, al llegar a la puerta, mira hacia dentro, donde la chica continúa en el mismo sitio, ahora con los codos apoyados contra las rodillas y la cabeza entre las manos, quieta, como si ya no sufriera.

Es que los dolores se han apaciguado, le dice al cabo de unos minutos, cuando al fin ha distinguido un taxi y ha estado a punto de perderlo, pues el taxista, obligado a frenar porque el chico saltaba a la calzada, le comunica que va de retirada a despecho de la lucecita encendida, que no puede apagar. Venturosamente se repiensa al saber que el pasajero será una mujer a punto de alumbrar, y es lo suficientemente amable para salir del vehículo y mantener la puerta abierta, a cuyo pie, cuando Natalia entra, hace un comentario que quiere ser humorístico y quizás es preocupado:

–No me lo haga aquí, que no reúne condiciones...

Es un hombre achaparrado que, una vez se ha puesto en marcha, los distrae con la historia de otra parturienta ya quince años mayor, la de su mujer, que, poco entrenada,

comenta, tuvo a la criatura casi en el rellano de casa, cuando se iba a comprar al vecindario.

–Claro que le faltaban quince días... Nunca ha sabido contar.

Apenas si le escuchan, la chica abatida contra el hombro del novio, que la abraza nuevamente y, con la otra mano, aprieta la suya cuando ella tiene otra contracción y debe morderse los labios para no gritar. Pero ya no se repite, y al cabo de un momento hasta tiene ánimos de sonreírle y devolverle la presión de los dedos, que siguen enlazados.

Parece más ligera cuando baja del coche, de nuevo atendida por la solicitud del taxista, que, una vez que ha cobrado, les desea mucha suerte antes de entrar en la clínica.

–¡Y que sea chico! –añade cuando ya están en la puerta.

La matrona, que vive más cerca, ya les espera en el despacho de la administración, donde hay que formalizar unos papeles de ingreso que la propia enfermera de servicio va llenando con letra grande, lenta y muy bien dibujada. Pero nada corre prisa, como demuestra el examen al que después es sometida Natalia y corroboran las respuestas que hace a las preguntas de la mujer, la cual les asegura que pueden quedarse tranquilos hasta la mañana como mínimo; la chica todavía no ha roto aguas.

Sin embargo, antes de irse, da instrucciones a la enfermera que le ha asistido, una chica ya mayor y de aspecto competente, con gafas y una sombra de bigote, cuyo nombre enseguida hace enderezar la oreja a Ricardo. Sería demasiado raro que, en aquella época, en la clínica, hubiera dos Saras. Por fuerza será, pues, Nonell que ahora, en los setenta y tres, vive en la calle de Caponata.

Se acabará de convencer en el transcurso de la noche, cuando, una vez dormida Natalia, cerca de la cual nadie le ha negado el derecho de quedarse, sale a dar una vuelta por el pasillo, entra a orinar en el común donde ya no se encontrará nunca más con Jordina y, al abandonarlo, la ve salir de una habitación donde deben haberla llamado y ponerse en una pequeña camarilla que no cierra al sentarse ante un libro que tiene abierto sobre la mesa.

Se le dirige con la excusa de pedirle otro para entretenerse mientras su compañera, como recalca, duerme, y alarga la conversación para reforzar su memoria y hacer que recuerde, pues, cuando el año setenta y tres Jordina acudirá a su casa a interesarse por aquel parto y sus consecuencias. Y ella, que sólo dispone de ese libro y es una chica amable, le deja hablar, contesta sus preguntas sin sorprenderse de que se le dirija como señorita Nonell, probablemente porque se piensa que la matrona ha pronunciado su apellido, y le recomienda que no se ponga nervioso con la espera; todo irá bien.

También lo dice el médico, a las ocho, cuando él ya hace horas que vuelve a estar junto a una Natalia más preocupada por la noche que le ha hecho pasar, sentado en la habitación y sin dormir, que por el alumbramiento que creía tan inmediato y que el hombre todavía aplaza.

Es un individuo bajo, cargado de hombros y de comportamiento meticuloso cuando a su vez examina a la parturienta, la ausculta, le toca repetidamente el vientre con sus manos adiposas y de uñas muy recortadas, y acaba por concluir que la criatura se lo toma con más calma que ellos.

–Ya sabe lo que se hace –dice, bienhumorado–. Nunca estará tan bien como dónde está ahora.

Vuelve a bajar la camisa de Natalia y la enfermera, que ahora es otra, más joven y de ojos aclarados, le sube la ropa de la cama. Girado hacia la matrona, le pregunta, como si consultase a un colega:

–¿Coincidimos, señora Alafara? –Y cuando ella afirma–: Entendido, pues. Todos podemos almorzar sin prisas.

Toca la mejilla de la chica, deja reposar un rato el dorso de la mano, como si con ese contacto buscara una confirmación a lo que minuto atrás ya le ha dicho bien claro el termómetro y, al separarla, añade:

–Todo conforme.

La matrona le sigue fuera, con la enfermera, pero a los dos minutos entra de nuevo para decirles que, una vez haya terminado una visita que tiene a las cuatro, volverá a la clínica para no moverse hasta que todo esté listo.

Es al salir esta segunda vez, cuando cierra la puerta, que Natalia le propone:

–No hace falta que te quedes tú tampoco. Ya ves que hay para horas.

–¿Dónde quieres que vaya? –pregunta él con una hipocresía obligada que le duele.

–Tienes que desayunar. Y sobre todo te convendría dormir un poco. –Le busca la mano, le sonrío–. En serio, Damián. Estoy bien, y está esa chica.

Sabe que no la verá más, porque durante la noche, mientras velaba su sueño, se ha dicho que, una vez fuera, ya no volvería, pero ahora duda de que pueda dejarla, y el combate que tiene lugar en su espíritu debe hacerse visible, pues la chica comenta:

–Tienes peor cara que yo... Créeme, Damián.

Sin embargo, no es eso lo que lo decide, sino que piensa en los papeles que debe guardar en la cajonera y que hoy se arrepiente de no haber llevado ayer, al terminarlos. Si no va ahora, no tendrá otra ocasión de ponerlos... Se inclina, pues,

y la besa en los labios con tanta fuerza, tan cálidamente, que, al enderezarse, ella hace:

– Mummmm ...

El corazón se le estrangula de pena, pero de algún lugar saca fuerzas para bromear:

–¿Hay algo que decir?

La chica lo niega, y murmura:

–Te quiero.

–También yo, Natalia...

Y necesita girarse deprisa, huir, para no estropearlo todo.

Como no ha tenido que escribir nada, a las diez y media de su tiempo ya ha cumplido la misión, y es entonces, cuando baja de la buhardilla en la noche del día de julio que ha escogido para entrar en una torre solitaria, quizás porque los Artola hacen vacaciones, que el recuerdo de las últimas palabras canjeadas con Natalia vuelven a hacer flaquear su ánimo. Se repite que no puede asistirle, que ni siquiera presenciara el desenlace, posterior al momento en que, a punto de entrar en su época, tendrá que abandonar la habitación para desaparecer sin testigos, y por eso continúa avanzando y entra en el saloncito que Jordina, a la muerte

de sus padres, ha convertido en una cámara acogedora, donde hace vida.

Obstinado en vencer esta voluntad de regreso a la clínica, se dice, si no se equivocará, y en un próximo viaje Natalia le esperará en un juzgado, pero no es suficiente. Ahora es el amante de la chica enamorada y grávida de él que le sonreirá con ternura; si ahora se va, nunca más debe ver esa mirada cálida ni debe oír esa voz confiada que le subyuga, pues no debe repetir un encuentro en aquella etapa, cuando, enamorados, la condena involuntariamente a morir...

A punto del viaje, para, pues, el gesto, la determinación, y, a grandes zancadas, sale de la pieza, abandona la torre protegido por la oscuridad nocturna y, al traspasar la valla del jardín, se traslada nuevamente al día diecinueve de septiembre del cincuenta y uno, cuando parpadea, herido por el rayo de sol que, repentinamente, le inunda.

Rehecho, no busca ningún taxi que ahora no necesita, sino que corre hacia la estación de las Tres Torres, a coger el metro que, a las once y media, le deja cerca de la clínica Barcino, donde nada es como creía o se imaginaba, porque en la habitación hay un médico y una enfermera que no conoce; ambos volcados con Natalia, que grita y llora al mismo tiempo, abierta de muslos y con las manos agarradas a uno de los hierros travesaños del cabezal. En el fondo del sexo, tan abierto que parece a punto de desgajarse, se distingue una masa oscura que ella se esfuerza por expulsar.

Los ojos parecen empañados y tienen una expresión fija, sin parpadear, que no se altera cuando el chico se mueve rápidamente y, por detrás de la enfermera, se acerca a la cabecera de la cama. Pero ella, que conserva la lucidez, le reconoce y grita:

–¡Me muero, Damián!

–Natalia...

El sudor le empapa la raíz del cabello, la nariz, el cuello y la divisoria entre los dos senos que expone parcialmente, y tiene la cara enrojecida por el esfuerzo, que, intenso y como parece, no será suficiente, pues el médico dice:

–Un poco más...

–¡No puedo!

Y el culo, que se levantaba, cae, los muslos se cierran vagamente mientras separa una mano del barrote y, a tientas, busca la suya en el momento en que entra la otra enfermera, la que por la mañana sustituía a Sara Nonell. Vendrá de telefonar al tocólogo y la matrona, porque explica:

–No están ni uno ni otro. Pero la hermana de la señora Alafara dice que sabe dónde está y que la avisará.

–¿Ha llamado al hospital?

–Sí, pero ya había salido, y en casa no la esperan hasta la hora de comer.

El médico vuelve a mirar hacia la parturienta, sobre una de cuyas rodillas reposa una mano de la enfermera que él no conoce y, poco convencida, dice:

–Repóngase un poco... Y cuando el dolor vuelva no deje de empujar.

Sobre la mesita hay una botella partida, una jeringa que hace pensar que deben haberle puesto una inyección, pero no lo comenta, sino que pregunta:

–¿Qué ha pasado? El doctor Rems y la matrona no lo esperaban tan pronto...

–Debería haber parido, ya –ronda el médico–. La criatura...

Le interrumpen los dolores de Natalia, que vuelven. La mano se escapa de entre las suyas y el cuerpo, que un instante parece que se retuerce, se levanta con un gran impulso, los talones se clavan en la cama y los muslos se separan de nuevo, uno de ellos dirigido por la enfermera, mientras el doctor se inclina sobre el vientre, reposa las manos a ambos lados, cabizbajo.

–Ahora... ¡Fuerte!

La chica cierra los dientes, que abre a continuación para gritar, y la enfermera, de ojos claros le seca la transpiración de la frente, de la cara que el dolor desencaja.

–Más... un poco más –dice el doctor, y los nudillos de Natalia se ponen blancos con el esfuerzo que se prolonga cuando a los cinco minutos de sufrimiento los dolores menguan otra vez y ella está tan cansada que apenas tiene ánimo de mirarlo. Hasta al cabo de un rato no murmura:

–No podré...

–¡Claro que sí!

–Es el primero, señora –dice el médico–. Es lo que más cuesta.

Cuesta tanto, que la siguiente ola de dolores dura quizá diez minutos, sin apenas interrupciones, y lo peor es que las fuerzas de la paciente merman de una manera visible; se nota en su cara, en el desmayo de las manos que garfían blandamente el barrote del cabezal, en el aflojamiento del cuerpo... El médico, inescrutable, aprovecha un momento de calma para auscultarla y, después, dice unas palabras en voz baja en la enfermera. Ricardo lo mira hasta que los ojos coinciden.

–No tiene espacio suficiente.

–¿Espacio? –repite, cejijunto.

–Es la cabeza del pequeño. –Levanta el brazo y consulta el reloj–. Quizá haya que sacárselo...

Natalia, que ahora tiene los ojos cerrados, no hace ningún movimiento, como si no lo hubiera oído, pero Ricard se alarma:

–¿Qué significa?

–Fórceps –dice el médico, casi adusto–. Le rasgaremos un poco, claro...

La chica llora, silenciosa, y sólo se da cuenta por las lágrimas que se le van escurriendo hacia la barbilla, abriendo surcos húmedos en la humedad de las mejillas aún entresudadas, y es entonces cuando los dolores la retoman de nuevo y, aterrada, se le abraza con un gesto desesperado y en lugar de agarrarse al hierro travesaño. Barbotea:

–No puedo... no puedo...

El médico, que se enfada, la regaña:

–¡Debe poner más energía! Y usted venga, que también puede ayudar –añade, quizás para arrancarle de sus brazos, que, por otra parte, ya le dejan cuando la enfermera de la mañana la sujeta por las muñecas–. Ponga las manos aquí –señala– y cuando sienta que hace fuerza, pulse. Es necesario ayudarla –reitera–. Esta mujer se nos debilita...

No pregunta cómo debe interpretarlo; olvidando que el tiempo vuela, obedece las órdenes del médico, inclinado sobre el vientre, cerca de la otra enfermera que abre más a Natalia, a menos de dos palmos de una vulva que es incapaz de identificar, una especie de garganta enrojecida entre la claridad de los pelos que, más abajo, desaparecen bajo el repliegue de los labios que se tensan, exponiendo la dulzura de la vagina que brilla tenuemente aunque parece seca.

–Más... más... más... –va diciendo el doctor, que ahora también suda, y Natalia grita, empujando con todo el cuerpo con la fuerza que todavía le queda, levantando sus dedos que ya ceden cuando siguen haciendo presión a pesar que la cabeza le rueda y se siente como mareada por ese sufrimiento que no mengua, por los efluvios que le tapan el espíritu...

En el último momento, tiene todavía suficiente conciencia de sí mismo para enderezarse con un gesto brusco y echarse atrás, movido por un impulso de huir, mientras la voz del médico, que cambia de tono y de repente parece alegre, dice:

–Ahora... así... un empujón más... ¡Ah!

V. EL ORIGEN

1

La habitación. Clara, blanca, desierta. Cama, mesa, aseo, silla, radiador, ventana. La oscilación de las paredes, del suelo, del techo... Cierra los ojos, sacude vagamente la cabeza, los abre. El movimiento se acelera y entran los objetos, el propio cuerpo que vacila y necesita apuntalar con una mano que busca la pared mientras en su interior parpadean luces que casi se apagan, están a punto de fundirse y brillan de nuevo, débilmente. Se hunde con la pared que se aleja, se agarra al lavabo que sale como disparado y la otra mano frota la silla, la hace resbalar hasta que chasquea al caer él encima, la cabeza contra la puerta... Ráfagas de sombra le mutilan el gesto cuando en la plenamar del vaivén sube los dedos hacia los tres pomos que se alternan, se sustituyen, simultanean en alturas

diferentes, y los anula en el momento de agarrarlos o los desplaza a distancias mínimas e inalcanzables... Ahora. La solidez. El movimiento. La lenta ascensión por el túnel, por el cariz pulido, la luz que pulsa, una dilación interior, el martillo que bate las sienas, el desdibujo de unas piernas terriblemente blancas y el grito ahogado...

Jordina y otra chica, más joven, compactas, inmóviles contra la luz que las siluetea con firmeza.

–¿Me he desmayado?

–Sí.

–¿Mucho rato?

–Unos minutos. ¿Cómo te sientes ahora?

–Bien.

Mira a su alrededor, la habitación más pequeña con una ventana estrecha y dos vitrinas llenas de frascos y objetos que brillan...

–¿Crees que puedes levantarte?

–Sí –y se mueve para enderezarse, pero la mano de la chica le frena.

–Poco a poco –recomienda, y la otra enfermera pregunta:

–¿Te llamo el taxi?

–Sí. Y gracias, María.

Solo, se miran, él incorporándose sin violencia, y Jordina dice:

–¡Cómo me has hecho sufrir! ¿Qué te ha pasado?

–Quise quedarme con Natalia hasta el último momento, y entonces... Estaba a punto de parir y no podía.

–Ya lo sé.

–¿Ya lo sabes? –se sorprende, sentado en el borde de la cama.

–He hablado con Nonell y con otra enfermera de aquel tiempo... Quería decir lo que te había pasado a ti. Te has abatido a los pies de María.

Ricardo se pasa la mano por la frente.

–Supongo que todo se debe al mareo. No el del viaje, sino... No puedes imaginarte cómo era, con ella que sufría de esa manera y nosotros, el médico y yo, que ayudábamos. Un mal momento para trasladarse. Se habrán combinado ambas cosas, esa angustia que sentía por ella y el malestar de costumbre... –Se esfuerza en sonreírle–. Pero ya ves que he llegado bien. ¿Qué le has dicho a tu compañera?

–La verdad, que eras mi novio. Entre ambas te hemos traído aquí... ¡Ah! –suspira–. Qué suerte has tenido que no hubiera nadie en la habitación. Esta mañana habíamos dado de alta al paciente. ¿Por qué haces estas imprudencias? Cuando era tan seguro y tan sencillo volver a casa... Me has hecho pasar muchos nervios, Ricardo. Porque lo sabía y no podía hacer nada por evitarlo.

–También sabías que todo iría perfectamente.

–No. Allí sí, porque todo había pasado, pero aquí estaba por pasar. Podías tropezar con alguien –le recuerda.

–Fue más bonito cuando nos encontramos en el común, cierto –pondera–. ¿No lo has olvidado, verdad?

–No he olvidado nada esta vez. Ni tú.

–No –y mueve la mano hacia su pierna enfundada de blanco, le toca las rodillas, y por debajo del uniforme, sube los dedos por las medias, hasta la carne.

Desde el umbral de la puerta, recién curiosa, María dice con una malicia que no parece que se avenga demasiado con la expresión ingenua de su cara:

–Ya veo que se recupera... El taxi enseguida estará aquí.

Lleva un abrigo colgado en el brazo y lo alarga a Jordina mientras él, que ha retirado la mano sin prisa, se levanta y,

bien firme sobre los pies, como si nada le hubiera pasado, la sigue hacia la puerta y, entonces, por el pasillo, por el que avanzan con María, que no los deja hasta el vestíbulo-salita de la planta, donde él la regracia y se excusa:

–Perdona si te he asustado...

–No ha sido nada. Lo importante es que ya estés bien... y en buenas manos –añade ojeando expresivamente hacia Jordina.

Los tres ríen y, después, escaleras abajo, Ricardo comenta:

–Es más vivaracha de lo que parece...

–Más de lo que crees.

–¿Cómo le has explicado que estuviera aquí en la clínica?

–Cuando ha sabido que eras mi novio, no ha sido necesario contarle nada más. Más extrañada estaba antes, al ver que remoloneaba.

–¿Cómo, remoloneas?

–Hace rato que debería estar fuera, Ricardo. Hace tres días que me cambiaron de turno, y hoy me he entretenido por esperarte. Ya te he dicho que sabía que volverías aquí... No te imaginas qué revuelo provocaste, en aquel momento. Claro que por último todo el mundo acabó creyendo que

habías dejado la habitación sin que se dieran cuenta. Ya te lo contaré.

Se lo cuenta en la torre, donde empieza a hablarle de la visita que hizo a Sara Nonell, muy admirada de que ahora, al cabo de tantos años, alguien, o precisamente ella, Jordina, se interesara por esa criatura que personalmente no había visto nacer, si bien recordaba el ingreso de la madre y el novio que le acompañaba y que no era su marido. De cómo había ido el parto no se enteró hasta el día siguiente, al reanudar el servicio y cuando toda la clínica estaba llena del ataque de histerismo que tuvo la Neus Bocana, la cual pretendía que el chico se había desmaterializado cerca de ella. Es decir, no pudo pretenderlo hasta al cabo de un rato, cuando ya se había recobrado, porque de repente cayó como muerta a los pies de la cama.

–Parece que primero pensaron que le habían impresionado las circunstancias del parto, los gritos de Natalia, que la chica se desgarrara... Porque se desgarró. La cabeza era demasiado grande, o quizás ella tenía el puente un poco estrecho, no sé. El hecho es que la Bocana perdió el conocimiento cuando el niño salía, y hubo que acudir a auxiliarla sin desatender ni a la criatura ni a la parturienta, que aún retenía la placenta. Todos estaban apurados y, de momento, ni pensaron en Damián, en ti, que estabas allí, o habrías tenido que estar. Nadie te dedicó un pensamiento hasta que ella, al revivirse, se puso como frenética, explicando una y otra vez que te habías fundido... Los demás

eran incapaces de recordar nada con precisión, todo el mundo estaba pendiente de Natalia.

Claro, al saber que Neus Bocana todavía vivía, no había tenido suficiente con la narración de segunda mano y, como Nonell sabía dónde se estaba y se avino a darle la dirección, se fue a ella y se presentó.

–¿Con Sara?

–No, sola. Ellas dos, que se habían relacionado bastante, después riñeron, y todavía están disgustadas. Quizá por eso Nonell me advirtió de que no me fiara demasiado de lo que me contara, porque era muy imaginativa. Y la otra pobre mujer no lo es en absoluto.

–Debía querer saber por qué ibas a hacerle preguntas. Como la otra...

–Sí. A ambas les he dicho que la chica aquella, Natalia, era parienta de casa, que a su tiempo se había escapado con un muchacho y que yo ahora había conocido a un chico que era o se hacía pasar por su hijo. No parece que hayan encontrado extraño que este lío me intrigara, y Neus menos que Nonell, ya que es un alma de botijo.

La acogió muy bien al saber que trabajaba en la clínica Barcino, de la que tenía muy buenos recuerdos y que no habría dejado, le aseguró, si su novio, al casarse, no la hubiera querido en casa.

–Primero necesité tragarme toda su historia. Matrimonio sin hijos, marido distraído y volátil a partir del segundo año, viudedad solitaria desde hace tres, cuando él la dejó sin ni cinco, sólo con una pensión que justo si le llega... Miserias.

No había olvidado nada de lo que sucedió ese día porque aún ahora, le confesó antes de terminar la entrevista, no estaba tan convencida, e hizo temer que todo fueran imaginaciones suyas. ¿Cómo podía impresionarla hasta ese extremo un parto, por laborioso que fuera, cuando ya estaba suficientemente bregada en cosas peores? No, el chico, que estaba a su lado, apretando el vientre de Natalia, se había enderezado un poco, echándose hacia atrás, y ella observó que estaba muy pálido al mirarlo sin dejar la pierna de la parturienta, que, nerviosa como estaba, tendía a cerrarlas, dificultando todavía más el alumbramiento, y entonces, de repente, vio que se hacía invisible. No tuvo ni tiempo de decir ¡uy!, cuando ya no estaba en la habitación, sino en otra cama, donde la llevaron...

–Como a ti –comenta, y él dice:

–Y de lo que pasó después, ¿qué sabe, o qué recuerda?

–¿De Natalia?

–De ella y del niño.

–Natalia no murió enseguida, como pensábamos, sino al cabo de dos días. Tuvo unas hemorragias muy fuertes que,

según Bocana, nada justificaba si, como dijeron los médicos, no se le había quedado nada de placenta dentro... Ella cree que todavía habría podido salvarse si hubiera tenido la voluntad, pero no la tenía. Creía que la habías abandonado, Ricardo. No te veía cerca de ella y quizás le llegaron algunos rumores de lo ocurrido y ella los interpretó a su manera.

–Me cuesta creer. Estaba el niño... ¿Qué se hizo de él? ¿Fue a parar a un orfanato?

–No; se lo llevó la familia.

–¿Qué familia?

–La de ella, por supuesto.

–¡Si no se veían! Y ahora puedo asegurarlo porque lo sé de primera mano. Durante esta semana que hemos convivido, no nos hemos referido ni una sola vez a esa gente.

–Sólo te repito lo que me ha dicho Neus, que no debe inventarlo. Y fíjate que coincide con lo que te contó Mercè.

–Y razona–: No sería tan raro que les hiciera avisar, al encontrarse tan sola...

–He estado en casa de la madrastra, Jordina –le opone el chico–. Ya sabes cómo reaccionó, qué clase de mujer es... No, aquí hay un lío, como con todo lo que se relaciona conmigo, porque tú todavía no sabes lo peor.

Ella le mira, alerta.

–¿Lo peor? ¿Qué has averiguado?

–Pues eso, sólo que los Sureda no son mis verdaderos padres. ¿Qué te parece?

Pero no espera respuesta, sino que se lo relata todo, contándole punto por punto la experiencia vivida, tan arrastrado por sus sentimientos que no le oculta ni su amor por Natalia ni lo que se proponía especialmente de reservarse: la segunda redacción de los papeles que ella encontró en la cajonera ocho años atrás y que ahora le hace sacar de dónde los guarda para comprobar que existen verdaderamente.

Jordina, sin embargo, conserva la calma incluso cuando le confía, incapaz de contenerse, su tentación de volver al pasado y establecer con la chica una especie de relación que le evite quedar embarazada por sus obras y la salve, pues, de la muerte. Tan sólo después se da cuenta de que puede haberla herido con su vehemencia, pero ella lo niega.

–No, Ricardo. Quizá sea porque te quiero que lo voy entendiendo... Estoy estremecida, sí, pero al mismo tiempo me gusta que seas de esta manera.

Y él, más tranquilizado, dice:

–Es lo único positivo que habré sacado de toda esta aventura: conocerte, amarte y que me quieras.

–Ya nos conocíamos –le recuerda Jordina, y le coge las manos–. En un momento u otro, quizás cuando apenas eras un adolescente, te seduje.

–¡Lástima que nunca sabremos cómo!

–Supongo que no... Hay otras cosas, en cambio, que sí podemos saberlas.

Pero Ricard, que sigue mostrándose pesimista, pone límites a esa confianza:

–Sólo que soy un chico adoptado, si acaso.

–Y también lo que pasó con tu hijo.

–No. ¿Quién nos queda, para preguntárselo? Quizás la matrona, si la encontramos.

–Lo pensé –dice Jordina–. La pega es que la Bocana no recuerda su nombre ni dónde vivía.

– Alafara –le interrumpe él.

–¿Cómo?

–La matrona. Se llama Alafara. Recuerda que he tenido tratos.

–Falta que esté viva.

–Era relativamente joven; hacia los cuarenta.

–Hay otra manera, Ricardo... ¿Por qué no vas a encontrar a Mercè el año cincuenta y uno?

Él se queda parado.

–¿Quieres decir?

–Es lo más seguro, y lo más rápido. Si vas hoy, en cuestión de horas podemos saberlo todo.

2

Aquí no está la llave en la cerradura, pero la puerta está ajustada y se limita a golpear con los nudillos mientras ya la empuja y entra en los bajos sumergidos en la penumbra; no hay suficiente luz fuera ni electricidad, dentro. Ha tropezado un día de restricción y Mercè no se ha preocupado de encender ninguna vela, ningún quinqué, quizá porque hace rato que ha salido. La vieja, en cambio, está sentada en el otro extremo del comedor, tocando la puerta de la salida,

perfilada contra el poco de claridad hacia la que él avanza después de haber gritado inútilmente.

No le sorprende ninguna impresión de familiaridad, pero recuerda lo que decía Damià en sus papeles y, cuando se acerca, comprueba que tiene unos ojos aún inteligentes, cuya expresión, al verlo, le hace pensar que le identifica sin esfuerzo y que le acoge amigablemente. Por eso, con un gesto cariñoso, reposa unos segundos la mano en su hombro y le sonrío al saludarla:

–¡Hola, abuela!

Sabe que no le puede responder, pero la mirada sí parece que lo haga, e incluso diría que le anima a hablar. Sin embargo, no tiene tiempo de dirigirle otra palabra: las tres bombillas de la lámpara que cuelga sobre la mesa se encienden y, simultáneamente, se oye el golpe de la puerta de la calle.

Es Mercè, que entra precipitada con una bolsa de red en la que hay algo envuelto.

–Estaba aquí delante y te he visto... ¿Qué santo se ha colgado?

–Que yo sepa, el último fue san Judas –bromea–. ¿Por qué?

–Hace tiempo que no me hacías dos visitas tan seguidas...

Ha contorneado la mesa, donde deja la bolsa sin detenerse, y lo besa en los labios con una boca fresca que sabe a menta, como si se hubiera comido un caramelo.

–Caminando, ¿verdad? –le dice.

Y la chica saca la lengua, en cuya punta todavía se puede ver el resto de una golosina. Después retira una silla de la mesa, se sienta:

–Deja que me quite los zapatos, que me matan. ¿Cómo va todo? Natalia, el pequeño...

–Muy bien... Normal.

Observa cómo cabalga una pierna sobre la otra y se inclina a quitarse el calzado. Las mangas de la blusa, hasta debajo del codo, se suben, revelando los brazos robustos que vuelven a quedar parcialmente cubiertos cuando endereza de nuevo el busto, ya descalza, y lo mira:

–Si fueras un buen muchacho me traerías las sandalias... Están en el baño.

Ve la báscula donde, según Damià, se pesa cada mañana, y dos toallas muy machacadas, no muy limpias, una de ellas a punto de caer al suelo, unas prendas interiores en el bidé y unas medias que cuelgan del brazo de la ducha. Exactamente como pudo imaginarlo.

Fuera, ella sigue en la misma actitud, los labios vagamente abiertos en una especie de sonrisa reservada que le hace preguntar:

–¿Qué piensas?

–Nada... –Pero lo desmiente enseguida al decir–: ¿Te quedas?

–Ya sabes que no, Mercè –contesta, porque es la respuesta que habría hecho Damià y, por otra parte, no quiere pasarse toda una noche en el cincuenta y uno.

Ella, acostumbrada, se lo toma bien, con un pequeño encogimiento de hombros resignado, sin insistir. Le pide:

–¿Me las pones?

Flexiona una rodilla con una de las sandalias en los dedos y la chica introduce el pie de la pierna que cabalga, espera que la abroche y, cambiando de posición, le ofrece el otro pie mientras se inclina más, lo suficiente para cogerle delicadamente las manos cuando él ya ha terminado y las hace remontar con lentitud hacia las rodillas, donde Ricard, dócil, las reposa, mirándola, atraído por aquella expresión falsamente vergonzosa del rostro que tan bien conoce en la mujer de cuarenta y tantos años y que en la Merced de ahora no es nada menos espontánea, aunque parezca, paradójicamente, poseer una malicia más ingenua.

Siente la presión de los dedos que le acucian a seguir adelante, ve el leve movimiento de la cara que le anima, pero entonces recuerda a la mujer sentada quizá a dos metros de distancia, detrás de ella, y murmura:

–La abuela...

–Ya sabes que le gusta que me quieras.

Lo debía saber Damià, pero a él, Ricard, le desconcierta y le hace vacilar a pesar del deseo de que las disposiciones de la chica le despiertan, de lo agradable que le resulta el tacto de los muslos carnosos y cálidos, una emoción contra la que intenta luchar cuando protesta débilmente:

–Quizá lo pensamos...

Mercè aprovecha que tenga la cara inclinada para aplastarle la boca con los labios, pero después se endereza y le susurra:

–Vamos al dormitorio, pues...

Es quizá al cabo de tres cuartos de hora, cuando todavía la tiene abrazada y la siente terriblemente enternecida por el gozo que acaba de darle, que le dice:

–Merce...

Ella le besa, como si respondiera a una caricia más de las muchas que se han hecho, y al separar los labios le toca, le recoge la mano para que le palpe las ubres.

–¿Te gusta?

–Mucho, Mercedes. Siempre me ha gustado.

–¿Aunque esté Natalia?

–Sí. Y tu amigo.

–¿Por qué no te quedas entonces?

–Quizá otra vez, más adelante... Quería pedirte algo, Mercè. Algo que sólo puedo pedirte a ti, porque te tengo tanta confianza...

La chica se separa un poco para mirarle y él sigue tocándola, pero ahora con una expresión penserosa, grave.

–Es sobre el niño que espera a Natalia... –dice.

–¿El niño? –y se incorpora a su lado, atribulada por aquella salida que no podía esperarse–. ¿Qué le ocurre?

–Nada. Pero mejor preverlo todo. Piensa en mi situación. Me podrían detener y encarcelar... Imagínate que me encerrasen y a Natalia, mientras, le pasara algo. Ya sé que son pocas, pero todavía hay mujeres que mueren de parto.

–No tienes que pensar en eso.

–Al contrario, tengo que pensar en ello. Ya sé que es muy improbable que ocurran todas estas cosas que he dicho a la vez, pero tampoco puedo descartarlo. Y, si así fuera, podría ser que, al salir, no supiera lo que se ha hecho de la criatura. En cambio, si había alguien que se preocupara de ello...

La chica, que se mordía una uña, tiene otro sobresalto:

–¿Qué quieres decir? ¿Que lo adopte?

–No, no... No te lo darían a ti. Eres soltera, tus medios de vida no están muy claros, y seguro que tampoco te favorecerían los antecedentes familiares.

–¿Qué puedo hacer entonces?

–Sólo una cosa; no perderlo de vista. Entiende, no quiero decir que lo vigiles, sino que procures saber qué se hace para que yo pueda reencontrarlo. Nada más.

Mercè, que ha terminado doblando las piernas bajo el culo, pone una cara empeñada como raramente le ha visto poner y, como si se lo dijera a sí misma, reflexiona:

–Y entonces deberías casarte o amistar con otra...

–No veo la relación.

–Pues está ahí. ¿Qué hace un hombre con una criatura pequeña?

–¡Ah! –Y aclara–: Reencontrarlo no significa recuperarlo. Ahora, si no quieres hacerlo...

–¡Naturalmente que sí! –protesta Mercè–. ¡Como si te hubiera negado nunca nada! Pero me dejas confundida... ¿Quieres decir que no me escondes algo?

–No, Mercedes. Si hubiera algo, te lo diría. ¿Lo harás entonces?

–No es que te lo merezcas –murmura la chica, asintiendo.

–¿Quién lo ha dicho? –y alargando los brazos, la atrae encima.

Ya es más de media tarde cuando vuelve a emerger en la torre de la calle de Castellnou, cerca de una Jordina preocupada que entretiene la espera ante la televisión. También habrá intentado leer porque en el suelo, a su lado, hay un libro abierto boca abajo.

–¡Ya era hora! –exclama, y cierra el aparato.

–No he podido evitar quedarme a pasar la noche –confiesa él con franqueza.

–Una noche algo larga...

Sin embargo, aunque el comentario y el gesto sean reprobadores, le sonrío cuando se le sienta cerca y escucha con interés las explicaciones que el chico le da, lo suficientemente abreviadas para que después comente con ironía:

–Versión expurgada.

–Jordina... –se queja.

–No, si lo entiendo... También yo tengo noticias, pero las he podido obtener sin... digamos sin hacer sacrificio alguno.

–Ya veo que estás molesta.

–Pues sí, y me alegro de que seas tan perspicaz –dice, sarcástica–. ¡Es toda la noche, Ricardo!

Él, un momento a punto de excusarse, levanta la mano hasta su cara y, como tantas otras veces, le separa el pelo de la mejilla, se lo acaricia.

–Te quiero, Jordina.

–¡Qué barra! –protesta la chica, que no sabe qué postura adoptar–. Te pasas horas y horas en la cama con esta Mercè y...

–Sí. Y te quiero... Porque te quiero, claro. Pero ¿sabes por qué más?

–No. Y no sé si quiero saberlo.

–Porque tú también me quieres –y, brevemente, le frota los labios con los suyos, que no tienen tiempo de negarse al contacto–. Y aún por otras cosas.

–¿Cuáles?

–Porque me sedujiste de adolescente, como dices, y no te ahorraste nada.

Jordina casi se atraganta.

–Que no...

–No; nada. Supongo que Mercè es un buen juez.

A ella la cara se le enfurece como si estuviera a punto de llorar, de gritar, de insultarle, pero entonces la expresión se le metamorfosea a través de frases rápidas que desembocan en un relámpago risueño de los ojos y los labios.

–Los demás, ¿no? Uno o muchos...

–Sí.

–¿Y si aprendimos juntos, Ricardo?

Pero él lo niega, vuelve a tocarle la cara con tierno gesto.

–Me gusta más la idea de la seducción... –y le sigue la línea de la barbilla–. ¿Qué noticias?

–Recuerdas que hablé con aquella amiga de la administración... Me ha encontrado el libro de registro del cincuenta y uno.

–¿Lo has visto?

–Sí. Señala el ingreso de Natalia el día dieciocho de septiembre y su fallecimiento el veintiuno. No dice ni una palabra de la criatura aunque en la entrada ponga que se interna en la «sección maternal». Pero supongo que la omisión no es intencionada. Es un registro muy descuidado y he podido comprobar, al seguirlo, que de otros muchos pacientes también faltan datos. Hasta he encontrado a uno que salía cuando, según el libro, nunca había ingresado.

–Bueno. Ahora ya no importa. Si Mercè ha cumplido, mañana lo sabremos todo.

–¿Mañana?

–Sí, esta noche quiero hablar con mi madre.

Pero a las ocho, cuando se dirige hacia la calle de Buenos Aires, en el piso no hay nadie y la visita de la Mercè, que llama al ver luz desde la salida, le obliga a modificar sus planes. Le inquieta un poco tenerla allí, frente a él, madura y vestida, cuando de acuerdo con su tiempo subjetivo hace

apenas unas horas que holgaba con la chica de veintitantos años. Involuntariamente recuerda palabras y gestos, y en su mirada habrá algo desacostumbrado, pues la mujer se turba y enrojece sin coquetería mientras le está diciendo, al pie de la puerta, que ayer por la tarde la madre se fue de excursión con unos amigos.

–¿De excursión?

–Sí; a Montserrat.

No se cree nada y, de repente, se da cuenta de que precisamente ahora, cuando ya sabe que entre ellos no hay ningún parentesco de sangre, le molesta que se lo haga con Víctor de una manera tan descarada y aproveche su ausencia para pasar un par de días con sus noches. Porque sólo puede haberse ido con él.

–Me dijo que no volvería hasta mañana por la tarde... ¿Y tú lo has pasado bien?

–Sí, muy bien.

Observa que se ruboriza de nuevo, como si asociara aquellas palabras con una noche que vivieron, desde su punto de vista, tanto tiempo atrás. Incluso la voz parece que le tiembla cuando le propone:

–Puedo hacerte la cena, si quieres...

–Entra –dice él, y cierra la puerta que tenía apretada.

Acaba de preguntarse si, a través de los años, puede haber una coincidencia precisa del pensamiento, aunque para Mercè aquella aventura fuese vivida con otro. Esta posibilidad le excita, y no puede esconderlo cuando, una vez en el comedor, la sienta, se instala a su lado y le pide:

–Mercè... ¿Serás sincera, si te pregunto algo? Algo que puede ser muy íntimo...

Ella, que le miraba, baja un poco la cabeza con un gesto que no es exactamente de asentimiento, porque dice:

–No sé... ¿Qué es?

–Ahora hace un momento, en la puerta... ¿En qué pensabas?

–En eso que te decía de tu madre... ¿En qué podía pensar?

–No, Mercedes. Te has ruborizado toda... Dímelo. ¿Damián, tal vez?

Parece que vaya a negarlo, pero entonces afirma mudamente, enrojeciendo todavía.

–¿En qué, concretamente?

–No puedo decirlo, Ricardo.

–Sí –dice él y, decidido a todo, introduce una mano entre sus rodillas y se las separa para tocarle los muslos–. Sí, Mercedes.

La mujer mira la mano que desaparece bajo las faldas y las arranca hacia el sexo, pero tarda un momento en detenerla con la suya, cuando murmura:

–No...

–¿No qué?

–Me doy vergüenza ahora.

–¿Por qué? Bien lo querías, días atrás.

–Déjame, Ricardo... –le pide, y se levanta como para huir.

El chico avanza la otra mano, las sube ambas por la parte de fuera de los muslos, hacia las caderas, mientras, sentado todavía, le atrae contra suyo y, al encontrar la cintura de las bragas, se las echa abajo desde atrás.

–¡Ricard! –protesta Mercè–. ¿Qué haces?

–Te quito las bragas, Mercè. Cómo debía hacer Damián.

Ella, desequilibrada, apoya las manos en su hombro y agrega:

–Entonces era joven...

–Y ahora pensabas en ello. Has pensado en verme...
Dímelo.

La mujer se calla y, como si las piernas se le debilitaran, se sienta sobre la falda con Ricardo, abrazándola.

–Una noche que vino... –balbucea–. Cuando me pidió lo del niño de Natalia...

A él el corazón le corre, poseído por una sensación de victoria, y ni se da cuenta de que la mano que todavía tiene bajo las faldas la está palpando, o que ella se mueve, empotrándole más, frotándolo con todo el cuerpo, encendido por unos recuerdos que ahora alimenta su proximidad...

–¿Qué te pidió?

Pero la mujer no le escucha, no le oye, y va desgranando, con una precisión pasmosa, como si todo fuera de ayer, las incidencias de ese día, desde que le vio entrar en casa desde una tienda de delante hasta que se separaron, la mañana siguiente, y ahora le identifica de lleno con aquel Damián, le dice «me hiciste», «te besé», y Ricard, fascinado por aquella resurrección que tiene lugar en su interior, se deja arrastrar por su desazón, la comparte, se olvida incluso de la pregunta que no formula de nuevo ni después, cuando Mercè, al volver de muy lejos, de aquella profundidad que le ha dejado los ojos agónicos, le abraza una vez más, fuerte, y entonces,

sin una palabra, se levanta y, dejándose caer las faldas sobre los muslos, corre hacia la puerta antes de que tenga tiempo de retenerla, y abandona el piso.

Sin embargo, es ella quien le llama por teléfono a la hora de cenar y la primera que, ya sentados en la mesa, se refiere a lo que ha ocurrido al pedirle, como hizo en otra ocasión:

–No se lo dirás a nadie, ¿no?

–No.

–No quiero que se rían.

–¿Y por qué deberían reírse?

–Porque soy mayor y estoy tan gorda.

–Algunos me envidiarían –la consuela–. ¿Por qué has huido hace un rato?

–Quería... –Vacila, baja los ojos–. Tenía que lavarme.

–También en casa hay cuarto de baño, Mercè. No es esto, pues. ¿Por qué?

–Tenía que hacer la cena.

–Era temprano, todavía –objeta el chico, implacable–. ¿Qué dices?

Ella calla, lo mira, vuelve a desviar la mirada y, con un hilo de voz, confiesa...

–Tenía tantas ganas de llenarte de besos que me he sentido ridícula. Ahora ya lo sabes.

–¿También te sentías así con Damián?

–No. Teníamos, más o menos, la misma edad. Tú podrías ser mi hijo.

–Pero no lo soy. Por cierto, me has dicho que te pidió algo sobre el niño que esperaba Natalia...

–Estaba atemorizado por si le pasaba algo... ¡Qué presentimiento! Porque desapareció y ella murió. Me prometió que procurase saber quién se hacía cargo del pequeño, si vivía. Ni él ni yo nos imaginábamos, entonces, que en aquellos momentos estaría en Madrid, por lo que no pude interesarme hasta al cabo de unos meses, cuando me lo dijeron todo.

–¿Todo qué?

–Pues eso, que ella estaba muerta y que de Damián no se sabía nada. No me fié de lo que me contaban en Bordeta, y me fui a la clínica, donde me dijeron lo mismo y que el niño se lo habían quedado los abuelos.

–¿Lo comprobaste?

–Sí. Una enfermera me dio la dirección, en el Poble Sec, y hablé con la abuela, Sabina, si no recuerdo mal. Pero me dijo que no, que no sabía nada, ni ganas, y casi me cerró la puerta en la cara... Hasta después no pensé en la matrona, la señora Alafara.

–¿Quizás la conocías?

–No. También me lo dijeron en la clínica, quién era. Pero no saqué nada, aunque se creyó, creo, que había sido una amiga de Natalia, como le hice ver. Fue muy amable, eso sí, pero con la excusa de que estas cosas eran confidenciales sólo se vino a decirme que el pequeño había sido legalmente adoptado por un matrimonio solvente... ¿Qué podía hacer más?

–Nada, Mercè –la tranquiliza Ricard–. Lo hiciste muy bien. Pocas personas se habrían tomado tantas molestias por alguien que, al fin y al cabo, no te era nada.

Pero la mujer protesta:

–¡Claro que me era! Era hijo de Damián.

–Pero se lo había hecho a otra.

–No importa. Si hubiera querido, pudo hacermelo a mí. Solo que entonces no quería, yo, criaturas. Si fuera ahora...

–Aún estás a tiempo –le recuerda Ricard, y la mira.

Ella se encarna como una amapola y los párpados le baten sobre los ojos instantáneamente turbados.

–¡Me daría tanta vergüenza!...

3

Ya es de noche cuando le comunican que la madre está gravemente herida, pero al salir apresuradamente de casa y detener un taxi todavía no sabe que lo único que podrá hacer será identificarla. Como averigua después, si bien todavía no estaba muerta al recogerla la ambulancia, ya ingresó cadáver, como Víctor, al que el volante del coche hundió las costillas cuando, al tener un ataque al corazón y perder la dirección del vehículo, toparon violentamente, de cara, con un pesado camión de una empresa de transportes de muebles. El motor se incendió, pero otros conductores acudieron a tiempo, uno de ellos con un extintor portátil, para sacarlos antes de que se quemaran.

Hay que llenar papeles, hacer diligencias rechazando las lágrimas que en el primer momento no puede evitar, hundiendo mal, para reencontrarlo después, ese dolor intolerable que le rasga el alma, aunque tenga la certeza de

que aquella mujer no es su madre. Como si lo fuera se ha portado desde que lo recuerda, desde siempre le ha amado como un auténtico hijo, y él le ha correspondido. Un detalle de sangre no puede hacerla ahora una extraña, como tampoco lo hubiera sido si, sin ese accidente que le frustra, hubiera conseguido hacerle confesar que no era un fruto de su vientre.

Recuerda su ternura, que le ahorraba castigos de pequeño y le confortaba de sus tristezas de niño; como acogía con comprensión sus preguntas y le tranquilizaba las inquietudes de pre-adolescente que en todas partes ve castillos inescalables. Y la amistad, esa amistad no tan habitual entre padres e hijos que le hacía cómplice de su vida de mujer, de esa vida que le ha llevado a una muerte estúpida, prematura...

Olvida sus propios problemas, los viajes arriba y abajo del tiempo, Mercè, incluso Jordina, en la que no piensa cuando vuelve a estar en casa y la chica, extrañada de no saber nada de él, le llama y se entristece al oír que, mientras le explica los hechos, aplasta el llanto que se ha visto obligado a reprimir horas atrás y que ahora, a través del tabique, también llega a las orejas de su vecina, todavía despierta.

Es pues allí que se encuentran ambas, la chica que acude desde la calle de Castellnou y la mujer que tiene tan cerca y que se trasiega toda, sorprendida por una especie de temblor que obliga a Ricard a serenarse y a hacerle beber

algo de licor. No acaba de recobrase hasta que llega Jordina, en la que no parece que vea a una rival aunque entienda fácilmente, por cómo abraza al novio, qué tipo de relación les une. La acepta sin ningún deseo de disputarle el terreno y, más tarde, cuando se ha ido porque entra de servicio y ella todavía se queda, dice:

–¡Qué bonita es, Ricardo!

El chico que, más que nunca, se muestra propenso a enternecerse, ablandado como está por la desgracia, la abraza, y es así, sentados en el sofá, cómo se duermen y se despiertan al cabo de dos o tres horas, cuando todavía hay trabajo por hacer y hay que redactar la esquela, comunicar la defunción a los vecinos y conocidos, buscar el título de propiedad del nicho, en el cementerio de Les Corts...

Son ellas dos que, al no haber familiares que recuerde, le apoyarán durante las ceremonias religiosas que preceden al entierro, pues la madre, no practicando y todo como era, querría que en este último acto le asistiera la Iglesia. Es con ambas, en un segundo término discreto, que recibirá condolencias indiferentes en la capilla, y con ambas y nadie más que, en el cementerio, verá desaparecer el féretro hacia el interior del agujero negro donde, a continuación, los albañiles levantan tapia.

Es una mañana clara y aún tibia de otoño, y en el piso, cuando vuelven, dejan la puerta de la salita abierta para que

el sol avance más por el suelo. Mercè, que se encuentra mal, pues la muerte le impresiona mucho si se encara con sus formas externas: cadáver, ataúd, coche fúnebre, tumba, se va a tumbar un rato en la cama y ellos dos se sientan en el estudio, donde el chico, que no se resigna a ver frenada la curiosidad que le inspira su origen, habla ante una Jordina algo preocupada cuando le oye decir que, muerta la madre, todavía hay una solución: acudir de nuevo al cincuenta y uno y servirse otra vez de la Mercè.

–Si yo renunciaba a irme con Natalia y me quedaba a vivir con ella, o bien le aseguraba unos ingresos suficientes, seguro que podría convencerla de no seguir al funcionario en Madrid, o incluso de reñir antes. Y, si se quedaba, supongo que podría conseguir que se hiciera amiga de mamá.

–No es tan sencillo, Ricardo –reflexiona Jordina–. ¿Cómo lo harías para darle a entender que vigile el nacimiento de un chico del que no puedes decirle nada?

–A través de mamá, sabría de dónde lo ha adoptado. Quizás con esto sería suficiente para orientarnos.

–Muy bien. Pero no sé si has pensado en otra cosa: ¿cómo va a reaccionar ante tu desaparición, cuando tengas que volver para no entrar en tu tiempo?

–Habría que contárselo –dice, y la chica se sobresalta:

–¿Serías capaz de hacerlo?

–Si tú no quieres, no, pero ¿a qué nos exponemos, Jordina? Mercè no se lo dirá a nadie, si se lo pido. Y si hacía alguna imprudencia, teniendo en cuenta que su vida será otra si se queda en lugar de marcharse, tampoco podría revelar el secreto, que no hace falta que le confíe. Bastará con que sepa que existe.

Jordina, que se sienta en la butaca plástica, cruza y desencruza las piernas, algo nerviosa.

–Falta que lo crea.

–Puedo hacerle una pequeña demostración.

–Claro... Pero ¿te das cuenta de que al contarle todo esto y pedirle este servicio, le concedes unos derechos sobre ti? Cuando se vuelva a encontrar, aquí, en nuestro tiempo, querrá seguir siendo tu amante. ¿Y qué haces entonces conmigo?

Ricard, que no se había planteado este problema, se pasea arriba y abajo del estudio, se detiene, toca y cambia innecesariamente de lugar lápices y tintas que tiene sobre la mesa, reanuda las idas y venidas, se gira.

–Podríamos hacer otra cosa. Porque, a ti, no renuncio, Jordina... Se lo podríamos contar todo ahora, dejar bien claro que tú y yo nos queremos...

–¡Ah, sí! ¿Y se conformará? –dice ella, amarga, y él se acerca.

–Si vemos que no se conforma, lo dejaremos estar. Pero se avendrá, ya lo verás. Al fin y al cabo, es una mujer razonable.

Quizás porque lo es le cuesta tanto aceptar que no le levanten la camisa cuando, esa misma noche, la hacen sentar entre ambos, ya rehecha de la desagradable impresión de la mañana, y la van poniendo en antecedentes, corroborándose mutuamente las palabras cuando ella mueve la vista de uno a otro, tan pasmada que, un momento, girada hacia Ricardo, se queja:

–No entiendo cómo puedes ser capaz de inventarte estas historias cuando acabas de enterrar a tu madre... ¿No ves que no está bien?

–No es ninguna invención, Mercè, y la prueba es que puedo repetirte muchas cosas nuestras o, si quieres, de ti y Damián. Cosas íntimas...

–Si las puedes repetir, es que las contó él. ¿Verdad que no es verdad nada de lo que me dijiste, que había muerto?

–Pero Mercè –dice Jordina–, si precisamente esto es lo que te estamos diciendo. Porque la verdad es esa otra, que Ricardo hizo un viaje en el tiempo, y entonces era Damián.

–No sé por qué le apoyas... No te lo puedes creer, todo esto, tú. No tiene ni pies ni cabeza.

–Muy bien –quiere hacerla reflexionar el chico–. Si es así, explícame cómo es que Damián se fundió. Hubiera desaparecido cuando dejó embarazada a Natalia... Pero después, cuando tanto se había preocupado por ella, ¡cómo tú sabes perfectamente! ¡Anda, explícame eso!

–No lo entiendo, pero aun así es más normal –se defiende la mujer–. Cualquier cosa es más normal que lo otro.

–¿Pero qué interés debería tener en engañarte, Mercè?

–Ninguno, ya lo sé. Pero una broma... ¡Mira que creer que uno se puede volver joven!

–¡Jóvenes no! No te lo hemos dicho. A otro tiempo vas con los años que tienes. Si no fuera así, si hubiera una suspensión temporal, no podrías retroceder a una época anterior a tu nacimiento.

–Ni de ese modo tampoco –se empeña ella, amparada en el sentido común, y quién sabe por qué se estira las faldas, que son bastante largas.

Como último recurso, pues, hay que hacer una pausa y convencerla de que les acompañe a la calle de Castellnou, el único lugar, le aseguran con miedo a perturbarla aún más, donde pueden demostrarle con hechos la realidad del viaje

sin correr ningún peligro. Y ella, antes de decidirse, todavía tiene una reflexión que muestra hasta dónde llega su desconfianza, pues dice:

–Si no fuera que te conozco de tantos años, pensaría que quieres hacerme algún daño... ¿Verdad que es una broma, Ricardo?

–No es ninguna broma ni quiero hacerte ningún daño. ¿Cómo se te puede ocurrir, Mercedes? Si lo que te hemos dicho es verdad, no tengo que querer corresponder con una acción que perjudique tu generosidad de entonces, cuando era Damián. Y si todo es mentira, ganas de engañarte, ya sabes lo complaciente que me he mostrado contigo estos últimos tiempos...

–¡Pero todo es tan raro, Ricardo!

–Cierto que lo es. También yo lo encontré. Y Jordina, en su momento. Confía en nosotros...

Confía lo suficiente para subir con ellos al taxi que llaman, para entrar en una torre que a esa hora, oscura y solitaria como la voz, quizá incluso le parece tétrica; para seguirlos en la estancia predilecta de Jordina, donde la distrae un instante el aseo; para sentarse no muy lejos del diván a cuyo borde se coloca la chica después de haberle anunciado sus intenciones y para agarrarse frenéticamente a Ricard, con un

chillido, unos segundos antes de perder el conocimiento como una heroína de Stendhal.

Es necesario que el chico le frote los pulsos y le dé unas palmaditas en las mejillas para hacerla devolver al preciso momento en que ya vuelve Jordina, por lo que ahora, al verla de nuevo, cree que todo debe ser una mala pasada que le han jugado los sentidos. Ni uno ni otro se lo discuten, pero la chica, complaciente, hace un segundo viaje, algo más largo que el primero por si el desmayo se repetía. Esta vez, sin embargo, la mujer puede resistir la impresión de ver cómo alguien se volatiliza sin dejar rastro y, si bien se abraza todavía a Ricardo, conserva toda la lucidez necesaria para asistir al regreso.

Hay un silencio inevitable que provocan los hechos contra la razón, y ella respira pesadamente, a trompicones de asmático, como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico en lugar de sentarse confortablemente entre dos almohadas blancas; alarga la mano hacia la ropa de Jordina que se le acerca, le palpa el anca, como para comprobar que no se trata de ningún fantasma, que es de verdad una persona de carne y hueso, pero cuando el chico le propone:

–Ahora puedo hacerlo yo, si quieres –replica:

–No.

Se lo hace contar todo de nuevo, y ahora lo escucha con otro tipo de concentración, casi se diría que con recogimiento, y no es hasta después que asiente la cabeza, no con la incredulidad del principio, antes bien, con una pose de estupefacción, que todavía le acompaña al preguntar:

–¿Por qué me lo habéis dicho? Creo que más me hubiera valido no saber nada.

–Es que te necesitamos, Mercè –dice el chico–. Quiero volver otra vez al pasado, a vivir contigo en la calle de Sant Jordi, donde todo será algo diferente, porque te pediré que no te vayas con Garriga Barón cuando le destituyan de su cargo, que te quedes por relacionarte con mamá... con mi mamá adoptiva, Mercè, porque no soy hijo de ella.

–¡Ah! –y abre unos ojos redondos, casi asustados.

–Sí –dice él–. Los Sureda me adoptaron, y querré que tú averigües todo lo que puedas saber sobre de dónde vengo, quién soy. Porque ellos nunca me dijeron nada.

–¿De dónde lo has sacado entonces?

–La última vez que fui al cincuenta y uno vi a mi madre, y no estaba embarazada. ¿Te das cuenta de qué significa eso?

–Sí –murmura ella, afectada por la revelación, pero enseguida tiene otra idea, por asociación, y dice–: ¿Natalia también estará?

–Sí; es natural.

Y ella, a la que el choque experimentado parece que vaya despertando una capacidad de ver la situación con mayor justeza, lo niega:

–No tan natural. Si lo puedes modificar todo, podría no estar; no tienes necesidad de conocerla o, si, la conoces, de irte con ella y hacerle un hijo. Y aún sería mejor así, porque de ese modo no se moriría.

Ricard y Jordina se miran, y la chica asiente mudamente antes de que él reconozca:

–Exacto. He pensado en ello. De hecho –añade honestamente–, es como si quisiera ambas cosas: librarla a ella y, al mismo tiempo, tener a su hijo.

–Sabes que no puede ser.

–No...

Abandona la almohada donde se sentaba, en el suelo y, como en otros momentos de perplejidad, da unos pasos por la estancia mientras Jordina le hace remarcar:

–Que no tengáis ninguna relación lo simplifica todo.

–No estoy tan seguro. Porque ella ha sido embarazada, ha alumbrado y la criatura existe. Vive entre nosotros...

–Pero si no te relacionas con ella –puntualiza Jordina–, no habrá alumbramiento, no habrá hijo...

–De acuerdo, en cierto sentido. En otro... Porque me pregunto cómo la inacción puede anular un hecho.

–Sí, puede ser –cree Jordina–. Si se deja las cosas tal y como están, todo sigue el curso que tenían. En la práctica, no hacer nada es también una acción.

–No te lo discuto. Pero eso, que vale para la vida corriente, quizá no sea tan verdad cuando te mueves por el tiempo y creas alternativas. Hay que pensar en ello. Quizás un día, después de equivocarnos muchas veces, tendremos suficiente experiencia para saber siempre qué debemos o no debemos hacer para obtener un resultado determinado. Por ahora... –y levanta los brazos, los vuelve a dejar caer, con el gesto de alguien no desalentado, sino que se resigna a la espera.

–Digas lo que quieras, no conocerla sería lo mejor para todos –recalca Mercè, menos especulativa–. Para ella, que no muere, para ti, que te ahorras un mal rato y las preocupaciones de ahora, y para mí, que te tendré en casa... Lo hice de buen corazón, pero me dolió mucho cederte, Damián... Ricardo, porque te quería a rabiar.

–Ya lo sé, Mercedes.

–No, no puedes saberlo, porque aunque te parezca raro, fui muy púdica con mis sentimientos. Quizás era que ya me daba cuenta de que tú no me querías de la misma manera, y ahora me doy cuenta, porque estaba Jordina.

Ricard vuelve a sentarse a su lado, le coge una mano y se la aprieta cariñosamente.

–Eres una buena chica, Mercedes. No sólo en el sentido que te tenía la madre, sino en todos. Pero estoy seguro de que yo también te amé un poco... como podía. Y también te quiero ahora. Pero tienes razón, estaba Jordina, y todavía está. Lo entiendes, ¿verdad?

–Sí. La conociste antes y no tenías que desenamorarte por mí. ¡Es tan bonita!

La chica, que se sienta con las piernas juntas bajo el culo, le sonrío cuando ella levanta la vista para mirarla y dice:

–También lo eres tú, Mercedes.

Pero Ricard prosigue:

–Por eso, porque estaba convencido de que lo entenderías, hemos querido hablarte, ser sinceros contigo... No hacía falta que te lo hubiésemos dicho ahora. De todo esto, de esta conversación nuestra, no recordarás ni una palabra, cuando te vuelva a encontrar el año cincuenta, porque entonces todavía no habrás vivido este momento.

Pero después, al llegar a éste de hoy, sí que recordarás todo el pasado, como recuerdas lo que viviste. Y, como te habré dicho quien soy, sabrás, habrás sabido siempre, que te volverías a encontrar conmigo, con el mismo Damián que conociste y te amó, y durante todo este tiempo que lo has sabido y pensaste puedes haberte hecho la ilusión de que todo recomenzaría allí donde se interrumpió...

–No –contesta la mujer, plácida–. Sabré también, porque no lo esconderás, que Jordina te espera. Y sabré, sobre todo, que al vernos de nuevo seré vieja, o casi vieja, mientras tú sigues siendo joven... No –repite–, es natural que vayas con ella, como ahora, pero alguna vez, Damià... Jordina... alguna vez, en recuerdo del pasado... –dice con los ojos bajos–, alguna vez, quizás...

Y la chica se inclina a besarla.

Es después de cenar cuando Mercè sale con una exigencia que nadie esperaba de ella y que habría podido aplazar el viaje del chico:

–Convendría, antes de que te vayas, que uno de vosotros dos, y digo de vosotros dos porque yo me veo incapaz, lo escribiera todo un poco en detalle. Si pueden pasar cosas tan extrañas como algunas de las que me habéis contado... Sin la previsión de Ricard, que tuvo la idea de dejarte esos papeles en la cajonera, nunca habrías sabido nada de lo que pasó. Tú, Jordina, harías viajes en el tiempo, porque tu padre

te enseñó cómo se hacían, pero sería como si nunca le hubieras amado, ni conocido, a él. Y tú, Ricardo, que no sabrías hacer estos viajes, seguirías siendo un chico que se parece mucho a Damián, ¿y no habría sido una lástima? Y también lo sería si ahora, por lo que sea, tú no podrías volverte como eres y lo olvidabas todo. Jordina tendría aquellos papeles, sí, pero seguiría esperando, esperando a alguien que nunca vendría.

–Pero tú –puntualiza la chica–, lo recordarías Damián. Lo has recordado siempre y no hay motivo para que esto cambie.

–No es suficiente. Es todo tan extraordinario, que me sabría mal...

–Opino exactamente como tú –dice el novio, que las ha dejado hablar con un aire reacio que ahora abandona, como quien ha tomado una decisión–. Y no desde ahora. La prueba es que la relación ya está...

–¡Ah! –exclaman ambas a la vez, y él asiente.

–Sí. La he ido haciendo sin decir nada... No por miedo –quiere aclarar– que ocurra algo. Pegas, ahora, ya no puede haber. Las que hubo me las busqué yo, y ahora no tengo que volver a matar a ningún padre adoptivo o natural. Por tanto, no debo caer en ninguna otra versión. Pero también pensé... fue al día siguiente de leer los papeles de la cajonera y tu

narración, Jordina... que todo era extraordinario para dejar constancia escrita. Bien, dejarla..., no para alguien, sino para mí. Me podía convenir, en un momento determinado, recordar alguna de las cosas que habían sucedido, y cómo, y cuándo... Quizás si se daba el caso de que nosotros dos discrepásemos en algún detalle importante. Si quieres, mañana, antes de irme, puedo confiarte el cuaderno, Mercè.

–No, a mí no, porque ya sabes lo descuidada que soy, y lo primero que haría sería perderlo. Dáselo a Jordina.

–Añadiré todo lo que ha pasado desde la muerte de mi madre, y lo que hemos dicho y convenido hoy. Así estará al día.

–Si lo hacemos, hagámoslo bien –pide Jordina–. Yo también estoy segura de que no debe pasar nada, pero si aun así pasase y tú dejaras de ser ese que eres, Ricardo, desde ese momento el cuaderno ya no existiría.

Mercè se admira:

–¿Por qué no? Dejó de ser Damián y sus papeles bien existían...

–Los escribió en un momento anterior a su nacimiento. Todo lo que hizo antes de esa fecha perdura. Tú le recuerdas, y lo han recordado otras personas de entonces. Pero yo, como hemos dicho, lo olvidé. Es que le había conocido dentro de su tiempo o, mejor dicho, en el tiempo de esa

versión que quedó anulada al volver. De modo –y ahora se dirige al novio– que haré una copia de lo que has escrito, como si fuera una historia que me he inventado.

La mujer, que ahora parece noqueada por aquella lógica, se pregunta, como en otras ocasiones, y más de una vez, ya se han preguntado ellos:

–¿Lo entenderemos algún día?

Ricard, que saca un cigarrillo del paquete que ha dejado sobre la mesa, se muestra poco optimista:

–Quizás no. Es incluso probable que no. Algunas cosas quizás las veríamos más claras, o simplemente claras, si pudiéramos entrar en nuestro tiempo. Como no es así... En todo caso, de momento debemos conformarnos con teorías, y la de las versiones es tan buena como otra. Si manipulas el pasado, destruyes la vieja y creas una nueva, que siempre es la única. Pero esto, personalmente, me complica las cosas.

–Deja el cigarrillo sobre el paquete, sin encenderlo, y recuerda–: Ahora, en algún sitio, hay un hijo mío a cambio de una mujer muerta... Es, existe, porque consta que nació. Es difícil...

–Sí –conviene Jordina, bajito–. Entiendo que no te acabes de hacer el ánimo... Si la salvas a ella, le matas a él, y matar sólo es una forma de decir.

–Y ambos tienen veinte años... –pondera Mercè–. ¿Qué harás, al fin y al cabo, Ricardo?

Él se estruja la cara con la mano, atormentado por un dilema que no tiene ninguna tercera solución.

–No sé. Nada me parece suficientemente justo. A favor de ella hay que la he conocido, y a favor de él que es mi hijo... No sé, Mercè. Quizás tú me ayudes a decidir en el pasado, cuando te lo cuente todo...

VI. BLOC DE NOTAS DE JORDINA

Hoy, que es mi día de fiesta en la clínica, he tenido tiempo de leer de cabo a rabo este pliego de cuartillas escritas por mi mano, las cuales antes de ayer, al abrir un cajón, me sorprendió encontrar. Y me he quedado confundida, meditabunda, preguntándome qué puede haber de cierto en esa aventura que narro. ¿He convivido de verdad con Ricard que es la misma persona, Damià, que me dejó aquellos papeles en la cajonera de la buhardilla y al que desde entonces, al descubrirlos a los veintidós años, no he parado de esperar? No puedo rechazarlo a la ligera, aunque no recuerde ninguno de los hechos que, según el texto, han ocurrido últimamente, no hará ni quince días. Sobre todo, cuando en este mismo texto ha sido prevista la posibilidad de un olvido. Sería la segunda vez que se produce; sin embargo, esta vez sin que se vean los motivos. Es decir... A pesar de todas las seguridades en contra, no es imposible

que Damià/Ricard haya sufrido un nuevo cambio de personalidad a causa de algún suceso imprevisto ocurrido en el pasado.

No sé qué creer, qué pensar. La aventura me resulta atractiva y me veo retratada tal como soy, pero no es eso que debe inclinarme a dar fe a la narración. Es necesario que tenga más en cuenta los datos objetivos, verificables, y por suerte hay algunos. Hay, sobre todo, uno que, si resulta verídico, me ahorrará confirmar todos los demás. Es por ella que debo empezar, por esta Mercè Alcorrúbia que no conozco personalmente de nada, pero que desde el fondo de la cajonera salta al hoy de mi supuesto encuentro con Ricard, su amante de ayer...

Hay una M. Alcorrúbia Irena en la calle de Buenos Aires. En la misma casa se encuentra un R. Sureda Martí. Así me lo ha dicho la guía telefónica. Y en este último número hay un chico llamado Ricardo.

Acabo de hablar. He marcado sin reflexionar sobre ello, empujada por una necesidad que me nacía de repente y que, por insensato que parezca, me hacía latir el corazón.

Una voz de mujer ha respondido la llamada y, sin preguntarme quién era, ha llamado al chico, que no debía estar muy lejos, porque casi enseguida ha hablado:

-¡Diga!

Pero yo he preguntado:

–¿Era tu madre?

–Sí... –respondió–. ¿Quién es?

Mi madre, he pensado. Esto no coincidía. Si todo fue como he leído, su madre está muerta...

–¿Quién es? –ha repetido.

–Jordina, Ricardo.

–¿Qué Jordina?

–¿Cuántas conoces?

–Ninguna –ha contestado–. ¿No te equivocas de número?

–Quizás sí –he dicho, y he colgado.

Una voz joven, sí, pero grave, seria, sin gota de humor. Pero no importa. Un Ricard vive en la calle de Buenos Aires, y no conoce a ninguna Jordina, lo que es imposible si mi escrito no es una fantasía. Debe serlo.

No lo es. Esta mañana, al dejar la clínica, he ido a ver a Mercè. No he recordado la escalera, donde según el texto estuve al morir de accidente una señora que sigue viva, ni he reconocido a la mujer que me ha abierto la puerta, en el

segundo piso, y que, al ver mi uniforme de enfermera, bajo el abrigo de entretiempo desabrochado, me ha dicho:

–Está arriba, en el tercero.

Luego he sabido que había un enfermo y creía que iba a ponerle alguna inyección. De momento he dicho:

– Soy Jordina.

No sé lo que esperaba, pero ciertamente me ha sorprendido su reacción. La cara, que tiene afable, cordial, se ha contraído como para borrar las líneas que le han puesto los años, todavía no muy acentuadas, y seguidamente se ha abierto con una sonrisa tan agobiada como sus palabras:

–¿Jordina, Jordina? –Y, sin dejarme responder–: ¡Oh, claro! Enfermera...

Y casi me ha arrastrado hacia dentro, como con miedo a que me escapara si seguíamos en la puerta, y, una vez en el comedor, donde, curiosamente, había muchas prendas sobre la mesa, como ese día que Ricard le hizo una visita, me ha cogido las manos mientras decía:

–¡Cómo te he esperado!

Y entonces, de repente, en plena alegría, ha estallado en llanto; un llanto que le venía de un lugar muy profundo y que

la sacudía toda, la privaba de hablar, porque se esforzaba sin que yo pudiera entender ni una sola palabra. No sabía cómo confortarla, y cuando se ha dejado caer en una silla le he rodeado los hombros con un brazo, he bajado la cara hacia la suya, la he besado y todo en la mejilla, como si fuera una persona muy querida... Quizás lo era. Inmediatamente le he puesto cariño, quién sabe si porque ya me inclinaba a ello todo lo que dicen las cuartillas.

Al cabo de un rato, cuando ha podido calmarse un poco, ha dicho, aún lagrimeando:

–No ha vuelto, Jordina... ¡Hay otro!

Me ha costado un poco de captar que se refería al chico de al lado, al Ricard Sureda con el que hablé ayer por teléfono y que ella conoce desde que fue adoptado por el matrimonio cuando apenas tenía un par de años.

–No había de venir –me ha dicho–. Está claro que después me he acostumbrado, ¿qué remedio me quedaba? Pero ahora, al verte y volver a recordar todo aquello... Nada es como me dijo que iba a ser, Jordina.

–¿No has olvidado nada? –le he preguntado, esperanzada.

–No, nada.

–¿Y cómo no has venido a verme?

–No sabía tu apellido, o me huyó de la cabeza si me lo dijo... ¿Crees que no he intentado hacer memoria? Ah, Jordina –se ha ablandado de nuevo–, ¡le hemos perdido!

La he consolado una vez más, ahora empezando a entender que lo que recordaba tan bien se refería al pasado, en los años cincuenta y cincuenta y uno, cuando ellos dos vivían juntos, y no a los hechos posteriores, del año setenta y tres, el actual.

Lo ha reconocido cuando se ha encontrado en situación de hablar de nuevo y se lo he preguntado. Únicamente sabe las cosas que Ricard le contó mientras estaban en la calle de Sant Jordi, donde de momento le costó mucho creer que fuera un hombre del futuro, que viajara en el tiempo, y con mucha rabia, al aceptarlo, que allí hubiera una chica, yo, que le esperaba y la que se avenía a cederle.

–Porque entonces, primero, te odié, Jordina. Bien me decía que una vez fuera el año setenta y tres lo vería de otra manera... Es que no podía imaginarme vieja, Jordina. Pero tenía razón.

He hecho una pausa con la intención de ordenarlo todo un poco, porque ella me lo ha contado tal y como lo recordaba, a veces hablando como si yo ya estuviera al corriente de cómo habían ido las cosas, las cuales sólo coincidían con lo que sabía hasta que, quizás dos semanas antes del día que tenía que conocer a Natalia, Damián se le confió.

Como al fin y al cabo podíamos haber previsto, Mercè se mostró hostil a unas relaciones que amenazaban sus amores y únicamente las consintió con la condición de que serían amicales; favoreció, pues, el proyecto de no poner en peligro la vida de la chica con un embarazo y condenó al hijo a permanecer no nacido. Sin embargo, como a él, enterado de las circunstancias familiares y personales de la chica, le venía cuesta arriba de no ayudarla, decidieron que la acogerían en la calle de Sant Jordi como pensionista.

Se hicieron pasar por marido y mujer, pero parece que ella no lo creyó nunca y, fuese como fuere, la convivencia apenas duró varios meses, porque Natalia se enamoró de él, si ya no lo estaba al llevarla a casa, y le desagradaban las caricias que la pareja se prodigaba sin preocuparse mucho de quien podía verlas. O sin que se preocupara Mercè, que quizás tenía interés y todo en hacer de la chica una espectadora, como me ha parecido entender por la manera que lo ha dicho.

Los dejó hacia marzo; explicó que, para irse a vivir a una pensión religiosa, de chicas, pero Damián continuó viéndola y después, cuando él ya no estaba, ella supo que se veían. Se lo acabó de contar la propia Natalia, una tarde que se presentó en los bajos de la calle de Sant Jordi con la excusa de hacerles una visita, pues ellas dos no habían reñido nunca, pero con la secreta finalidad de averiguar a que obedecía la ausencia del chico.

–Quedó muy cortada al ver que la primera pregunta que le hacía era: ¿no estás embarazada? –me ha dicho.

–¿Lo estaba?

–No. Esta vez Damià había sido más prudente.

–¿No le había dicho nada del viaje, entonces?

–Ni una palabra. Le dijo que no se verían durante una temporada, porque debía irse al extranjero, pero ella no se quedó tranquila... Y para que veas cómo van las cosas, a veces. Yo habría tenido que enfadarme, ¿verdad? Pues no. Quedamos muy amigas. Quizás lo hacía lo que sabía y ella ignoraba.

–¿O sea que se volvieron a ver?

–Sí, más de cuatro veces.

–¿Y cómo le explicaste que Ricardo no volviera?

–Eso se lo dije ese mismo día, al contarle que había vivido ilegalmente en el país. Me inventé que le perseguían.

–¿Cuándo se fue él? ¿Esperó hasta el último día?

–Sí. El diecinueve de septiembre, a media mañana, salió de casa para venir a tu torre, donde quería que tuviera lugar el traslado. ¡Ya puedes imaginar cómo me quedé, yo! Lo sabía, sí, y me lo creía, porque él me había hecho alguna

demostración, pero llegado el momento... No podía consolarme el pensamiento que volveríamos a encontrarnos al cabo de muchos años. Y, entonces, la sorpresa, la desilusión... ¿Qué puede haber pasado, Jordina?

Hace tres días, de esa conversación. Tres días que no he parado de pensar en ello. He vuelto a hablar con Mercè, la cual ha venido dos veces a la torre y ha leído ya las cuartillas que escribí, sin poner en duda nada de lo que se cuenta y que ella, por encima, ya sabía por Ricard. También yo las he leído de nuevo, y ahora, a golpe de releerlas y de cavilar, he llegado a una conclusión tan terrible, tan descabellada, que apenas me atrevo a repetirla en estas páginas. Y, sin embargo, debo hacerlo.

Todo parte de una observación: ambas veces, cuando hizo el viaje Damià y cuando lo repitió como Ricardo para pasar unos días en el cincuenta y uno, ha vuelto el día diecinueve de septiembre de ese año. La primera vez en el común de la clínica, donde había entrado; la segunda, en la habitación de Natalia. Pero él, el día diecinueve, no habría tenido que dejar forzosamente aquella época, puesto que su fecha de nacimiento es el día veinte. Se adelantó un día, y su regreso coincide con el nacimiento del niño. Esta tercera vez, también se fue el día diecinueve, pero ahora la criatura no ha sido engendrada y, por tanto, no puede nacer. Más: las dos primeras veces le sorprendió. La tercera vez es él, voluntariamente, que se va de casa de Mercè el día diecinueve, en lugar del día veinte. ¿Por qué?

¿No podía ser que entonces ya se hubiera hecho la reflexión que ni él ni yo nos hicimos las veces anteriores y que ahora se me ha ocurrido? Si siempre ha emergido cuando nace el pequeño y no al día siguiente, como le toca según su fecha oficial de nacimiento, ¿no es porque entre ese alumbramiento y el regreso hay una relación directa? Y ahora, para mí, ¿dónde se ve mejor esta relación cuando, al no haber criatura, él no vuelve?

Damià/Ricard y su hijo son la misma persona. Se engendró a sí mismo y, al no engendrarse, deja de ser.

Es monstruoso, por supuesto, pero eso, que resulta inexplicable, es lo único que lo explica todo. Que le inscribieran el día veinte y no el diecinueve debió de ser un error, quizá interesado incluso, si hubo una adopción irregular, como podría ser el caso.

Construyo esta hipótesis, no improbable: Natalia, que se siente a punto de morir y se encuentra sola, pide a la matrona que avise a su familia, al padre y a la madrastra; no quiere, como es natural, que el niño sea confiado a un asilo de huérfanos. Sin embargo, los padres se niegan a hacerse cargo y, sea de concierto con ellos o por propia iniciativa, la señora Alafara, a la que a veces parejas estériles preguntan si no sabe de alguna criatura que la madre esté dispuesta a ceder, se pone en contacto, en una versión primera, con los Borràs, y en una segunda, como aquéllos han muerto, con los Sureda. En ambos casos el chico es adoptado,

circunstancia que se da tanto en la persona de Damià/Ricard como en la del hijo tenido con Natalia.

Esta adopción podría haber sido irregular, como decía, si en los papeles que firmó la matrona y que servirían para inscribir al pequeño en el registro civil, el chico figuraba como hijo legítimo del matrimonio. Es una suerte de combinación que tiene sentido. Hay gente a la que repugna sacar criaturas del orfanato, porque les interesa tener unos antecedentes que, si han llevado a la mujer desde la gravidez, sólo una matrona o un tocólogo pueden dar. Por otra parte, en algunos casos en el orfanato pueden poner pegajos; suelen mirar mucho si los adoptantes son personas religiosas y suelen pedir informes a la parroquia. Quizás tanto los Borràs como los Sureda se encontraban en esta situación.

En una tercera versión, como Damià/Ricard no nace, los Sureda adoptan, quizá a través de la misma matrona, otro chico, aquel con el que hablé por teléfono y que, según Mercè, es algo adusto y bastante amodorrado. De paso, esto también explica que ahora la señora Sureda no esté muerta; aunque tenga a Víctor, algo que no sé, debido a que Ricardo no se ha encontrado conmigo, ya que no ha tenido ocasión de irse a Montserrat con su amante y, de ser víctima de un accidente que le ha costado la vida.

He seguido reflexionando sobre el asunto y, cuantas más veces lo hago, más me seduce mi teoría. Esto no me priva,

claro, de darme cuenta de que no lo explica todo, ni mucho menos, y menos que nada como puede que alguien sea padre de sí mismo. Para empezar, debería haber otro que sea a la vez padre y abuelo de este hijo/nieto. Siempre, naturalmente, que Damià/Ricard no se confunda también con todos sus antecesores, lo que no sólo complicaría la hipótesis, sino que obligaría a hacer un replanteamiento de qué tipo de cosa es y cómo actúa la creación.

¿Qué digo? A este replanteamiento ya me veo obligada ahora, sin salir de esa generación que identifica al padre con el hijo aunque el primero debe ser necesariamente anterior al segundo. O quizás no, si todo es consecuencia de haber generado fuera del propio tiempo. En los papeles que se supone que copié del cuaderno de Ricard, ya se hacen unas suposiciones interesantes, relacionadas con este aspecto: si una mujer alumbraba en el pasado, me decía, sería más joven que su hijo. Pero me parece ahora que hay una manera de evitar la paradoja: hacer que aquel de los dos progenitores que no pertenece a la época del coito fecundo se confunda con la criatura; es en este caso que se produce una segunda...

No, tampoco puede ser así, porque: ¿qué pasaría si el progenitor y el recién nacido fueran de un sexo distinto? ¿Se puede admitir que alguien que ha sido un varón sea después una hembra? Ese tipo de identidad que podríamos llamar más sustancial, y que tanto tiene que ver con el sexo, quedaría destruida; la persona sería otra.

O imaginemos todavía esta posibilidad: que tanto papá como mamá proceden de otra época, como podría haber sido si Ricard y yo hubiéramos hecho el amor ese día que retrocedimos y me hubiera dejado preñada. ¿Qué ocurre, en este caso? ¿Queda anulado el que pertenece al otro sexo? ¿O quizás se queda como antes y, pues, es lo único que sobrevive tal y como era? Por otro lado: si ambos se integran en la criatura que nace, ¿cómo preservar la identidad?

Hay momentos en los que me parece que estoy a punto de encontrar la solución, que sólo tendría que pensar de forma ligeramente diferente para acertar de lleno, pero también hay veces que me rueda la cabeza y me desespero, y entonces, si no fuera por los recuerdos que conserva Mercè, me diría que escribí, o traté de escribir, una obra de imaginación.

–¡Pero santa criatura, qué disparates dices! –se ha escandalizado Mercè.

Después de algunas dudas, esta tarde me he decidido a confiarle mis reflexiones. Estábamos en su piso, donde he ido con ese propósito. No con la intención, creo, que me ayudara a ver más claro, sino empujada por la necesidad de compartir con alguien esta serie de cogitaciones que me desasosiega.

–¿No ves que no tiene pies ni cabeza? –ha dicho todavía.

–Sí que la tiene –he protestado–. Fíjate sólo en eso: los Sureda adoptaron a un chico en aquella versión en la que Ricardo tiene un hijo, pero adoptan a otro cuando no tiene ninguno. Si el adoptado fuera de verdad Ricard, ¿cómo se explica este cambio? De ninguna forma, me parece. Pero se explica muy bien si la criatura adoptada es la que tuvo con Natalia. Al no tenerla, ahora, los Sureda han tenido que quedarse otro chico.

–O sea que, según tú, nosotros hemos conocido a su hijo.

–El padre y el hijo; ambos en una sola persona.

–¡Estás loca, Jordina!

–Quizá sí... Pero ahora quería hacerte una pregunta, y te agradeceré que te la pienses bien antes de contestarla. En los últimos tiempos, ¿cuál era el comportamiento de Ricardo? ¿Se le veía como siempre?

–No; muy diferente –y ha cambiado la expresión–. ¿Cómo lo sabes?

–No sé, y por eso lo pregunto. ¿Cuál era la diferencia?

–Estaba muy afectado.

–¿Afectado cómo?

–No sé. No era él. Tenía... cómo te lo diré... una especie de ausencia. Se le veía pensativo, como preocupado por algo.

–¿Suficientemente preocupado para que esto repercutiera en su vida amorosa?

–Sí –dijo con un hilo de voz–. Pero después, los dos últimos días...

–¿Qué? –le he presionado al ver que callaba.

–Me da vergüenza... –y se ha ruborizado.

–¿Qué vergüenza, Mercedes? ¿Quieres decir que se los pasó en la cama?

–Sí, casi. De repente... Nunca tenía suficiente, ¿sabes? ¿Pero qué relación tiene?

–Mucha. Según mis teorías, sabía lo que le esperaba. Es natural que se mostrara melancólico, preocupado. Y también que entonces, cuando estaba a punto de irse, sintiera la necesidad de aprovechar todo lo que pudiera el poco de tiempo que le quedaba de vida. Era como un condenado a muerte. ¿No te das cuenta, Mercè? También él había atado cabos.

Se ha quedado silenciosa, pensándolo, y yo ya me hacía cargo que le costaba aceptarlo. También me costaba a mí,

aunque entre nosotros, según mi recuerdo, nunca hubiera habido ninguna relación.

–Y ahora me gustaría que hicieras memoria –he proseguido–. ¿Te dijo alguna palabra, alguna frase que te sonara raro porque te parecía que no tenía sentido? Algo que podría tener ahora...

–No, nada. Hablaba poco.

–En la cama, tal vez...

–No, no puedo recordar nada. Quién sabe si Natalia...

–Pero a Natalia no se lo podemos preguntar. ¡Quién sabe dónde para!

–Vive en la calle dels Xiquets de Valls –ha dicho–. A veces todavía nos vemos.

–No importa. No debemos poner a nadie más en el secreto.

Hoy, al cabo de una semana, lo reconsidero. Es que me cuesta quedarme con las manos quietas, sin hacer nada, sin agotar todas las posibilidades. De alguna manera, Damià/Ricard amó más a Natalia que a Mercè, a la que, en el pasado, lo confió todo únicamente porque así lo habíamos convenido. No debía decir nada en cambio a la chica, y seguro que no lo hizo, pero quién sabe qué puede habersele

escapado entre sus brazos si le apenaba bastante más de perderla. No puedo dudar de que la quiso mucho si, aun sabiendo que renunciar a hacerle un hijo equivalía a renunciar a la propia vida, decidió sacrificarse con el propósito de que ella viviera. Una actitud tan generosa sólo puede tenerla alguien que quiere a otro con una especie de amor que difícilmente puede concebirse, por natural que parezca a aquel que lo siente. También podría ser, por supuesto, que no descubriera la verdad hasta más adelante, cuando ya no podía embarazarla a tiempo de librar el día diecinueve de septiembre, pero la objeción no es muy seria. Había que recordarle, en este caso, como se me ha ocurrido a mí, que la fecha quizás no era esencial, mientras lo eran la siembra y el receptáculo. La criatura que hiciera a Natalia en junio, por ejemplo, no nacería hasta marzo del cincuenta y dos, pero esta sería también, entonces, la fecha de nacimiento de Ricard si él y el hijo son una y la misma persona, como sigo creyendo. Siempre estaría a tiempo, pues, y, a toda costa, no le costaba mucho poner su teoría a prueba; nada debía perder.

Bien. No es que confíe demasiado, en el fondo, que en un momento de pasión, profiriese una palabra o una frase lo suficientemente reveladora para que ahora sea un indicio aprovechable, y menos debo confiar en que, si por azar la pronunció, la recuerde Natalia más de veinte años después, pero ¿qué más tengo para agarrarme?

Es necesario que vuelva a hablar con Mercè y que sepa, antes de decidirme, cómo es ella. Porque no puedo ir a hacerle preguntas sin descubrirle, al menos, parte del secreto.

Mercè es partidaria. Tiene un gran concepto de la chica, que, a su decir, es persona cuyas cualidades de carácter admira. Me ha contado que, dos años después de haberse ido Ricard, se casó con un muchacho que le llevaba catorce o quince y que entonces, en la clandestinidad obligada, era un militante sindical; alguien lo suficientemente perseguido por tener que pasarse temporadas escondido antes de caer a manos de la policía y de morir, parece, a consecuencias de las palizas que le dieron.

Cuando ella, Mercè, volvió de Buenos Aires, la chica ya era viuda y había perdido, también, a una niña que tuvo a los tres años de casada. No le habían faltado disgustos y trifulcas, pues. Vivía modestamente, como de costumbre, ahora de su trabajo de dependienta en una perfumería cuyos dueños eran vagamente parientes de Jaume, el marido, y se habían avenido a colocarla, bueno aunque, políticamente, pensarán de otra manera.

–Aún está –me ha dicho–, y bien considerada que la tienen a pesar de sus ideas y que sea también de un sindicato ilegal, como no ignoran, porque ella no se esconde. Claro que no es nadie importante.

Había querido ayudarla y, como disponía de dinero, le propuso abrir una tienda a nombre de ambas, pero Natalia se negó. Durante los tiempos de su vida matrimonial se había concienciado mucho y no se avenía, ahora, a convertirse en una comerciante o, como decía ella, en una burguesa.

–Es de carácter muy independiente.

–¿Y no ha vuelto a casarse?

–No, y no porque le falten pretendientes, incluso ahora; la verdad es que, aunque ya haya cumplido los cuarenta, gusta mucho. Si tiene algún amigo ocasional, no lo sé...

–¿Y la familia? –he querido saber todavía–. ¿Sigue reñida?

–Nunca habla. El padre ya murió y es natural que con la madrastra...

–¿Nunca se refiere a Damián?

–Nos vemos poco, y el tiempo no pasa en vano... ¿Qué le dirás? Por mí creo que más vale que le seas franca. Piensa que es una chica inteligente y que según qué no lo creerá... Es decir –se ha corregido–, tampoco se creerá la verdad.

Se la ha creído. Hemos ido a verla hoy, domingo, como convinieron con Mercè cuando ella le llamó, y hay que decir que enseguida me ha sido simpática. No recuerda mucho a

la chica a la que se refería Ricardo en sus papeles, pero es cierto que conserva una extraña belleza y, sobre todo, que tiene una cara interesante, probablemente más de lo que debía serlo entonces, en su juventud. No le queda ya ningún rastro de timidez y, al revés, se ve a una mujer bastante segura de sí misma.

Le ha sorprendido bastante saber, por boca de Mercè, que quería hablarle de Damià, y primero ha pensado que le conocía de ahora, porque se me ha vuelto:

–¡Ah! ¿Vive aquí?

Después, mientras le explicaba la situación, reservándome, sin embargo, que también yo tenía la capacidad de moverme por el tiempo, se me ha quedado mirando con una expresión atenta, pulida pero francamente incrédula y, un par de veces, ha mirado hacia su amiga, como interrogándola, y quizás es por eso que, al terminar, Mercè no ha esperado que pudiera hacer ningún comentario:

–Es cierto, Natalia –le dijo–. Todo.

Y ella ha paseado la mirada de una a otra.

–¿Todo?

Ha acogido nuestra respuesta con un pequeño movimiento de cabeza y, entonces, levantándose, nos ha pedido:

–¿Quieren tomar algo? ¿Un café, tal vez?

Lo hemos aceptado al asegurarnos de que no era ninguna molestia; ella bebía tres o cuatro todos los días, fuera de horas, y ahora tenía ganas. Ha sacado la cafetera eléctrica, pues, la ha enchufado y, mientras esperábamos que se hiciera, ha dejado un paquete de cigarrillos sobre la mesa, ha encendido uno.

–O sea –ha dicho al fin– que Damián puede viajar en el tiempo a su agrado... ¿Y vosotras?

–No; yo no –ha dicho enseguida Mercè.

–Tú no... –y me sonrió–. Quiere decir que tú, sí.

Era inútil negarlo, y he asentido. No sólo estaba la precipitación de nuestra amiga, sino que estaba algo desconcertada por su actitud.

–Y tú –ha vuelto a dirigirse a Mercè– ya lo sabías entonces, cuando éramos jóvenes. Y discutía si debía dejarme embarazada o no...

–Sí.

La cafetera hacía ruido y se ha levantado a por las tazas que ha dejado delante. Acto seguido, sin quitarse el cigarrillo de la boca, las ha llenado y ha llevado un azucarero del que sólo se ha servido Mercè.

–Será bonito, pasearse por el tiempo –ha empezado al sentarse de nuevo–. Arriba y abajo...

–Arriba y abajo, no. Al futuro no se puede ir –y he repetido lo que, al parecer, ya había explicado tiempo atrás a Ricardo.

Ella lo ha pensado un momento, ahora con una expresión algo cambiada y, al mirarme, he visto que algo nuevo se despertaba en sus ojos. Ha dicho:

–Damià siempre tuvo algo, o lo tuvo en los últimos tiempos, cuando nos veíamos, que no podía precisar, ni puedo precisar ahora, al cabo de tantos años. Una especie de extrañeza... Nada que me privara de sentirlo muy cerca, porque era cordial y cariñoso sin esfuerzo. No era una extrañeza que le hiciera distante, sino diferente a los demás hombres... Ayudaba a hacerle atractivo –añadió.

–La cuestión, Natalia, es saber si nos crees.

–Sí, creo. O creo en vuestra buena fe. Que hayas dicho que no se puede ir al futuro, me obliga a ello.

–Mercè ya me había asegurado que eras inteligente.

–Mercè –ha reído ella– siempre ve cualidades en todo el mundo. Creo que es la persona más excelente que conozco.

–¡No te burles ahora!

–¡Si es en serio! ¡Cuando, como quien dice, terminamos llorando las dos por el mismo amante!... ¿Te ha contado, lo de ese día que fui a su casa?

–Sí.

Ella ha suspirado, ahora cogiendo la taza de la que aún no había bebido, y ha vuelto a referirse al chico.

–Damián se hacía querer. Lo quisimos ambas y, por lo que se ve, también lo has querido tú. –Ha sorbido un poco de café y, al dejar de nuevo la taza, se ha puesto de nuevo el cigarrillo en la boca–. Dices que hay un escrito que habla de aquel tiempo, y de ahora, cuando se entendía contigo... ¿Podría leerlo?

–Naturalmente. Cuando quieras.

–Ya sé que no debe ayudarme a recordar nada. Es que quizás no hay nada que recordar, a no ser que suerte tuve de él, porque yo estaba muy desmoralizada, entonces, y era un poco melancólica... He amado mucho a Jaume, porque también era un hombre como hay pocos pero de Damià me he acordado siempre. Me hace gracia pensar que, una vez, me hizo un hijo y que ambos pueden haber sido el mismo... Por eso, claro, ¡no paso! Sí –ha reafirmado–, me gustaría leerlo todo.

Ayer vino a la torre al cerrar la tienda, se quedó a cenar y, después, continuó descifrando mis manuscritos hasta no sé

qué hora de la madrugada, cuando se durmió en el diván, donde la encontré al irme al trabajo. Para no despertarla, le dejé una nota y, a media mañana, me llamó a la clínica.

–¿Puedo volver esta tarde? –me preguntó.

–Ya sabes que sí. ¿Lo leíste todo?

–Lo he terminado esta mañana... ¿Te importa que lleve a Mercè?

–Las tres estamos interesadas en el mismo asunto, Natalia.

–Hasta la noche, pues.

Han venido cerca de las ocho, empapadas, porque al salir del metro les ha cogido un chaparrón y el único paraguas que llevaban, de Mercè, es tan ridículamente pequeño que no tapa nada. Llevaban las piernas mojadas hasta cerca de las rodillas y en Natalia, que recibía las canaletas de las varillas, el agua la había mojado por el cuello y jersey adentro. Se ha tenido que quitar el sujetador y le he dejado un pulóver mientras poníamos las piezas a secar ante el radiador.

Es después, cuando nos bebemos un coñac, que me pide de nuevo los papeles y los hojea hasta encontrar lo que buscaba.

–Muchas cosas me han sorprendido, ya puedes pensarlo –dice–, pero me he fijado particularmente en ésta... –y baja la cabeza, lee–: «arrastrada por la propia emoción, que la hace imprudente, le dice que desde los doce años es una desgraciada; es entonces cuando cedió al encargado de la fábrica donde acababa de entrar». –Nos mira de nuevo–. Se refiere a una violación. Pero yo nunca fui violada. Cuando le conocí todavía era virgen. En cambio, recuerdo perfectamente esa conversación, cuando le dije que el encargado de la fábrica abusó de mí.

–¿Le mentiste entonces?

Ella sacude la cabeza.

–No creo. ¿Por qué debía hacerlo? Y bien se debía dar cuenta, después, ya que me estrenaba.

–No concuerda... –he murmurado, y Mercè lo corrobora:

–No; nada.

–Quizás sí –ha dicho ella, ahora dejando los papeles–. Porque liga con otra cosa que he pensado. Vosotras habéis visto todas estas idas y venidas como un círculo del que no podía escapar. Viaja al pasado, me hace un hijo y, en el momento de tener yo a la criatura, vuelve. Hace un segundo viaje, y todo se repite. Cada vez que nace el niño, él se encuentra de nuevo aquí, en los años setenta. Y, cuando no me deja embarazada, al realizar el último viaje, desaparece.

Como no hay niño, no hay Damián, o Ricardo, poco importa el nombre.

–¿Y no te parece convincente?

–No se trata de eso. Lo que quería decirles es que, si las cosas son tal como imaginamos, quizás tenía una manera de evitar esa fatalidad. Una forma que explicaría que a mí no me violaran y, sin embargo, le hablara de una violación... ¿Y si se le ocurrió, poco antes del momento en que habría de nacer la criatura y, le daba ocasión a él, de hacer un salto más hacia el pasado?

–¿Para alejarse de la fecha? –he oído preguntar mi voz delgada, tan débil que no cubría la exclamación inarticulada que se le escapaba a Mercè.

–Exacto. ¿O quizás no puede ser?

–No tengo ni idea.

–Si lo hubiera hecho –ha retomado ella–, nada le privaba de intervenir en mi pasado y de ahorrarme, pues, una violación que, como es natural, si no tuvo lugar no puedo recordar. Pero la conversación, o la confesión, es de después y, al mismo tiempo, de antes de que introdujera ninguna modificación, y por eso no la he olvidado.

Soy yo, que no se ha mojado, quien ha tomado ahora la iniciativa de tomarse otro coñac, y también ellas han

repetido. La propia Natalia parecía pasmada por la audacia de aquella idea que, si bien no explicaba cómo alguien podía engendrarse a sí mismo, nos podía hacer confiar en que Damià/Ricard seguía vivo en algún lugar.

–Donde esté –ha dicho todavía Natalia–, quizás nos espera. O te espera a ti, Jordina.

–¿Por qué precisamente a mí?

Mercè se llenaba la copa por tercera vez, y hemos alargado las nuestras para hacerle compañía.

–En primer lugar, porque eres la más joven; no puede hacerle demasiada gracia, aunque nos haya amado, encontrarse con una Merced o una Natalia que le doblan los años. Luego, porque eres la única que puede realizar el viaje, la única que se encuentra en situación de buscarlo. Puede confiar en que también tú tendrás ese pensamiento y que no resistirás la tentación de ir, de intentar encontrarlo...

Hemos callado, bebido, y el licor era bueno, nos calentaba, hacía más fácil comulgar con la idea de Natalia. Por otra parte, ¿no estábamos, no estaba yo, ya bien familiarizada con lo extraordinario? Cada minuto que pasaba me parecía más plausible que Ricardo hubiera procedido como ella decía.

–Podríamos ir todas –he propuesto–. Tendríamos más probabilidades...

–Yo, no –dijo Mercè, y hasta ahora no me di cuenta de que se quitaba la faja; debía irle demasiado estrecha, puesto que la carne se expandía.

–¿No? ¿Por qué?

–Me da miedo. Quizás allí me pondría en líos. Y estoy demasiado gorda.

Natalia se ha reído.

–Por lo que he leído, jesto no te ha privado, en otra versión, de seducirle!

Ella ha parpadeado, con aquella expresión de modestia alarmada que tan a menudo le recordaba Ricard, quizá porque con él la prodigaba más:

–¡Qué podría hacer, pobre de mí! Las circunstancias...

–¡Bien aprovechadas, no se puede negar!

Reíamos las dos, ahora, y he alargado de nuevo la mano hacia la botella. Entonces, en vez de servirme otro trago, la he cerrado con el tapón.

–No nos emborrachemos –ha dicho, ya Natalia, que en señal de asentimiento, ponía la copa boca abajo–: ¿Y tú vendrías?

–Sí. Pero no para Damián. Sé que no puedo repetir aquellos momentos, y bien tonta sería que una mujer de cerca de cuarenta y tres años se lo propusiera... Ahora, si eso que pienso puede ser y él ha modificado ese episodio de mi vida, ¿qué puede impedirnos, a nosotras, de cambiar tantas y tantas cosas que afectan a la vida de tanta gente? ¿Te das cuenta, Jordina?

–Sí; es cierto –he convenido, y fugazmente he recordado los temores y la timidez de mi padre, ahora sin aprobarlos. ¿Por qué debemos aceptarlo siempre todo tal y como es?

Así lo estaba diciendo ya, a su manera, Natalia:

–Si hay muchas historias, no es ésta la que quiero vivir, o haber vivido... –Con la mano, erguida sobre la frente, se ha frotado las sienes –. No sé si me hace mella el coñac, porque no bebo casi nunca, pero no divago, todavía; lo digo en serio. Y tú también vendrás, Mercè, con corsé o sin corsé.

–Es una faja.

–Con faja o sin faja, pues.

Sin embargo, se queda. No la hemos podido convencer durante esta semana que nos separa de esa noche, cuando inicié a Natalia. Ni ella ni yo hemos querido quedar del todo mal con la tienda y la clínica, aunque no tengamos que volver nunca más. Es probable que nos pasemos mucho tiempo en el pasado anterior a nuestro nacimiento y que las

visitas al presente sean cortas. Mercè dejará el piso de la calle de Buenos Aires y se instalará en la torre para asegurarse de que, durante nuestra ausencia, nadie tocará nada y que la tendremos siempre a nuestra disposición, pues, es el lugar acostumbrado de acceso. Y, una vez que lo haya pasado a máquina, ya que ahora no es muy legible, hará llegar este escrito a Pedrolo.

Todo está listo, y ésta es la última entrada que hago. Dentro de un minuto, ya estaremos a muchos años de distancia...

APÉNDICE: UNA CARTA Y UN COMENTARIO

¡Hola, Manuel!

Al ver el pliego de papel que acompaña esta carta te habrás pensado que, al final, he escrito una novela y que ahora te la envío por si tú, que tantas nos has dado, eres tan amable de hacerme observaciones y de decirme tu parecer. Y quizás te extrañe que no haya venido personalmente, como otras veces que te he visitado para hablarte un poco de todo y algo de nada y, de paso, hacerme firmar tus últimos libros. Pero es que ese texto que tienes entre las manos, o sobre la mesa, no sale de mi imaginación ni pretende ser una obra literaria; narra unos hechos reales.

¿Te lo creerás? Yo confío que sí, porque a la fuerza te darás cuenta de que la historia que cuento está llena de

interrogantes y de enigmas a los que no da respuestas o soluciones como haría una novela más o menos diestramente escrita, y cómo no puede hacer el relato de una aventura que vivimos a oscuras, sin entender nada, tratando únicamente de orientarnos un poco con la ayuda de suposiciones, hipótesis y teorías que, por afinadas que parezcan o ingeniosas que sean, al final siempre lo dejan todo colgado.

Léeme, amigo, y perdona que nunca, aunque tantas veces hayamos tocado el tema, para ti tan interesante, al comentar algunos libros de ciencia ficción que nos gustaban o seducían, por un motivo u otro, no te confiara que yo podía viajar en el tiempo. Es que no me atrevía; estaba segura de que, si te lo decía y tú me preguntarías cómo lo hacía, yo sería incapaz de no revelártelo. Y no quería. Me había propuesto no hacer otra excepción; la de Damià, cuyos papeles ya tenía al conocerte, era más que suficiente.

Ahora he hecho una segunda con Natalia, pero es justificada, no sólo porque de ella ha partido la idea que nos hará volver al pasado, sino porque es una parte de esa insólita peripecia que hoy, cuando te lleguen estas páginas, que me gustarían ver publicadas por una sola razón, esta: consciente de que puedo ir equivocada al identificar a Ricard con su hijo, no descarto la posibilidad de otra versión en la que se vuelva a encontrar entre nosotros, ignorando, porque ha olvidado, mi existencia, y desconociendo si viven y dónde puede encontrar a Mercè y Natalia, si por azar se acuerda,

aunque no me parezca muy probable al pensar que Ricard no sabía nada de Damián. Ahora, una sola experiencia no es suficiente para asegurar que existen unas «normas» y, pues, todo debe repetirse siempre de la misma manera.

Sé que esto, esta publicación, es más o menos el equivalente de lanzar una botella con un mensaje al mar, pero ¿qué otro recurso le queda al naufrago? Un naufrago tan impotente, en este caso, que todavía necesita la mano de otro. ¿Quieres serla? Yo no encontraría editor, o me costaría. Tú, en cambio, tienes muchas puertas abiertas, sobre todo si llegas a hacer pasar el texto por una obra de creación y la firmas. Me hago cargo de que es pedir mucho, que puede repugnarte la idea de que te atribuirán mis tonterías, mi falta de destreza narrativa... si no te decides a enmendarla como te parezca más conveniente.

¿Puedo contar con ello? Es cierto que no me da ningún derecho el hecho de que me tengas por una amiga y ya no sólo como una lectora, pero me hace confiar en tu asentimiento esa insaciable curiosidad tuya que se revela libro tras libro y que mis conversaciones contigo han confirmado sobradamente. Me digo que quizás incluso te pueda placer ser cómplice de una aventura tan singular...

Sea como fuere, un abrazo de

[Jordina]

Esta carta, fechada en el setenta y tres, no me ha llegado hasta ahora, a finales del setenta y nueve, lo cual es inexplicable, aunque nunca haya vivido en la calle Calvet, a donde iba dirigida, pues mi nombre es suficientemente conocido para haberla orientado hacia la calle de Balmes, donde, desde hace treinta años, tengo el consultorio. Sorprende también que su autora, una Jordina para mí totalmente desconocida, hable del escritor, del novelista, cuando es sabido que soy un psicoanalista y que todas mis publicaciones se sitúan dentro de este campo. No negaré que, de jovencito, me sintiera más o menos atraído por la creación narrativa, pero la realidad es que sería incapaz de concebir, y aún más de escribir, una obra de imaginación. Que me guste leer, de vez en cuando, es otra cosa.

Porque me gusta leer y me he interesado por el texto de esta chica que, después de algunas vacilaciones, me he decidido a publicar en la forma que me pedía. Pero no porque dé crédito a su «aventura real». Del tiempo, problema fascinante, se pueden decir muchas cosas, pero no parece serio creer en una especie de tiempo que, a la postre, tendría las cualidades, o la condición, del espacio. Con ello han jugado un grupo de novelistas, desde el clásico Wells hasta Philip K. Dick o Robert Silverberg, entre los que se sitúa esta obra de Jordina Artola, un seudónimo, no dudo. Que quiera hacerla pasar por un evento vivido y, a tal fin, elabore la trama suplementaria de hacer un literato de quien nunca

lo ha sido. Introduciendo, pues, otra realidad, entra de lleno en el conjunto de factores que actúan en algunos seres que tienden a convertir en actual y operativamente válido, objetivo, el mundo interior, como discutía en mi libro «Estados creacionales y mitogénesis», y es necesario aceptarlo como una manifestación de la personalidad insatisfecha que se esfuerza en compensar el dominio del imaginario.

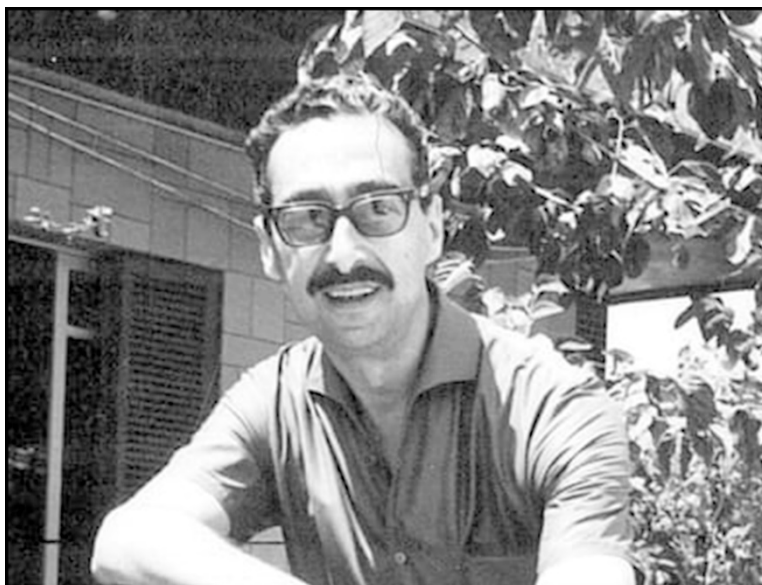
Hasta aquí, nada nuevo. Lo es más que Jordina sitúe su aventura en un ambiente histórico hijo de su cerebro y que lo trate como normal; es decir, sin explicitarlo lo suficiente, como si fuera de verdad aquél en el que vive inmerso un lector que, desconcertado, ahora se pregunta de dónde salen esta guerra que hizo el padre de la chica, las actividades clandestinas, las persecuciones políticas, los encarcelamientos, el exilio de los Alcorrúbia ... Todo lo que desconocemos, pues la convivencia ciudadana no ha sido interrumpida por ningún conflicto bélico desde el tiempo de la última carlista y, fuera, de la guerra del 14-18. Vivimos en una sociedad que evoluciona pacíficamente después de las tensiones producidas, años atrás, por los diferentes movimientos de emancipación nacional que triunfan en todas partes y las tendencias socializantes manifestadas por muchos de estos pueblos y que todavía contrastan, es cierto, con las formas autoritarias, no del todo extirpadas, de algunas de esas naciones que hasta hace poco monopolizaban el poder de los estados plurinacionales.

Salvo esta rareza, la narración es bastante coherente, si bien me ha parecido encontrar alguna contradicción de detalle que no señalo para no hurtar al lector el placer de descubrirla por su cuenta. Pero nada se opone, claro, en el terreno en el que se sitúa la narración, a que el tiempo también tenga lapsus, un aspecto que habría sido interesante investigar. Ya se entiende, sin embargo, que Jordina persigue posibilidades más inquietantes, siempre dentro de la realidad que se ha construido.

No he hecho uso de la irónica invitación que me dirige a corregir, si es necesario, el texto, puesto que también esto forma parte de la simulación a la que me refería; en este aspecto sí se puede asegurar que no ha dejado ni una sola cabeza por atar.

Una última palabra: si no me hago cómplice de ninguna aventura singular, porque no ha tenido lugar, no me importa lo más mínimo, al contrario, acompañar una especulación de la que sería bonito sacar el entramado. Quizás sí, a la postre, la chica me conoce; si no, ¿de dónde sabría que entre mis defectos, o virtudes, sobresale la curiosidad? Quizás por deformación profesional, me interesan los demás y lo que crean; el mundo en el que viven, pues.

Noviembre–diciembre, 1979



ACERCA DEL AUTOR

MANUEL DE PEDROLO MOLINA (L'Aranyó, Els Plans de Sió, Lérida, 1918 – Barcelona, 1990). Fue un escritor español en lengua catalana. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.

Pasó su infancia y la adolescencia en Tárrega, y en 1935 se trasladó a Barcelona.

Durante la Guerra Civil Española se afilió a la CNT–FAI e hizo de maestro en la población de Fígols de les Mines. Perteneció a la rama de artillería del Ejército Popular Republicano y estuvo en los frentes de Falset, Figueras, donde vio morir a su hermana Jacinta.

En 1949 publicó su primer libro, la obra *Ésser en el món* (*Ser en el mundo*), un poemario. De 1953 data su primera novela, *Es vessa una sang fàcil*. En 1954 obtuvo el premio Joanot Martorell, lo que consolidó su posición como uno de los valores más sólidos, a la vez que más prolífico, de la novelística catalana, y más tarde el premio Mercè Rodoreda de cuentos y narraciones por *Crèdits humans*.

Pedrolo ensayó toda suerte de innovaciones en sus novelas. Sea cual sea el tema, refleja un fuerte realismo, que aborda la aventura del hombre sujeto a su condición humana, con todas las contradicciones que eso implica. Practicó también en otros géneros, en especial el cuento y el teatro. Destaca por encima de todo su novela de ciencia-ficción *Mecanoscrito del segundo origen*. También fue un escritor relevante de novela negra.

Su obra fue censurada durante décadas aduciendo catalanismo, opiniones políticas, religión, moral sexual y lenguaje indecoroso.